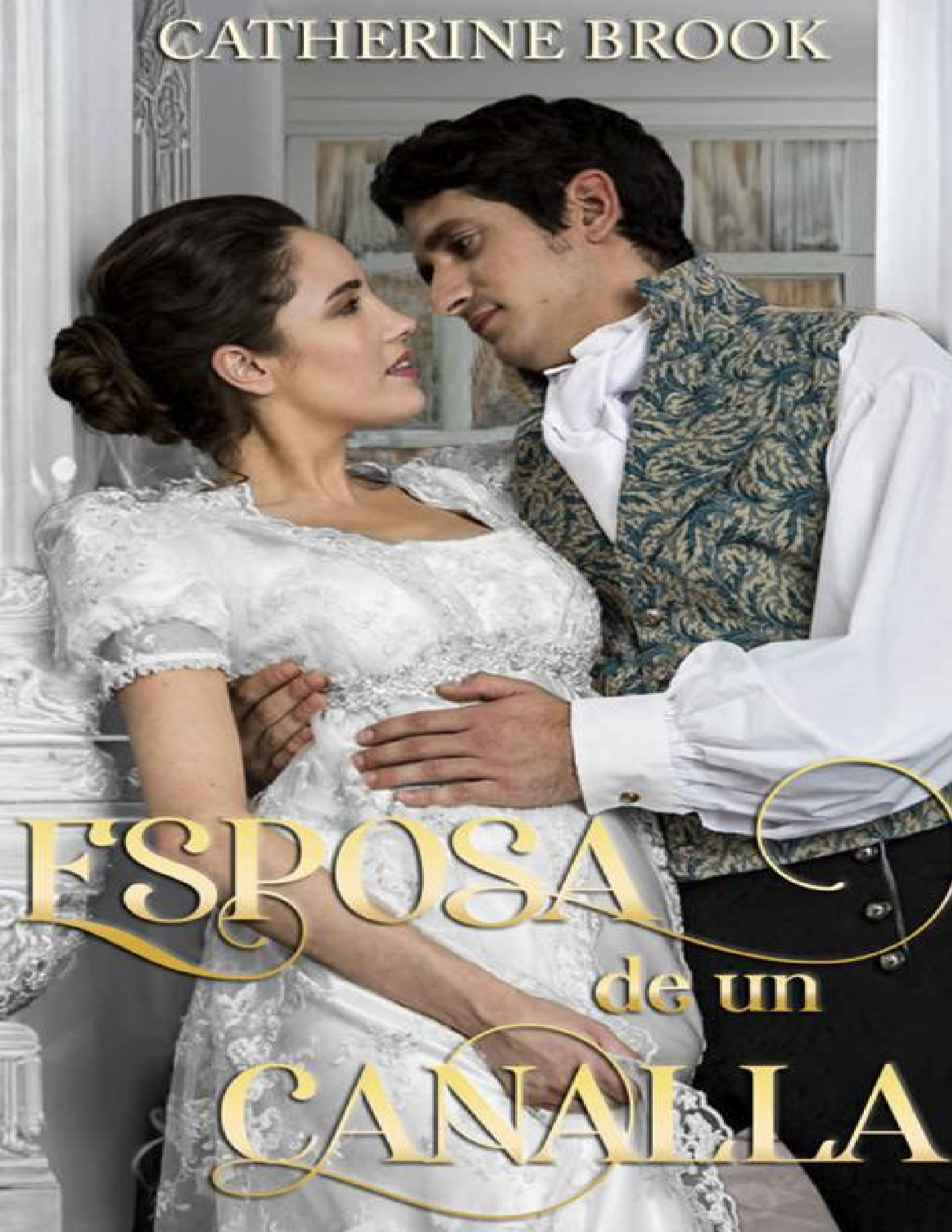
CATHERINE BROOK



ESPOSA de um CANALLA

Esposa de un canalla

Catherine Brook

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Epílogo

Capítulo 1

Londres, 1825

Debió pedirle a su madre le zurciera el guante.

La señorita Henrietta Callen observó su trabajo. En el lugar donde antes había estado un hueco por el que podía pasar su dedo, ahora había una costura poco prolija, que desentonaba con las delicadas puntadas del resto del guante. Coser y bordar no eran sus talentos más desarrollados.

Con un suspiro, se colocó la prenda y, para consolarse, se dijo que llevándola puesta no se veía tanto su falta de delicadeza al coser. Ese par de guantes seguía siendo uno de los mejores que tenía. Con suerte, resistiría hasta que terminara la temporada y su prima le donara toda la ropa que ya no podría usar en la próxima porque no estaría a la moda. Si tenía aún más suerte, convencería a su tío para que le regalara unos. Durante esos dos años que había estado viviendo con él, había aprendido que, si era lo suficientemente dulce, él se apiadaba de ella y le compraba alguna que otra monería. Henrietta llevaba toda la vida instruyéndose para parecer una dama agradable y dócil, y para su fortuna —con regularidad escasa—, su tío sí le creía cuando interpretaba el papel, a diferencia de los caballeros de la alta sociedad, a quienes no podía encantar por más de unos cuantos días.

O unas cuantas horas.

A decir verdad, en los últimos dos años, ni siquiera podía atraer la mirada de alguno hacia ella. Esa era una de las desventajas de ser una dama sin dote que, además, tenía más de veinte años. Veinticinco, para ser exactos. Su madre diría que todo era su culpa, que debió conseguirse un esposo en las primeras temporadas, cuando todavía era joven y bonita para que algunos pretendientes pasaran por alto su escasa dote. Y ella lo intentó. Henrietta puso todo su esfuerzo en ello, pero no tuvo demasiada suerte. Muchas eran las razones de su fracaso. Henrietta había escuchado decir que su belleza no era suficiente para ignorar la dudosa economía de su familia. Tampoco tenía influencias, pues, aunque era sobrina de un barón, su padre había sido el rechazado de los Callen. Y, por último, todos coincidían en que hablaba mucho y era demasiado imprudente para ser una buena esposa. Un defecto que, al parecer, le era imposible corregir.

Para su tercera temporada, su padre ya había perdido en el juego el poco dinero que le quedaba. Estaban en la ruina absoluta y de no haber muerto este, poco después, habría terminado en la cárcel. Henrietta, que no era muy apegada a su padre, pensó en que el destino tuvo clemencia al llevárselo, tanto hacia él como hacia todos. Su madre no habría soportado la humillación de tener un esposo preso. Apenas aguantaba vivir de la caridad de su cuñado. De vez en cuando, le manifestaba a su hija la esperanza de que esta todavía se casase y les asegurara un futuro. Henrietta solía ser optimista por naturaleza, pero ni siquiera ella podía obviar que en las

pocas fiestas a las que asistía, actuaba más como dama de compañía de su prima que como debutante, y que todo el tiempo permanecía en el rincón de las solteronas, hablando con las otras desdichadas que no habían logrado desarrollar el encanto suficiente para atrapar a un caballero. No tenía que ser un prodigio con los números —que lo era— para saber que no había muchas probabilidades de conseguir un marido.

Sin embargo, eso no podía decírselo a su madre, o esta empezaría a preguntarle qué pensaba hacer cuando su tío muriese, o decidiera que eran una carga que no quería seguir manteniendo. Ella prefería no pensar en ello. Cada vez que lo hacía, su ánimo decaía bastante y ella necesitaba todo el optimismo que pudiera para enfrentarse a cada día lleno de incertidumbre.

Salió del saloncito matutino que usaba su prima para practicar todas las actividades en las que era buena, como bordado, música, y pintura. En la casa no había mucho movimiento, exceptuando el de los criados que iban de un lado a otro. La noche anterior habían ido a una cena, —a la que Henrietta no asistió porque era exclusiva— y tanto su prima como su tía debían de estar dormidas. Su madre tampoco era muy madrugadora. El único que estaba despierto era su tío, a quien se encontró en el desayuno, pero seguramente estaría trabajando en su despacho.

Bajó las escaleras y se encaminó a la biblioteca. En días como esos, cuando no tenía ningún compromiso para el que prepararse, o nadie con quien salir a pasear, Henrietta se sentía muy aburrida. Y la mayoría de los días eran como esos, así que su único método de distracción eran los libros. Ella no era amante de la lectura. Solía ser muy inquieta para pasar largas horas leyendo un libro, pero de vez en cuando encontraba alguno que le interesaba y lograba concentrarse. Con regularidad, los temas que más le llamaban la atención estaban relacionados con guerra o historia de algunas naciones, pero también sentía fascinación por las historias de terror y algunas ideas científicas, como las que encontró en un libro de un tal Galvani. Para su desgracia, su tío era más aficionado a la filosofía y su prima a las novelas de romance, por lo que el catálogo de la biblioteca, de por sí escaso, se reducía considerablemente en lo que a ella respectaba. Estaba segura de que se había leído ya todo lo que consideraba que valía la pena, pero al menos mataría el tiempo buscando algo que le llamase la atención.

La biblioteca era una estancia pequeña, con grandes paneles forrados en color vino. Tenía en la pared del fondo una estantería llena de libros, y en el centro una mesa con varios sillones para sentarse a leer. Un gran ventanal le proporcionaba a la estancia luz suficiente para no tener que forzar la vista con los títulos.

Henrietta paseó de un lado a otro de la estantería buscando un título que le atrajese, pero no tuvo suerte. Podría decir que se sabía de memoria todos los libros que su tío poseía. A lo mejor, podría intentar con alguna de las novelas de romance que le gustaban a su prima. Había una en particular, *Orgullo y prejuicio*, que Alice había comentado que era muy buena. Henrietta consideraba las novelas de amor ridículas. Planteaba una historia que no se acercaba nunca a la

realidad, sobre todo porque la mayoría de las veces promovían un «felices para siempre» y hacían que se viera fácil conseguirlo. Henrietta llevaba años luchando por conseguir no tanto un final feliz, no era tan ambiciosa, pero sí un esposo, y no había podido porque la vida real no era como en las novelas.

Aun así, tomó la historia que su prima había recomendado dispuesta a darle una oportunidad. No tenía nada mejor que hacer.

Estaba a punto de sentarse frente a la mesa cuando escuchó una voz proveniente del otro lado decir:

—Milord, no es usted el único pretendiente interesado en mi hija. Sin duda, me halaga que la considere como una posible esposa, pero no es una decisión que puedo tomar sin consultarle a ella y, puesto que no lo conoce bien, hablar de matrimonio es apresurado.

Henrietta dejó el libro sobre la mesa y, curiosa, se acercó a la puerta de madera que conectaba la biblioteca con el despacho de su tío. Otras veces ya había entrado ahí y había escuchado retazos de conversaciones, pero no solían perturbar su lectura porque su tío o sus invitados no solían alzar la voz. Sin embargo, no pudo evitar sentirse atraída por lo que había escuchado, así que pegó la oreja a la puerta para ver si podía obtener más información.

No logró oír la respuesta del invitado, pero sí la réplica exasperada de su tío.

—Sí, milord, sé que su oferta es generosa, pero le repito que es una decisión que no puedo tomar a la ligera y menos sin consultarle a mi querida Alice.

Su tío no tenía hijos y, a diferencia de su hermano, que siempre lamentó que su única descendencia fuera una mujer, para el barón, Alice era su niña consentida. Henrietta había escuchado que ya varios pretendientes habían ido a pedir su mano y que los había rechazado a todos porque ella no los quería. Alice lo negaba, pero ella sabía que, en el fondo, estaba esperando alguien que le generara todas esas emociones que leía en los libros. Henrietta sentía cierto resentimiento de saber que su prima sí se lo podía permitir mientras ella tenía que mendigar atención.

—Comprendo. Le pido, entonces, que me permita hablar con ella del tema. A lo mejor acepta ser mi esposa —dijo el desconocido.

Tenía una voz ronca e intimidante. No sonaba como un pretendiente apasionado que deseaba con desespero la mano de su amada; al contrario, ella creyó notar un tinte de fastidio en su tono.

—Ahora está dormida. Con gusto le comentaré su deseo y le notificaré cuando podría estar dispuesto a recibirlo, si es que acepta hacerlo.

Su tío tampoco estaba feliz, lo cual era extraño, porque, por lo regular, era un hombre bastante afable. Ese pretendiente debía caerle particularmente mal.

Cerrado el tema que generaba tensión, empezaron a hablar en voz más baja. Henrietta

escuchó algunas palabras, préstamos, libros, pero no logró seguir el orden de la conversación. Oyó cuando se rodaron las sillas para levantarse, pero no sus pasos, por lo que cuando la puerta que comunicaba ambas estancias se abrió, ella casi cae de bruces hacia adelante por la sorpresa.

Sintió que su rostro se ruborizaba por la vergüenza, lo que delataría cualquier excusa que se inventase para justificar esa falta de respeto. Alzó la vista hacia su tío, que la miraba con las cejas arqueadas, y luego sus ojos buscaron los del desconocido, pero solo dieron con un pecho ancho.

¡Dios santo, era gigante! Henrietta tuvo que enderezarse y echar mucho la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a la cara. Apostaba a que ni subiéndose en un taburete podría igualar su cabeza a la de él. Nunca había conocido a un hombre tan alto, y eso que con su escaso metro cincuenta de estatura toda la población masculina le sacaba al menos una cabeza.

Quiso pensar que era esa gran diferencia entre ellos, lo que hacía que el ceño fruncido de él fuera muy atemorizante. Henrietta se sentía como un pequeño insecto que podía ser aplastado en cualquier momento. Y al que él quería aplastar.

Su tío se aclaró la garganta.

—Lord Rhodesay, me gustaría presentarle a mi sobrina, la señorita Henrietta Callen. Querida, este es el marqués de Rhodesay.

—Un placer, milord.

Henrietta hizo su mejor reverencia, que el marqués correspondió sin mucho ánimo. Lo ideal hubiera sido que besara su mano, pero no parecía verla digna de esa cortesía. Henrietta se irguió todo lo que pudo para mantener su orgullo.

«¡Qué maleducado!», pensó. Comprendía que ella no le gustara, pero el saludo era cuestión de modales.

«Henrietta, has estado escuchando detrás de una puerta conversaciones privadas», le recordó la voz sensata de su cabeza. De vez en cuando, aparecía para hacerla entrar en razón, y solía ser muy inoportuna, porque no la dejaban mostrarse indignada en toda su expresión.

—Un gusto, señorita Callen —respondió con evidente aburrimiento. Le echó una mirada de arriba abajo que a ella le pareció bastante despectiva. Henrietta sabía reconocer esas miradas, pues en los últimos años se las lanzaban muy a menudo—. Lamento que casi perdiera el equilibrio. Desconocíamos que hubiera alguien apoyado en la puerta.

Henrietta quería que se la tragara la tierra, pero decidió ocultarlo mirando al hombre con rabia. El comentario no solo fue malintencionado, sino tan mordaz que ella podía sentir la amargura que lo carcomía por dentro. Una lástima que tuviera tan mal carácter, porque su físico era atractivo. Su contextura era delgada, pero el cuerpo estaba muy bien proporcionado. Tenía los ojos azules y rasgos angulosos, de esos que eran rudos y prometían a la damisela que la protegerían de cualquier amenaza. Quizás su característica más destacable eran sus cabellos,

negros como las alas de un cuervo y seguramente como su alma. Le llegaban hasta la mitad del cuello y no los tenía recogidos en una coleta, como era costumbre.

—Iba a buscar a mi tío para hablar con él —se apresuró a responder—. Pero cuando creí escuchar unas voces, me apoyé en la puerta para verificar si estaba con alguien. No me hubiese gustado interrumpir su reunión.

Intentó componer su expresión más dulce e inocente. Su tío le creyó, porque ablandó su semblante, pero el marqués aún la miraba con desconfianza.

—Dame un momento, querida. Le devolveré al marqués un libro que me prestó hace algún tiempo y podré atenderte.

Henrietta asintió. Tenía esos minutos para pensar en qué inventarle a su tío sobre por qué fue a buscarlo. A lo mejor, podría aprovechar y pedirle unos guantes nuevos.

El barón se dirigió a la estantería y el marqués lo siguió. Ella se percató de que él se fijaba en el libro sobre la mesa, y supo lo que estaba pensando, aunque no lo manifestara: si ella había querido hablar con su tío, ¿por qué estaba ese libro ahí? ¿Por qué había decidido usar esa puerta y no la principal?

—Oh, Alice debió olvidar guardarlo —comentó mientras tomaba el libro y lo llevaba a la estantería. No podía justificar las dos incoherencias en su argumento, pero intentaría mantener la mentira hasta el final.

Dejó el libro en el lugar de donde lo había tomado y juntó las manos en la espalda en una posición sumisa. A los caballeros solían agradarle las mujeres dóciles, y aunque ella no tenía ninguna razón para quedar bien ante ese en específico, por fuerza de costumbre intentaba comportarse lo mejor posible. Su tío no debía tener ninguna razón para echarlas de la casa.

—Oh, aquí está.

Para su sorpresa, su tío sacó el libro de Luigi Galvani que ella se había leído hacía algunas semanas: *De viribus electricitatis in motu musculari commentarius*[1]. ¡Así que el libro era de ese hombre y no de su tío! Debió haber imaginado que no encajaba en los gustos del barón. Una lástima. Ella había pensado en volver a leerlo.

—Como te comenté, lo empecé, pero no logré terminarlo. La teoría me parece absurda y carente de fundamentos.

—Es lo que muchos piensan. Sin embargo, creí que al ser usted un filósofo de mente abierta podría entenderlo mejor —comentó lord Rhodesay

Su tío no pareció darse cuenta de que ese hombre acababa de insultarlo, y si lo hizo, no lo evidenció. Henrietta, por su parte, lo miró mal para que supiera que ella sí lo había notado. El marqués se limitó a dedicarle una mirada despectiva que solo duró un segundo.

—La filosofía y la ciencia son dos cosas diferentes. Esta última hay que pensarla con

lógica porque no es abstracta, y lo que plantea Galvini no tiene sentido.

—A veces la ciencia necesita un poco de filosofía para ir más allá y no quedarse estancada. Creo que siempre hay que preguntarse: ¿qué sucedería si…?

—Eso, sin duda, haría colapsar el mundo científico. De verdad, Rhodesay, no puedo creer que consideres estas tonterías como ciertas.

—¡Pero sí muy interesante! —protestó Henrietta. No era su intención defender al marqués, pero tampoco se pudo contener, pocas veces podía hacerlo y ese era otro de sus muchos defectos. A ella ese libro le había fascinado y no le gustó oír hablar mal del hombre al que consideró un genio—. Imaginen que sea verdad y que los nervios de los animales contengan electricidad que puedan causar movimientos musculares. ¿Puede entender todo lo que eso implicaría? Si la electricidad en la fuente de vida de los animales, ¿podrá ser la fuente de vida de otros seres vivos, incluidos los humanos? ¿A qué nos llevaría ese descubrimiento? Yo pienso que...

Calló cuando su tío la observó como si hubiese perdido la cabeza. Henrietta también estaba familiarizada con esa mirada. Solían lanzársela a menudo los caballeros con los que trataba cuando salía con una de sus ocurrencias. Esperaba que su tío no se lo tomara mal. Hasta el momento, había logrado ocultar bien ese lado suyo y no quería que el hombre cambiara la idea que tenía de ella porque era de quién dependían para vivir.

—¿Te has leído ese libro? ¿Por qué? —preguntó el barón, sin salir de su estupor.

—Estaba aburrida ese día y empecé a leer lo primero que encontré —respondió en voz baja y con la mirada puesta en el suelo—. No sabía que el libro no era suyo, tío. Lo siento.

«Simula ser sumisa y saldrás ilesa», le aconsejó la voz en su cabeza. A veces daba buenas ideas. Sin embargo, no pudo evitar echar un vistazo al marqués. Había cambiado su expresión de fastidio por una de ligero interés. Se habría sentido halagada de no ser por ese aire de superioridad que lo rodeaba. Sí, la miraba con interés, pero también parecía esperar que ella le agradeciera la atención.

Era insoportable. Esperaba que Alice no aceptara casarse con él.

—No te preocupes, querida —respondió su tío. Volvía a usar su tono afable y condescendiente—. También entiendo por qué te pudo haber gustado. Dice tantas cosas absurdas que podría considerarse una lectura de esas fantásticas que les gustan a las mujeres.

Henrietta se mordió la lengua para no replicar. Odiaba que la trataran con condescendencia, pero con los años había aprendido a soportarlo para sobrevivir. A los hombres no les gustaban las mujeres altaneras.

El marqués la siguió observando como si esperase que dijese algo más, pero perdió el interés al ver que no lo hacía. Su semblante se llenó de aburrimiento.

—Supongo que no es una lectura adecuada para algunas personas y para otras sí.

De nuevo, su tío no se percató del insulto, o hizo caso omiso de él. De lo que no estuvo segura era de si había intentado halagarla. No parecía un hombre que supiera el significado de la palabra.

—Me tengo que ir. Muchas gracias por recibirme, milord, y espero que considere mi propuesta.

—Se la haré saber a Alice. Lo acompaño hasta la puerta.

—No es necesario. Recuerdo el camino.

Hizo una inclinación de cabeza hacia ambos y se marchó.

—Es un hombre un tanto extraño —comentó su tío mirando el lugar por donde el marqués había salido—. El deber me obliga a hacerle saber su propuesta a Alice, pero agradezco que no sea el tipo de hombre que ella aceptaría como esposo.

—¿Ha venido a pedir la mano de Alice? —preguntó con inocencia.

—Sí, y Dios me libre de que entre a esta familia.

—¿Es un mal partido?

—No es eso. Al contrario. Tiene un título importante. Es solo que...

—¿No te agrada? —aventuró.

—No —confesó—. Su carácter me parece desagradable. Es arrogante y se cree muy listo. Cuando me prestó ese libro, estábamos en el White's. Lo estaba debatiendo con otros caballeros. Me llamó la atención y me acerqué para saber de qué hablaban. Cuando me plantearon la teoría, me pareció irracional, y así se lo dije, así obligó a recibirlo para que después le diera mi opinión con más base. Por supuesto, no lo leí. No voy a ceder a su juego y puede insultar mi inteligencia cuantas veces quiera.

Ah, entonces sí se había dado cuenta. Debió suponerlo. Su tío solía tener el don de hacerse el tonto para evadir provocaciones.

—Me sorprende que hayas dejado que se acercara a Alice —comentó Henrietta con inocencia. Sabía, por lo que había escuchado, que el marqués no conocía oficialmente a su prima, pero ella quería saber la historia entera.

—Ni siquiera la conoce. Seguramente la ha visto una que otra vez. Sucede que está desesperado.

—¿Está en la quiebra? —indagó, sorprendida. No le había dado esa impresión.

—No, pero gran parte de su fortuna puede perderse si no se casa pronto. Todos saben que su padre ha dejado una cláusula en su testamento de que, si no engendra un heredero, todo lo desvinculado al título irá a parar a un familiar. Será un duro golpe en las arcas del que tardará en recuperarse. Está desesperado por una esposa que se lo dé y ha puesto el ojo en mi pequeña Alice. Seguramente pensó que estaría encantado de subir mi estatus, pero no le entregaría a mi hija a un hombre como ese, ni aunque me amenazara.

Era una afirmación bastante fuerte. Si su madre lo escuchase, reprocharía su estupidez. A pesar de que Alice era la hija de un barón, casarse con un marqués sería subir mucho en el eslabón social. La joven podía tener muchos pretendientes, pero estos solían ser barones, vizconde, y, con mucha suerte, un conde. Conseguir un caballero con un título superior era más un sueño que una realidad y que su tío estuviera desperdiciándola decía mucho de la falta de ambición que lo caracterizaba.

—¿Y si Alice lo acepta? —preguntó, queriendo ver cómo reaccionaba.

—No lo hará —respondió con seguridad—. Aunque no lo diga, sé que Alice prefiere a caballeros más afables y carácter tranquilo, así como ella. Si yo no la presiono, no lo aceptará. Y me encargaré de que Roslyn tampoco la presione.

Roslyn era su tía. A diferencia de su marido, esta, al igual que su madre, sabía qué era lo mejor para una mujer joven: casarse. En los últimos meses, había habido distintos conflictos en la casa por la falta de decisión de Alice y la negativa de su tío a aceptar la propuesta de uno de sus pretendientes. De alguna forma, este siempre conseguía mantener la situación bajo control, pero sin duda le costaría convencer a su esposa de que rechazar la propuesta de Rhodesay era una decisión sensata. Sentía pena por Alice, quien estaría presionada por su madre para aceptar, mientras que su padre le decía que no había problema si no lo hacía. Henrietta sabía muy bien lo feo que se sentía decepcionar a uno de los padres.

—Querida, ¿para qué me estabas buscando?

Henrietta dio un respingo. Se había olvidado de pensar su excusa.

Compuso su semblante más adorable y dijo lo primero que se le ocurrió.

—Oh, tío. Me da mucha pena, pero se me ha roto el último par de guantes que tenía y quería saber si podrías regalarme unos. No quisiera hacerlos pasar vergüenza cuando vaya a una velada.

Su tío le dio unas palmaditas en el hombro.

—Por supuesto, querida. Alice iba a ir de compras esta semana. Si quieres, la acompañas, pides tus guantes y los cargas a mi cuenta.

—Muchas gracias, tío.

Intentó sonar alegre a pesar de que su felicidad se veía opacada por la herida que causaba a su orgullo depender de la caridad ajena. Si tan solo fuera lo suficientemente buena para conseguir un esposo...

Una idea llegó a su cabeza como un relámpago, pero así de rápida la descartó. No, ella no estaba tan desesperada para intentar llamar la atención de ese hombre tan desagradable...

Bien, sí lo estaba. Pero dudaba que él estuviera tan desesperado para conformarse con ella.

Tendría que seguir afrontando su triste vida como hasta ese momento. Y quizás, algún

día, el destino se apiadaría de ella.

Capítulo 2

Lo primero que hizo Raymond al llegar a su casa fue encerrarse en su despacho para tomar una copa. Por lo general, no bebía a horas tan tempranas del día, pero en esa mañana en particular habían jugado tanto con su paciencia que se merecía el licor.

El barón Latimer era un idiota, pero más estúpido había sido él en fijarse en su hija, pues en ese momento le tocaba decidir si se tomaba el tiempo de investigar a otra candidata o intentaba que la niña consentida aceptara su propuesta, cosa que podía tomarle más tiempo del que esperaba, y él solo tenía un mes.

Vació con apuro la copa, pero el licor no logró tranquilizarlo.

Un mes.

Eso no era nada cuando se trataba de conseguir una esposa, al menos, no una que fuera decente. Quizás debió haber iniciado la búsqueda antes y no haber perdido tanto tiempo con abogados intentando ver si había alguna manera de anular lo dispuesto por su padre en su testamento. Ese maldito viejo... No había creído que fuera capaz de hacerle algo así. A pesar de sus constantes discusiones, Raymond había creído que lo apreciaba lo suficiente para dejarlo tomarse su tiempo antes de obligarlo a volver a comprometerse.

Debió a haber supuesto que el viejo marqués nunca fue demasiado considerado. Qué iba a saber un hombre sin corazón de sentimientos y dolor. Él solo quería que su linaje continuara.

—¿Estás molesto?

La voz que hizo la pregunta vino de un lugar que él no pudo identificar. Se levantó de la silla y miró a su alrededor sin lograr localizarla. Dio un respingo cuando la figura pequeña de una niña salió debajo de su escritorio.

—¿Qué haces ahí? —le preguntó a su hermana.

Alison se puso de pie. Era baja para tener ocho años, y como él era tan alto, su cabeza apenas llegaba a medio muslo.

—Rebecca, Rosemary y yo estábamos jugando a escondernos. Se supone que Rebecca iba a buscarnos, pero creo que se ha olvidado de mí, porque llevo mucho rato aquí. Nunca quieren jugar conmigo.

Sus ojos se le aguaron y Raymond se puso nervioso. Nunca sabía qué hacer cuando sus hermanas se echaban a llorar. Con regularidad, dejaba a las institutrices la tarea de consolarlas, aunque sabía que no era lo correcto. Su madre había muerto dando a luz a Alison. Él estaba en aquel momento en Cambridge y solo había podido asistir al entierro. Tanto ella como sus otras hermanas, que solo tenían cuatro años para aquel entonces, habían crecido sin ninguna figura femenina más allá de las niñeras y las institutrices. Raymond se había dicho, ya que tenía que casarse, debería hacerlo con una mujer que fuera capaz de educarlas bien. Por eso, se estaba

centrando en mujeres nobles.

Alguien de su estatus no debería conformarse con menos que la hija de un conde, pero dado el apuro en el que lo había sumido su padre, sabía que tenía que bajar sus exigencias. Había pensado en la señorita Alice Callen porque había supuesto que cualquier hombre inteligente en la posición del barón aprovecharía la oportunidad de subir su estatus. Debió imaginar que este no era inteligente desde el momento en que rechazó la teoría de Galvani sin ni siquiera haber leído las investigaciones.

—Quizás solo se entretuvieron, ¿por qué no vas a buscarlas y juegan a otra cosa?

Raymond no estaba de humor para lidiar con nadie, y menos con una niña. Su cabeza no podía alejarse de su dilema. ¿Podría convencer a la señorita Callen de que se casase con él, o sería mejor que buscase otra candidata con un padre más ambicioso? No había tratado con la señorita Alice Callen, pero lo que le habían dicho sobre ella, y lo que había visto, era una joven muy bien educada, dócil y amigable. No era su ideal de mujer, pero sí lo que necesitaba para salir del problema. Quizás su error había sido ir directamente con su padre y no acercase a ella. Raymond no era muy bueno tratando con las mujeres y, a su modo de ver, como el matrimonio era un negocio, debía verlo como tal. El carácter que había apreciado en la señorita le había hecho pensar que acataría la decisión de su progenitor. No imaginó que este fuese el problema.

—Ellas no quieren jugar conmigo —protestó la niña mientras tiraba de uno de sus mechones negros—. Dicen que soy muy pequeña y no puedo seguirles el paso.

Lo cierto era que Alison se cansaba muy rápido. El doctor decía que, como nació antes de tiempo, sus pulmones no se habían terminado de desarrollar y sería una secuela con la que tendría que cargar el resto de su vida.

—Entonces ve a tu cuarto, y yo hablaré más tarde con ellas —dijo buscando salir del paso.

—Siempre dices eso y no lo haces.

—Esta vez sí lo haré.

—¿Me lo juras por tu honor?

—Alison... —dijo, impaciente.

—Ya me voy, ya me voy —lloriqueó la niña—. Ya veo que sí estás molesto.

Salió corriendo antes de que él pudiera decir más. Sintió una punzada de culpabilidad cuando vio sus ojos llorosos y se maldijo por su poco tacto. En el fondo, sabía que una presencia femenina en esa casa era necesaria, pero no podía perdonarle a su padre que se lo hubiera impuesto, sobre todo porque este no lo había hecho pensando en sus hijas, que poco le interesaban, sino en la descendencia.

«Si no ha tenido un hijo varón para cuando hayan pasado dos años después de mi muerte, delego todos los bienes desvinculados al título y cualquier otro bien que se compre con este

dinero al familiar hombre más cercano».

Eso era lo que decía el maldito testamento. A Raymond aún le costaba creerlo. Los primeros seis meses después de la muerte de su padre había intentado volver nula su última voluntad, alegando que el viejo en sus últimos días no estaba en su sano juicio, cosa que no era mentira, pues murió de una infección causada por una herida en la pierna que lo había tenido delirando hasta su muerte. Al ver que era imposible, pues el señor había dejado todo muy bien arreglado desde antes, entró en la etapa de rebeldía. Pensó que, si quería dejarlo sin nada, que así fuera. Las tierras estaban vinculadas al título, por lo que seguirían siendo suyas y, tarde o temprano, recuperaría el dinero perdido. Estas, aunque no eran las que más dinero le proporcionaban, daban un aproximado de cinco mil libras al año. Solo necesitaría administrar bien sus gastos durante una larga temporada para que las arcas volvieran a llenarse. No tendrían grandes lujos y perderían la casa en Londres, pero tampoco pasarían ninguna clase de necesidad.

Pasó la segunda mitad del año de luto convenciéndose de eso hasta que, en una conversación con el abogado, este le dijo que las dotes destinadas a sus hermanas también estaban incluidas en los bienes no vinculados con el título. Raymond había entrado en cólera. Ilusamente, había supuesto que su padre no las metería a ellas en la rencilla que tenía con él. El desgraciado sabía que, para que las niñas consiguieran buenos esposos en el futuro, cada una necesitaría una dote de, al menos, diez mil libras. Las gemelas acababan de cumplir doce años, así que necesitaría veinte mil libras para el momento de su presentación, por no mencionar que debería haber conseguido otra casa en Londres para aquel momento y tener un reservado para los gastos de la temporada, además de ahorrar para la dote de Alison. No era imposible, pero sí más complicado.

Entonces, había decidido, muy a su pesar, que tendría que complacerlo. Se había propuesto casarse al menos diez meses antes de que se cumplieran los dos años de su muerte, para así asegurar el nacimiento de al menos un niño. Todo eso le dejaba dos meses para buscar esposa, del cual había invertido uno eligiendo candidatas.

Había sido más difícil de lo que había esperado. Esa temporada estaba especialmente falta de jóvenes casaderas de buena cuna. Las que había, o estaban comprometidas, o tenían muchos pretendientes para que el cortejo fuera rápido o sus padres aceptasen el trato sin protestar. Había hecho una pequeña selección de las más convenientes y de las más fáciles de acceder, y había llegado a Alice Callen, seguro de su éxito.

¡Qué equivocado estaba!

Recordó con amargura la conversación con el barón. Se había topado con el único hombre en la sociedad a quien le importaba la opinión de su hija. Quizás habría apreciado ese hecho si el tiempo no jugara en su contra, pero como así era, Raymond se desquitaría pensando que el barón era pusilánime que se dejaba gobernar por las mujeres con las que vivía, siendo una

prueba clara cuando decidió creer que su sobrina había ido a preguntarle algo y no estaba escuchando detrás de la puerta como una chismosa.

Compuso una expresión de fastidio solo de recordarlo. La señorita Henrietta Callen era demasiado manipuladora para tener tan poca presencia. En un segundo, había pasado de sentir vergüenza por ser descubierta, a interpretar el papel de niña buena que solo se creía su tío, porque estaba seguro de que ni a ella misma le parecía una actuación ejemplar. Lo único que tenía de dócil era su aspecto, y si acaso. Su escaso metro cincuenta de altura, sumado a un cuerpo bien relleno en los lugares adecuados y unos cabellos del marrón claro de la arena de la playa, le daban la apariencia de una joven tranquila y bien educada. No poseía una belleza angelical, pero sí parecía de las que nunca hacía nada malo. Sin embargo, tenía demasiada energía rodeándola para que le quedara el papel. Raymond había podido verlo en el movimiento inquieto de sus pies cuando bajaba la cabeza, o en sus expresiones ante cada comentario y, por supuesto, en su imprudencia. Era de las que mentía con facilidad, pero también de las que no se podía callar lo que pensaba, prueba de ello cuando confesó que se había leído su libro.

No negaría que eso lo sorprendió, y consiguió que dejara de mirarla con desprecio a suscitar su interés. Como buen amante de los temas controversiales, sabía que era difícil encontrar a alguien que fuera de su mismo interés. Si además consideraban que era una mujer, podría decirse que había encontrado una aguja en un pajar. Pero ella no había continuado con su pensamiento. Se había dado cuenta de que su teatro se estaba cayendo frente a su tío y había decidido continuarlo. No le convenía abandonar su papel.

«Una lástima», pensó. Hacía tiempo que no participaba en un buen debate y hubiera pagado lo que fuera por hacerlo, aunque su contrincante fuera una diablilla imprudente y mentirosa. Raymond apreciaba la inteligencia, viniese de quien viniese.

Decidió dejar de pensar en ella. Sí, le había llamado la atención su peculiar personalidad, pero no podía permitirse dedicarle demasiado de su tiempo. No era, después de todo, una candidata elegible. Había escuchado hablar de ella cuando estaba haciendo sus investigaciones sobre la familia Callen y era la hija del hermano fallecido del barón. No tenían ni un penique y vivían de la caridad de este. Además, debía pasar los veintitrés. Él no estaba demasiado animado respecto a casarse con una jovencita, estando ya por cumplir treinta y dos años, pero era consciente de que, si quería un hijo, tenía que buscar a una mujer joven que se lo diera. Por otro lado, tampoco le parecía físicamente irresistible y su facilidad para la mentira le resultaba despreciable. Prefería a Alice Callen, quien al menos tía rango, era bonita y afable. Si iba a verse obligado a pasar el resto de su vida con alguien, tenía derecho a ponerse un poco exigente.

—¡No es justo! Yo también quería ir al estanque. —Se oyó la voz de Alison proveniente de afuera.

—Te habrías cansado en el camino. Hicimos carreras —respondió una de las gemelas.

No estaba seguro de cuál.

—¡Sí puedo resistir! —aseguró Alison.

No escuchó la respuesta de las gemelas porque ya se habían alejado.

Suspiró, diciéndose que tendría que hablar con ellas, plan que no le agradaba en lo absoluto.

No, casarse no sería del todo una tragedia.

Capítulo 3

—No puedo creer que tu tío sea tan idiota. Un marqués. ¡Un marqués! ¿Cómo ha podido rechazar a un marqués?

Henrietta había perdido la cuenta de cuántas veces Agatha Callen, su madre, se había quejado de eso mientras bordaban. Durante el almuerzo, su tío había comunicado la visita de Rhodesay y sus intenciones, y también le había dicho a su hija que la decisión de conocerlo y aceptar la propuesta era solo suya. En aquel momento, Henrietta vio la expresión de incredulidad de su madre y supo que en cuanto esta tuviera la ocasión, le expondría a su hija todas las quejas que, por prudencia, no podía decirle directamente al barón.

La ocasión se presentó o, mejor dicho, su madre la buscó, cuando después del almuerzo le pidió que fueran a la salita de estar a bordar un rato, actividad que Henrietta odiaba y tener que hacerla mientras escuchaba a su madre hacía que el trazado le saliera peor que de costumbre, lo que la ponía de mal humor. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por no demostrarlo.

—Alice ha aceptado recibirlo si él viene a visitarla —le recordó Henrietta con la esperanza de tranquilizarla.

No funcionó. Su madre comenzó a despotricar, sus palabras llenas de desprecio.

—¡Ella ni siquiera debería tener que intervenir! ¡Es un marqués! Cuando se recibe una propuesta de esas, no se tiene que pensar. Un buen padre sabría que es lo mejor que su hija podría conseguir y cerraría el trato. La jovencita debería agradecerlo. Si tú hubieses recibido una propuesta así, tu padre habría caído de rodillas agradecido al cielo y te habrías casado antes de que terminara la temporada. En cambio, el idiota de Latimer ha dejado la decisión en una jovencita de dieciocho años, que aún sueña con el amor y otras tonterías. Si ninguno de los dos se enfoca en la realidad, esa niña terminará soltera. Igual que tú.

En otra época, el comentario le habría dolido, pero estaba tan acostumbrada a ellas que Henrietta había desarrollado inmunidad al veneno. Al menos en gran parte. De vez en cuando todavía sentía el escozor del dolor rasgándole su corazón.

—Es su primera temporada, madre. Aún tiene muchos pretendientes y oportunidades.

—Si rechaza al marqués, no volverá a llegar una oportunidad como esta. Podrá ser muy bonita, pero su posición social no es suficiente y su dote apenas es aceptable. Mucha suerte ha tenido de que él se fijara en ella.

—Es que está desesperado —comentó Henrietta sin pensarlo.

Los ojos de su madre se posaron en ella, interrogantes y llenos de sorpresa.

—¿A qué te refieres?

—Mi tío comentó que su padre dejó una cláusula en el testamento donde se indicaba que, si no se casaba pronto y tenía un hijo varón, perdería todos los bienes no vinculados al título —

respondió, distraída. Miró la flor que estaba bordando y se dio cuenta de que uno de los pétalos le había quedado torcido. Arrugó el ceño—. Me imagino que ha bajado sus estándares para poder conseguir una esposa con rapidez, pero si me lo preguntas, aceptar ser su mujer me parece una carga terrible. Imagina que no pudiera darle el varón en el tiempo estipulado. La culparía toda la vida por eso, claro que sí. Se nota que tiene un carácter endemoniadamente malo.

Dio otras tres puntadas antes de darse cuenta de que no podría arreglar el dibujo. Suspiró y levantó la vista hacia su madre, cuya expresión daba a entender que estaba teniendo alguna clase de revelación divina.

—¿Madre?

—¡Pero si esa es una excelente noticia! —exclamó con entusiasmo.

—¿Que el marqués esté a punto de perderlo todo?

—¡Por supuesto! Tú misma lo has dicho. Está desesperado y bajará sus estándares. Cuando tu prima lo rechace, como estoy segura de que hará, tú podrías ofrécete para ser su esposa.

Henrietta casi deja caer el bastidor por la sorpresa.

—Madre, no creo que sea buena idea —dijo con tiento. Se maldijo por su imprudencia. Sería difícil sacarle la idea de la cabeza a su madre.

—¡Por supuesto que lo es! Te ofrecerás a casarte con él cuando lo desee y a darle todos los herederos que quiera. Si no tiene mucho tiempo, aceptará.

¡Qué Dios la ayudase! Se estremeció solo ante la idea de ofrecerse como premio de consuelo ante ese hombre. Sí, muchas veces había tenido que pisar su orgullo para llamar la atención de algún caballero, pero jamás hasta ese punto. Y no pensaba caer tan bajo.

—Creo que no está lo suficientemente desesperado para aceptarme. Si Alice lo rechaza, buscará a otra.

No era que tuviera tendencia a menospreciarse, pero Henrietta, con los años, había aprendido a ser muy objetiva. Tenía muy poco linaje para un marqués y, aunque él estuviera dispuesto a pasar eso por alto, su edad eran un gran factor en contra si lo que estaba buscando era un heredero. De no obtener a Alice, iría a pedir la mano de alguna otra candidata que estuviera lo suficientemente desesperada para casarse pronto, pero cuya posición social y edad fueran más aceptables.

—No si lo convences de que tú eres la ideal —insistió su madre sin bajar un poco su determinación.

—Pero es que no soy la ideal.

—¡Podrías serlo si pusieras un poco de esfuerzo! ¡Qué malagradecida eres! Tu padre y yo siempre intentamos darte todo, a cambio, solo te pedimos que hicieras un buen matrimonio y ni siquiera eso fuiste capaz de lograr. Oh, él siempre supo que serías un problema cuando te veía

trepando árboles o corriendo por el campo, pero yo tuve fe en ti y no has hecho otra cosa que decepcionarme.

—Eso no es justo. Siempre intenté esforzarme para conseguir un esposo, madre —respondió con voz temblorosa.

Las conversaciones con su madre, aunque ya no solían derrotarla como antes, lograban siempre desestabilizarla. Ella se había esforzado, por supuesto que sí. Intentó con todas sus fuerzas ser la hija que ellos querían, comportarse como a los caballeros les gustaba y cumplir con lo que se esperaba de ella. De verdad que lo intentó, pero muchas veces simplemente no podía. Su naturaleza se rebelaba, y ese era el problema. Su conciencia, sin embargo, estaba tranquila. Ella sí lo había intentado y aún lo hacía. Eso no implicaba que se fuera a lanzar una misión imposible como convencer al marqués de que la eligiera a ella como esposa. También tenía que ser realista.

—No lo suficiente o ya tendrías una. Dime, ¿qué vamos a hacer cuando tu tío se muera? Esta casa irá a parar a alguien menos generoso, y dudo que Alice y su esposo nos quieran recibir.

Henrietta bajó la cabeza y fingió concentrarse en el bordado. Habían tenido esa conversación muchas veces y no le gustaba a dónde llegaban, porque sabía que su madre tenía la razón.

—Mi tío es un hombre con mucha salud. Durará muchos años.

—Sí, pero no los suficientes. A lo mejor logras matarme de un disgusto antes de que él se muera, pero te aseguro que tú sí tendrás que padecer su falta y las consecuencias. ¿Qué harás entonces? ¿Trabajar de institutriz? ¿Ser una dama de compañía? ¿Morirte de hambre?

—¡Basta! —Se levantó de un brinco y tiró el bastidor sobre el mueble—. Conseguiré un esposo, ¿está bien? Te lo prometo. Solo necesito... tiempo.

—Llevas siete años diciéndome eso.

—Pues necesito más tiempo —se empecinó—. Quizás el señor Clarke se anime a pedirme matrimonio.

La afirmación se acercaba más a la mentira que a la verdad, pero su madre necesitaba una esperanza y ella también. El señor Clarke era un hombre de cuarenta años, viudo y con dos hijos, que buscaba una esposa que se ocupara de ellos. Era hermano de un barón y tenía una fortuna aceptable, aunque estaba lejos de ser abundante. Le había pedido bailar en una o dos ocasiones, y quizás hablaban un poco cuando se encontraban en las veladas. No la había empezado a cortejar formalmente a pesar de que ella había puesto todo su esfuerzo en que así fuera. ¡Y vaya que le había costado ser agradable!, pues el caballero no era precisamente su ideal de hombre. Si todavía tuviera oportunidad de ser exigente, Henrietta diría que estaba demasiado gordo, era muy condescendiente, tendía a hablar mucho de sí mismo y el aliento siempre le apestaba a humo y alcohol. No podía, sin embargo, ponerse demasiado estricta, así que se quedaba con que era

amable y un prospecto aceptable. Además, a ella siempre le habían gustado los niños y no le importaría cuidar a hijos ajenos.

Esa noche, en la fiesta de los Wood, seguiría con su plan de llamar su atención. Esperaba tener suerte.

—Eso espero, Henrietta. Si nos quedamos en la calle, será tu culpa.

—No se preocupe, madre. Disculpe, pero he recordado que mi tía me pidió que le comentara algo a la cocinera. Ya regreso.

Sin darle tiempo a responder, dejó el bastidor sobre la silla y salió del saloncito.

Le frustraba mucho conversar con su madre. Henrietta sabía que lo hacía por el bien de ambas, que solo quería procurarle un futuro en paz, pero ¿no podía entender que para ella también era difícil? Era muy consciente de que la edad se le estaba pasando, de que su futuro cuando su tío muriese no sería agradable y no necesitaba que nadie aumentara la presión que se tenía a sí misma y la inseguridad de no ser suficiente para ningún caballero.

Decidió que un poco de aire fresco no le vendría mal, y optó salir al jardín usando la terraza ubicada en la sala del té. Cuando estaba a unos pasos de la puerta se dio cuenta de que esta estaba ocupada.

—Me alegra mucho que haya aceptado recibirme, señorita Callen —dijo la inconfundible voz del marqués.

Henrietta se debatió entre irse, o esconderse detrás de la puerta para escuchar la conversación. Solo tardó un segundo en decidirse.

Con sigilo, Henrietta se colocó detrás de la puerta y echó un vistazo al interior. Su prima estaba sentada con elegancia frente a la mesita en donde ya habían servido el té, tenía los cabellos rubios recogidos a la altura de la nuca y sus preciosos ojos azules observaban la escena con recelo. El marqués estaba frente a ella.

—El placer por recibir su visita es mío, lord Rhodesay. Sin embargo, debo confesar que me parece un poco indecente su decisión de que hablemos a solas. Mi madre ha dicho que solo nos dará quince minutos —respondió su prima con fría cortesía.

En ese momento, Henrietta supo que Alice no estaba interesada. Había pasado suficiente tiempo con ella para evaluar sus gestos y modo de actuar ante sus pretendientes. Por lo general, su prima solía ser una joven bastante seria y reservada. Sin embargo, cuando un pretendiente llamaba su atención, hacía lo que toda joven casadera había sido educada para hacer: coquetear. Sonreía con timidez, prestaba atención y de vez en cuando soltaba risitas tontas y hacía ojitos. No obstante, no le gustaba dar esperanzas a quienes no las tenía, así que con estos se limitaba a mostrar una fría educación, tal y como estaba haciendo con el marqués. Henrietta supuso que quizás le intimidaba. A su prima solían gustarle jóvenes afables y con buen humor, que la hicieran sentir segura y apreciada. No era de extrañar, considerando cómo era su padre.

—No necesito mucho tiempo para decirle mi propuesta. Señorita Callen, soy consciente de que esto puede sonar apresurado debido a que no la he cortejado como dicta el protocolo, pero deduzco que usted, al igual que todos, conoce mi situación. Necesito una esposa, y he pensado que usted podría ser una candidata idónea para el puesto.

«Qué propuesta tan mala, yo tampoco aceptaría», pensó Henrietta. Y a ella no era a quien le gustaban los libros de romance. Sin embargo, apoyaría a su prima si decidía descartarlo. ¿Eso era todo lo que pensaba decir? ¿No podía ni siquiera inventar que se enamoró a primera vista, que quedó prendado de su belleza o que desde que la vio supo que era la mujer con la que quería pasar el resto de su vida? ¿Era tan difícil ponerle un poco de creatividad, aunque fuera mentira? Por lo menos por educación. Que la sociedad viviese de contratos y alianzas no significaba que no se podían disfrazar un poco.

Por la cara de Alice, supo que debía estar pensando en algo similar.

—Me halaga, milord —respondió su prima haciendo gala de su impecable educación—. Sin embargo, comprenderá que es muy difícil para mí aceptar una propuesta de un hombre que no conozco.

Henrietta hubiese pagado lo que fuera por ver la cara del marqués, pero estaba lejos de su ángulo de visión y temía acercar más su cabeza.

—Puede preguntar a quién sea y nadie le dará malas referencias de mí —insistió él—. Este podría ser un matrimonio muy ventajoso para ambos. Le aseguro que la trataré con respeto y la honraré.

«Mejoró un poco», le concedió la voz en su cabeza.

Un dos por ciento.

—No lo dudo, milord. Le repito, me siento halagada, pero como le comenté, no quiero casarme sin un cortejo previo.

Él tardó en responder. Henrietta se preguntó si lo estaría considerando. No sabía con cuánto tiempo contaba el marqués, pero sin duda, invertir lo que tenía en un cortejo que no sabía si daría frutos podía ser contraproducente.

—Si yo la cortejase durante este mes... ¿aceptaría finalmente la propuesta?

Alice, sincera como siempre, respondió:

—Podría considerarla.

El marqués se levantó, seguido de Alice. Henrietta se inclinó un poco más con el fin de poder ver mejor sus expresiones, pero no lo logró.

—Agradezco su honestidad, señorita Callen. Creo que es hora de retirarme.

Antes de que Henrietta pudiera reaccionar, él se giró, y sus ojos fueron directamente a los de ella. De inmediato, Henrietta se enderezó y, a pesar del sonrojo en sus mejillas, compuso su mejor expresión de sorpresa.

—Oh, disculpen. Alice, venía a comentarte algo, pero no sabía que estabas ocupada. Milord. —Hizo una reverencia que él correspondió con una seca inclinación de cabeza y una mirada juzgadora—. Regresaré más tarde.

—Oh, no te preocupes, Hattie, milord estaba por retirarse. Lo acompaño a la salida y regreso contigo.

—No será necesario —replicó él sin dejar de mirar a Henrietta—. Quizás su prima desee acompañarme. Creo recordar que el otro día en la biblioteca me iba a comentar algo sobre el libro que le presté a su padre, pero no tuvo la oportunidad.

Henrietta no quería acompañarlo, pero no encontró excusa para zafarse. El semblante de Alice demostró su extrañeza por la petición.

—Muy bien. Hattie lo acompañará. Ha sido un placer, milord.

Realizó una reverencia perfecta a modo de despedida que el marqués correspondió sin muchas ganas. Se acercó hacia donde estaba Henrietta y esta, intimidada con su presencia, dio un paso hacia atrás. ¿Cómo alguien podía ser tan alto? La mujer que diera a luz al hijo de ese hombre tendría suerte de no morir en el parto.

Él le hizo un gesto para que caminara adelante y ella reaccionó. Habían dado apenas unos pasos cuándo él dijo.

—Veo que tiene por costumbre escuchar conversaciones ajenas.

Henrietta enderezó los hombros, a la defensiva. Había sido un comentario muy descortés.

«Al igual que escuchar conversaciones privadas» le recordó la conciencia.

«No son privadas si tienen la puerta abierta» respondió Henrietta, pero sabía que su conciencia tenía razón.

—Y yo que creí que quería escuchar mi opinión sobre la teoría de Galvani. Me ha roto la ilusión, milord —bromeó.

Estar a la defensiva siempre significaba que sus comentarios eran aún más imprudentes, lo cual en ese momento no le convenía. Intentó relajarse, pero la mirada hostil que él le dirigió no la ayudó. No obstante, había algo más que desagrado en sus ojos. ¿Intriga? ¿Curiosidad?

—No era mi intención escuchar la conversación. Iba a salir al jardín usando la terraza de la salita de té y...

—Ah, entonces no iba a comentarle nada a su prima, como le dijo a ella —replicó él.

Maldito fuera.

—Cuando escuché la voz de Alice —continuó como si él no la hubiese interrumpido—, recordé que debía decirle algo, por eso me acerqué. Estaba por entrar cuando lo vi.

—¿Su prima tiene la manía de hablar sola? No veo por qué si escuchó su voz, no dedujo que se encontraba con una visita.

¡Qué mal le caía, por Dios! Un caballero no pondría tanto empeño en hacerla quedar mal,

se limitaría a ignorar el asunto y hablar a sus espaldas, como todos.

—A veces canta en voz alta —inventó.

—Ah, ¿creyó que estaba cantando? Sin duda, lo que escuchó de la canción debió de haberle resultado muy grato que se quedó un rato cerca de la puerta escuchando la maravillosa letra. Me sorprende que no me haya oído a mí haciendo los coros.

Aunque no tenía derecho, Henrietta se atrevió a lanzarle una mirada furibunda. La comisura del labio de él tembló, pero no hubo ninguna sonrisa.

Lo ideal sería pedir disculpas. No obstante, estaba demasiado indignada para comportarse correctamente. En cambio, dijo:

—Lo cierto es que lo escuché, y si me permite un consejo, le hace falta un poco de práctica.

Acababan de llegar a la puerta. Él se detuvo y le lanzó una mirada tan intimidante que ella sintió el impulso de retroceder. Había entendido la indirecta sobre la propuesta de matrimonio y estaba muy molesto.

Consciente de que seguir por ese camino sería su fin, y de que el mayordomo los observaba, bajó la cabeza y dijo con voz dulce:

—Fue un honor haberlo recibido en esta casa, milord.

Él se mostró desconcertado por su repentino cambio de actitud. La miró por varios segundos hasta que decidió que lo mejor era tomar el abrigo y el sombrero que le ofrecía el mayordomo y marcharse.

Henrietta vio por la ventana como su carruaje se alejaba y respiró con alivio.

«Tienes que aprender a controlarte», se reprendió. Aunque, ¿por qué tenía que ser amable con él si él no lo era con ella? Además, no estaba intentando impresionarlo. Su madre estaba loca si pensaba que iba a pedirle que se casara con ella. Podría estar desesperada, pero aún pensaba que se merecía algo un poco mejor que el demonio encarnado. Hasta el insípido señor Clarke era mejor que él.

Se lamentaba de la pobre mujer que aceptara ser su esposa.

Capítulo 4

La velada de los Wood estaba muy aburrida, o Henrietta así lo veía porque llevaba dos horas paseando de un lado a otro del salón, sin llamar la atención de nadie y sin nada que hacer. Alice bailaba con uno de sus múltiples pretendientes y sus tíos se entretenían con sus amistades. Su madre, que casi nunca asistía porque le daba vergüenza ver a la cara a sus antiguos amigos, llevaba media hora hablando con la anfitriona, quizás intentando hacer contactos que los mantuvieran en sociedad. A su modo de ver, Henrietta tendría que asistir a todas las veladas posibles o no conseguiría esposo.

Tampoco lo conseguía asistiendo, pero no había quien se lo hiciese entender.

El señor Clarke no había ido o, al menos, ella no lo había visto. Bien podía no habérselo encontrado todavía. Los Wood eran muy generosos con sus invitaciones y el salón estaba a rebosar de gente.

Y, aun así, nadie le prestaba atención.

Decaída, se acercó a la mesa de dulces y tomó unos cuantos. Su madre le diría que, si seguía comiendo de esa manera, engordaría hasta no parecerle atractiva a nadie, pero su madre no estaba, e igualmente nadie la consideraba atractiva.

Se acababa de meter el tercer dulce a la boca cuando localizó a su objetivo. Su barriga gigante le dio su ubicación, y sin terminar de masticar, caminó con rapidez hacia él.

—Señor Clarke, qué gusto encontrarlo por aquí —saludó y tragó lo último que le quedaba en la boca.

El «encuentro» consistió en ella interponiéndose en su camino y acorralándolo contra una columna. El señor Clarke torció el gesto, pero ella se negó a aceptar que era por desagrado. Que recordara, no había hecho nada por espantarlo.

—Señorita Callen. El placer es mío.

—¿Qué le parece la fiesta? Yo creo que es maravillosa. Los anfitriones han hecho un trabajo magnífico, ¿no cree?

—Considero que hay mucha gente. No es la mejor fiesta de la temporada —respondió con aburrimiento.

—También he asistido a mejores —concordó ella sabiendo que le gustaba que le dieran la razón. Notó que él le miraba los labios y se preguntó si sería muy optimista pensar que quería besarla. A lo mejor la relación entre ellos no estaba tan débil como creía. Su madre siempre decía que cuando un caballero miraba los labios de una dama, había quedado flechado—. ¿Cuál cree usted que ha sido la mejor velada hasta el momento?

Si tenía suerte, lograría mantener su atención el tiempo suficiente hasta que acabara la pieza que estaba sonando y él se vería en la obligación de pedirle la próxima.

—La de los Monford.

—Oh, sí. ¡Fue espléndida! —comentó con entusiasmo—. Lady Monford tiene un gusto excepcional en música.

Henrietta había odiado esa velada. La condesa había hecho una recopilación de canciones de todos los artistas de renombre y había escogido las sinfonías que daban sueño. Casi nadie bailó en esa velada porque las piezas no habían sido diseñadas para eso, y Henrietta casi se queda dormida. Parecía más un concierto que una velada. Y un concierto muy aburrido.

Su mentira descarada debió ser creíble, porque el semblante del señor Clarke evidenció interés.

—Al fin conozco a alguien que aprecia la buena música. ¿Cuál fue su canción favorita?

Henrietta se mordió el labio. En el área de la música no sabía diferenciar una canción de otra.

—La de Mozart —respondió sin titubear. Debieron haber tocado alguna de Mozart.

—¿Cuál de las tres que interpretaron?

Maldición.

—Pues... La sinfonía número... ¡Oh, mire! ¿Qué hermoso vestido lleva esa dama, no cree? Aunque el diseño está algo pasado de moda. No obstante, no a todos le queda el marrón. A ella le da un porte de elegancia misteriosa. Me recuerda a La Mona Lisa. Me gusta mucho el arte, ¿sabe? ¿A usted le gusta el arte?

—Sí —respondió desconcertado por el cambio de tema.

—La Mona Lisa es una obra espectacular. No sé si la conoce. Cuando tenía dieciséis años, mi padre nos llevó a Francia y logré apreciarla. ¿Sabía que no tiene ni cejas ni pestañas?

A decir verdad, a Henrietta tampoco le gustaba demasiado el arte, y solo recordaba ese cuadro en particular por esos detalles. Esperaba que, si el señor Clarke era un intelectual en las artes, tal y como parecía, apreciara su conocimiento.

No fue así. El caballero la miró como si hubiese dicho una blasfemia.

—Conozco la obra, pero... desconocía el dato. Señorita Callen, ha sido un placer, pero temo que he prometido la siguiente pieza a una dama y debo encontrarla antes de que comience.

Desapareció de su vista antes de que ella pudiera siquiera devolverle el gesto de despedida. Frustrada, se recostó contra la columna.

«Lo has arruinado» reprendió la voz fastidiosa en su cabeza.

«Lo sé», respondió. «De igual forma, no quería casarme con él».

Solo *necesitaba* hacerlo. Y acaba de tirar por la borda la oportunidad. Su madre la asesinaría y tal vez fuera lo mejor, así podría terminar con la imposible búsqueda de un esposo.

—Creo que usted también necesita practicar más.

La voz provenía de atrás y la sobresaltó. Se separó de la columna y cuando se giró, lo vio.

Estaba justo detrás de ella. ¿Cuánto tiempo llevaba allí y cómo no se había dado cuenta? Quiso reprocharle con amargura que él también acababa de escuchar una conversación privada, pero no tenía ánimos de pelear. Se limitó a inclinar la cabeza a modo de saludo y dejarle claro con su mirada lo que pensaba.

—Milord, qué placer verlo —dijo con muy poco entusiasmo. Había gastado sus energías en el señor Clarke y el marqués no le inspiraba más.

Él se acercó hasta ponerse frente a ella. No se acostumbraba a su altura, y se sintió otra vez muy intimidada. En momentos como esos deseaba no ser tan baja.

—Sé lo que está pensando —comentó él. Ella se sobresaltó. ¿Habría adivinado que la intimidaba? Supuso que debía estar acostumbrado—. Sin embargo, me veo en la obligación de aclarar que yo estaba parado allí cuando decidió iniciar su... conversación con el señor Clarke, y aunque no lo hubiera estado, no creo que precisamente usted condene este tipo de intromisiones, ¿verdad?

Henrietta lo miró con rabia indisimulada. Había dicho que no iba a discutir... pero él la estaba provocando demasiado para contenerse.

—No lo condeno. No querría incurrir en doble moral... como otro. Dígame, milord, ¿qué tal ha pasado su noche? ¿Ha encontrado ya otra candidata después del rechazo de mi prima?

Él se tensó y ella se preguntó si no se habría pasado. A veces quería lanzar indirectas finas y elegantes como todos los miembros de la alta sociedad, pero solo conseguía comentarios imprudentes que le generaban problemas.

—Tengo algunas candidatas en mente. ¿Y usted? ¿No tiene otro pretendiente al que quiera ir a deleitar con sus conocimientos sobre arte?

Cualquier arrepentimiento que pudo haber sentido se disipó al ver que él era igual de grosero, aunque tuvo que admitir que a él se le daban mejor las indirectas. Henrietta había entendido muy bien el mensaje implícito: él sabía que tenía tantos pretendientes como conocimientos de arte y música.

Iba a responder, pero se distrajo cuando lo vio llevar su mano al bolsillo de su frac y ofrecerle un pañuelo. Ella lo miró desconcertada.

—Tiene dulce en la comisura de los labios —explicó él.

Lo dijo como si no tuviera importancia, pero Henrietta se quiso morir. ¡Por eso el señor Clarke le estaba mirando los labios! Y ella, como una tonta, pensó que había querido besarla. Recogiendo los trocitos de su orgullo, tomó el pañuelo y se limpió la boca. No supo qué hacer con este después. Supuso que no podía devolvérselo, pero quedárselo también le parecía algo demasiado íntimo. ¿Lo lavaba y luego se lo devolvía?

—Gracias —musitó.

Al menos él había tenido el gesto de señalárselo, no como el señor Clarke. ¡Se sentía tan

humillada! Ese día no podía empeorar.

—Henrietta, querida. Llevo un rato buscándote.

Sí, sí podía empeorar, lo supo en cuánto vio a su madre acercarse.

—¡Oh, lord Rhodesay! ¡Qué sorpresa! —dijo esta con excesivo entusiasmo—. Creo que no nos han presentado. Henrietta...

Henrietta sabía que le estaba pidiendo que los presentara, pero un presentimiento le advirtió que sería mejor tomar a su madre y desaparecer de allí antes de que algo terrible sucediera. Sí, ella era imprudente, pero el defecto se lo había heredado la persona que tenía delante.

—Milord, ella es mi madre, la señora Callen —dijo finalmente. Su madre no le había dejado otra opción.

Él saludó con la debida inclinación de cabeza, pero no le pidió a su madre la mano para besarla, como correspondía el protocolo. Esperaba que con ese gesto su madre se diera cuenta de que era un grosero.

Fue pedir mucho. Esta le sonrió como si le hubiera dedicado el más efusivo de los saludos.

—¡Un placer, milord! Mi hija me comentó que lo había conocido el otro día. Habló muy bien de usted.

Henrietta dio un respingo por la sorpresa que le generó el comentario. Solo había hablado con su madre sobre el marqués una vez, y estaba segura de haber dejado claro que su opinión sobre él era que tenía «un carácter endemoniadamente malo». Por supuesto, sabía lo que su progenitora planeaba, y la vergüenza amenazó con ahogarla, sobre todo al ver que el marqués arqueaba una ceja y la miraba con burla.

—Ah, ¿sí? ¿Le importaría decirme qué le dijo? Temo que su hija es un poco tímida, y hasta el momento no la he escuchado apreciar ningún rasgo de mi carácter.

Era un desgraciado. Incluso sonreía con encanto a su madre, como si estuviera verdaderamente interesado. Quiso abofetearlo, pero dudaba que su mano lograra alcanzar la altura de su mejilla.

—Dijo que usted es un hombre muy educado, amable, encantador y que tenía un sentido del humor excelente.

—Madre, yo no he dicho eso —protestó. No podía permitir ni por un segundo que él pensara que en secreto quería echarle el lazo. Nunca había deseado con tantas fuerzas desaparecer.

—Querida, los hombres también les gusta saber cuándo son apreciados. No sientas vergüenza de admitirlo.

De lo único que sentía vergüenza era de saber que estaba siendo vendida como un objeto

ante ese hombre y que él lo estaba disfrutando. ¡Qué humillación! ¿Cómo podía su madre hacerle eso? Y él, ¿cómo era capaz de disfrutar de su incomodidad de esa manera? Si tuviera un poco de caballerosidad, no estaría alentado los intentos desesperados de su madre por agradarlo, sobre todo cuando no estaba interesado en ella.

—Así es —concordó el desgraciado—. Me agrada saber que la opinión que su hija tiene sobre mí es muy diferente a la que yo pensaba.

Henrietta siempre había detestado ser tan bajita, pero en ese momento deseaba encogerse más hasta poder desaparecer. De pronto, los ojos de él cambiaron y la burla desapareció de su rostro.

—También mencionó que...

—Me encantaría quedarme a conversar un rato más con usted, señora Callen, pero me temo que he prometido la siguiente pieza y no puedo dejar a la dama abandonada. Ha sido un placer, y espero que podamos continuar la conversación en otro momento.

Para sorpresa de Henrietta, tomó su mano y la besó. Al menos tenía sus guantes nuevos. Hizo lo mismo con su madre antes de marcharse. Henrietta no supo si la excusa era verídica o solo había tenido un inusitado impulso de amabilidad.

—Es un caballero muy agradable, Henrietta. No entiendo a qué te referías cuando comentaste que tenía un carácter endemoniado.

Miró a su madre con reproche.

—Ah, así que recuerdas muy bien qué opinaba respecto a él. ¿Se puede saber por qué has dicho todas esas mentiras?

—Intento ayudarte —dijo como si fuera obvio.

—¿En qué? Él nunca se casará conmigo, madre, por más desesperado que esté. No estoy a su nivel.

—Ha habido matrimonios peores. Hace poco el marqués de Farlam se casó con la dama de compañía de su hermana, que era la hija de un vicario. ¡Un vicario! Tu padre tenía más nivel que eso. Ella tampoco tenía un penique de dote.

—Ellos se enamoraron —argumentó Henrietta, intentando recordar todo lo que se había comentado al respecto—. A lord Rhodesay ni siquiera le gusto.

—Porque no te has vendido bien.

—No soy un objeto, madre.

Henrietta odiaba cuando su madre le decía frases similares. Odiaba el papel que tenía que representar en ese mundo y, aun así, lo soportaba, porque en la vida uno no siempre podía estar en donde quería, sino donde le había tocado.

—Eres una mujer que necesita un esposo antes de convertirse en una solterona oficial.

Tienes que hacer lo que sea necesario para conseguir uno. Deberías agradecer mi ayuda.

—Tenemos que ser realistas. Un partido como lord Rhodesay es aspirar demasiado. El señor Clarke, en cambio, es más aceptable para mí, y, por lo tanto, más fácil de conseguir.

Su madre lo pensó.

—¿Cómo vas con él?

—Excelente —mintió Henrietta—. He hablado con él hoy. Se ha lamentado mucho por no poder invitarme a bailar. Al parecer, creía que no había sido invitada a la fiesta y ha comprometido todas sus piezas, pero me prometió reservarme una en la próxima velada y dijo que quizás me visitaba en estos días.

A Henrietta nunca se le había dado mal mentir, y en ese momento lo agradeció profundamente. Sabía que, a pesar de su insistencia, su madre era consciente de que un hombre como el señor Clarke era más fácil de atrapar que un marqués. Aunque este último estuviera desesperado, tenía muchas más candidatas. Su progenitora no tenía por qué enterarse de que había arruinado todo con el caballero. Se veía capaz de mantener la mentira durante un tiempo, al menos, hasta que el marqués se comprometiera y no pudiera ponerla más en vergüenza en su presencia.

—Eso es una buena noticia. Oh, Henrietta, espero que esta vez todo salga bien y ese hombre te proponga matrimonio. No lo vayas a arruinar.

«Si tan solo supieras», pensó, desanimada. Ella tenía un don para arruinarlo todo en lo que a caballeros respectaba.

Echó un vistazo a la pista de baile y no vio al marqués por ningún lado. Como siempre tendía a pensar bien de las personas, quiso creer que había notado su incomodidad y decidió parar la cháchara de su madre, y, aunque no le perdonaba que le hubiera seguido el juego en primer lugar, le agradecía ese gesto y el del pañuelo.

A lo mejor no era tan malo como se había imaginado, así que optó por desearle suerte en su búsqueda de esposa. Incluso deseó que la encontrara rápido, para no tener que sostener la mentira respecto al señor Clarke por demasiado tiempo. Era consciente de que en cuanto el marqués se hubiera casado y su madre se enterase de la verdad, le caería una buena reprimenda y tendría que soportar muchos regaños, pero estaba dispuesta a tolerarlo. No sería la primera vez que su madre se sintiera decepcionada de ella, y estaba segura de que tampoco sería la última.

Sobreviviría, como siempre, y esperaría que el futuro fuera benevolente con ella.

Capítulo 5

Raymond observó a la señorita Callen alejarse junto con su madre y se permitió esbozar una sonrisa.

Por lo general, siempre le causaba gracia la forma en que las madres intentaban venderles a sus hijas. Unas eran más imprudentes que otras, y a la señora Callen le faltaba practicar mucho la discreción. Tuvo que contenerse para no carcajearse ante la cara de vergüenza de la señorita Callen. Esa mujer le había dejado claro que él no era de su agrado —cosa que no le importaba porque a él tampoco le caía muy en gracia—, e imaginarla halagándolo como su madre dijo, le causaba perversa satisfacción.

Lamentablemente, su caballerosidad lo obligó a parar el teatro cuando se percató de que ella estaba muy incómoda. A su lado malvado le habría gustado seguir, pero podía imaginar a su madre jalándole las orejas por esa actitud, así que, muy a su pesar, actuó correctamente y se marchó.

Además, ella no había tenido una buena noche. Cuando la escuchó por casualidad intentando captar la atención del señor Clarke, pensó en irse. Sin embargo, puesto que ella se había inmiscuido varias veces en asuntos que no eran de su importancia, creyó que merecía presenciar el teatro y entretenerse un rato. No se equivocó. Le divertía ver cómo se adentraba con maestría en el papel de joven dulce y complaciente, pues sabía que detrás de esa fachada había una mujer con lengua afilada. Por un momento, se cuestionó cómo no había conseguido esposo, si aparentemente hacía todo lo que una dama debía hacer para llamar la atención de alguien. La respuesta no tardó en llegar cuando mencionó el cuadro sin cejas de la Mona Lisa. La señorita Henrietta Callen no solo era chismosa y mordaz, también era incapaz de controlar su lado curioso y perturbar a los demás con este.

Particularmente a Raymond no le parecía su peor defecto, pero cada uno tenía sus gustos.

—¿Raymond Hopkins sonriendo? ¿A qué se debe el milagro?

Raymond le dedicó una mirada mordaz al recién llegado, que se colocó a su lado y le sonrió con inocencia. Tenía una copa en la mano, de la cual tomó un sorbo. Sus ojos verdes estaban llenos de burla.

—Milagro el que estés tú aquí. ¿No estabas de viaje de boda? —replicó.

Roger Curtis, conde de Leinster, compuso una expresión de dramático pesar.

—Lamentablemente no fue tan largo como me hubiera gustado. Las responsabilidades me llamaron, y he tenido que resolver. No me hubiese quejado de ser hijo segundo en estos momentos.

—Yo tampoco, créeme.

Conocía a Roger porque estudiaron juntos en Eton y después en Cambridge. Era lo más

cercano que tenía a alguien en quien confiar. No podría decir que eran inseparables, pero sí había un vínculo fuerte entre ellos que valía la pena conservar.

—¿Aún no has conseguido a tu futura esposa?

—Ha sido más difícil de lo que esperaba.

Por no decir imposible. Había asistido a esa fiesta con el propósito de evaluar a otras candidatas que tenía en mente. Estaba la señorita Harris, hija de un vizconde, pero la había visto bailar dos veces con un mismo caballero, al que, además, miraba con ojos de amor, por lo que estaba descartada. También estaba lady Rosalind, hija de un conde. No era una dama muy agraciada, pero sí bien educada. El problema: su padre era un jugador compulsivo, estaban casi en la ruina y Raymond sabía que, aunque su propuesta sería bien recibida, no sería una jugada sensata de su parte. Había intentado entablar conversación con algunos otros mientras de la nobleza, pero no se mostraron muy predispuestos a sus indirectas.

—No lo entiendo —continuó Raymond. Necesitaba desahogarse con alguien—. Hace algunos años las matronas hacían fila para presentarme a sus hijas, sobraban candidatas. Los caballeros me mencionaban lo grandioso que podría ser formar una alianza con ellos, y ahora que necesito una esposa, nadie aprovecha la oportunidad.

—Sucede, querido Ray, que ya no eres tan buen candidato como antes —le dijo Roger, quien no tendía a moderar ni un poco sus opiniones—. Sí, eres joven, tienes un título prestigioso, pero todos saben que, si en un año no hay en tu casa un niño llorando a todo pulmón, toda tu fortuna desaparece. Y seamos sinceros, que consigas una esposa no es garantía de que tengas un hijo en el tiempo estipulado, ni de que este sea varón.

—La renta de la propiedad ligada al título no nos permitirá pasar penurias.

—No, pero tampoco vivir con lujos, y menos si quieres ahorrar para darle una buena dote a tus tres hermanas, ¿verdad? Eso también lo sabe la sociedad y los padres de familia. Los nobles que tengan hijas en edad casadera intentarán buscar un partido más adecuado. Si quieres conseguir esposa, tendrás que irte por las desesperadas y bajar tus exigencias.

—He bajado mis exigencias —protestó Raymond—. La última candidata a la que le propuse matrimonio es hija de un barón.

Roger se rio.

—No dudo que para ti eso sea bajar tus exigencias, pero temo que tendrás que bajarlas más. Si no quieres casarte con una dama cuya familia tenga reputación cuestionable, esté más arruinada que tú, o sea tan fea que no puedas hacer la tarea de crear el heredero, vas a tener que olvidar a aquellas damas cuya sangre noble sea de línea directa. Si fuera tú, apostaría por la sobrina de algún conde o marqués. Esos padres estarían más dispuestos a pasar por alto tu situación económica.

—Te olvidas de que tengo tres hermanas a mi cargo —dijo con desdén, no contento con

la idea que planteaba su amigo—. La esposa que elija debe ser toda una dama para que, en su momento, las ayude con su presentación en sociedad.

—Que no tengan títulos no significa que no sean buenas esposas o damas bien educadas. Hombre, no te recordaba tan quisquilloso. Soy yo, ¿o estás más amargado que de costumbre? A lo mejor esa es otra razón por la que no se te acercan. Si lo piensas bien, creo que tu actitud también espanta a posibles candidatas. Antes te sobraban porque eras más agradable, pero después de lo que sucedió con Danielle...

Roger solía ser muy imprudente, pero también sabía interpretar cuando otra persona le advertía que debía callar, y eso fue lo que hizo ante la mirada dura de Raymond.

—También puedes verle el lado bueno —continuó para relajar la tensión que se había formado—. Tu padre, donde quiera que esté, sufrirá mucho al saber que has rebajado su linaje obligado por una decisión que él tomó antes de morir. Si mis palabras no te convencen, al menos piensa en el difunto marqués revolviéndose en la tumba.

Tenía razón y a Raymond no le avergonzaba admitirlo. En ese momento, nada lo alegraría más que saber que podía fastidiar al viejo como él le había fastidiado la vida. No obstante, no terminaba de convencerse de bajar sus exigencias. Quizás fuera muy arrogante por su parte, pero creía que ofrecía bastante para conformarse con una dama de clase apenas aceptable.

—¿A quién me sugieres? —preguntó finalmente.

No le gustaba la idea, pero tampoco tenía las manos llenas de opciones para no permitirse considerarlo.

—No lo sé. Yo di la idea, tampoco planees que haga todo el trabajo —replicó Roger con burla. Ante la mirada mordaz de Raymond, suspiró—. Puedo preguntarle a Charlotte. Ella conoce a muchas señoritas.

—Tú también.

El pasatiempo favorito de Roger cuando estaba soltero era coquetear con cuanta dama, soltera o casada, se encontrase. Solía decir que conquistar a una mujer era un pasatiempo muy estimulante para el cerebro, porque todas eran diferentes, y esa filosofía de vida generó muchos problemas y corazones rotos. Estaba seguro de que su amigo conocía a todas las mujeres de esa sala, aunque no se acordara del nombre de la mayoría.

—Así es, pero se tomarán mejor la presentación si la hace Charlotte y no yo. —Sonrió con picardía—. Allá está mi mujer. Si lo deseas, podemos preguntarle ahora mismo.

Raymond siguió su mirada y ubicó a la mujer rubia y elegante a unos cuantos metros suyos. Era delgada y sonreía a la persona con la que estaba hablando, que no era otra que la señorita Henrietta Callen.

Qué interesante coincidencia.

—Parece ocupada —dijo Raymond como excusa para no acercarse. Había tenido suficientes encuentros con la mujer por ese día, y dudaba que ella quisiera volverlo a ver.

—Si esperas conseguirla sola, no lo lograrás. Charlotte conoce a toda la alta sociedad londinense y siempre tiene compañía. Esa mujer con la que habla se me hace familiar... ¿Cómo se llamaba? ¿Señorita Cullen? ¿Carter? ¡Callen! Sí, creo que es la señorita Callen, pero no la hija del barón, su sobrina.

—¿También le coqueteaste en su momento? —preguntó Raymond con cierto desdén.

—Sí —respondió sin vergüenza.

—Me sorprende que te acuerdes de ella.

—Es difícil de olvidar. Recuerdo particularmente tres cosas de ella: la primera, su generosa delantera. Mírala y dime si olvidarías con facilidad ese par de pechos.

Raymond no quería hacerlo. Le parecía algo muy vulgar y maleducado mirarle los senos a una mujer, y sabía, porque ya lo había notado, que su amigo tenía razón y no quería volver a caer en la tentación. La primera vez que se había dado cuenta fue en la biblioteca. Tenía un vestido bastante escotado en aquel momento, y recordaba que le habían parecido grandes para alguien de tan baja estatura. Esa noche, no pudo evitar fijarse también. Parecía que le habían apretado el corsé con la única intención de que estos sobresalieran. Por suerte para ambos, él era demasiado alto y ella demasiado baja, por lo que no se había dado cuenta de que, a veces, en lugar de mirar su cara, se estaba fijando en su pecho. No era algo que le enorgulleciera admitir, y por eso no pensaba ceder a la propuesta de Roger. Era fiel creyente de que algunos instintos era mejor mantenerlos bajo control.

—La segunda cosa que recuerdo de ella, es que estaba bastante desesperada —continuó su amigo al ver que Raymond no se movía—. No le coqueteé por mucho tiempo porque me pareció la clase de joven que no te dejarían en paz si le mostrabas mucho interés, e incluso podrían tenderte una trampa.

Raymond no metía las manos al fuego por nadie, pero dudaba que la señorita Callen llegara hasta ese punto. A pesar de todo, él presentía que tenía algo de dignidad y valores morales.

—La tercera característica que no puedo olvidar es que era muy extraña. Recuerdo a la perfección que una vez sacó en una conversación que los pulpos tenían cuatro corazones, ¿o eran cinco?

—Tres.

—¡Eso! Debí suponer que tú lo sabrías. Siempre fuiste el más listo de la clase. Pero al menos no se lo andas diciendo a las damas que cortejas. Si ella suelta ese tipo de comentarios a sus pretendientes, no me sorprende que esté soltera y desesperada.

No supo por qué, pero le molestó que Roger se refiriera a ella de esa forma. Sí, era

extraña, pero a su modo de ver la curiosidad de una dama por temas poco comunes no debería ser una razón para que la vetaran como candidata. Tenía defectos más cuestionables, como escuchar conversaciones ajenas.

—A lo mejor deberías proponerle matrimonio a ella —bromeó Roger—. Recibirías un sí inmediatamente.

Raymond le dedicó una mirada de hastío y volvió su atención hacia las damas. La esposa de Roger charlaba con la señorita Callen como si fueran grandes amigas, aunque esta la veía como si no la conociera.

No se imaginó casado con esa mujer. Su energía y actitud eran demasiado para su tolerancia. Sentía que más que un ancla que mantendría su casa en paz sería una tormenta que lo ahogaría. No estaba desesperado hasta ese punto.

De pronto, la señorita Callen giró y los vio. La esposa de Roger le tomó del brazo, animada, y la instó a ir hacia ellos, pero la señorita Callen se zafó, sonrió y se marchó. Raymond se la imaginaba diciendo una excusa muy improvisada y absurda.

Charlotte se encogió de hombros y se dirigió a ellos.

—Querida —dijo Roger, animado—, ¿recuerdas a Raymond, lord Rhodesay? Debí habértelo presentado en algún momento.

—Por supuesto que lo recuerdo —respondió y extendió su mano para que él la saludara. Raymond se vio obligado a hacerlo—. Estuvo en nuestra boda.

La dama tenía una memoria verdaderamente extraordinaria.

—Y necesita de tu ayuda. Le había dicho para ir a saludarte, pero le dio vergüenza interrumpir la conversación con tu amiga.

—No quería ser imprudente —replicó Raymond, resentido porque lo hiciera quedar como alguien tímido.

—Oh, jamás. De igual forma, la señorita Callen parecía tener prisa. Iba a traerla para presentártela, Roger, pero me dijo algo de que su madre se sentía mal y que debía buscar a sus tíos para ver si la podían llevar a casa, y que, si no, tendría que quedarse con ella todo el tiempo porque temía que se desmayara.

Raymond contuvo una sonrisa. Sí, una excusa muy improvisada.

—¿De dónde la conoces, querida? No recuerdo haberla visto en la boda.

—Es una vieja amiga. La conocí en mi primera temporada, hace dos años, pero creo que ella no se acordaba de mí. ¡Me libró de tomar una decisión terrible!

—Ah, ¿sí? —indagó Raymond, curioso. Veía a la señorita Callen más como las que incitaban las malas decisiones.

—Sí. Estaba yo por ese tiempo enamorada de lord Clementine...

—Querida —interrumpió Roger—, no dudo que es una historia muy interesante, pero

podrás contarla otro día. Te llamé porque quería ver si tus conocimientos de la alta sociedad podían ayudar a nuestro amigo.

Ella pareció olvidar la historia por contar y lo miró con interés. Raymond contuvo el impulso de lanzarle una mirada asesina a Roger. Él sí quería saber la historia, y era muy consciente de que, conociendo a Charlotte, se demoraría mucho en contarla y estaba seguro de que era lo que Roger pretendía evitar.

—¿En qué puedo ayudarlo, milord?

—En realidad, no creo que...

—Creo que te comenté que mi amigo necesita una esposa, rápido.

—Oh, sí, algo habías dicho al respecto.

Por su tono receloso, Raymond supo que le había dicho *mucho* al respecto.

—Tú conoces a muchas damas de buena cuna, aunque no necesariamente de sangre noble directa, que podrían estar dispuestas aceptar una propuesta rápida de matrimonio. Alguna sobrina de un conde o de un marqués.

Charlotte compuso una expresión pensativa.

—La señorita Wood es sobrina de un conde, mientras que la señorita Roseblack de un marqués. Ambas son damas muy educadas, y tienen dos o tres temporadas en sociedad. La primera no se ha casado porque no tiene dote suficiente y la segunda porque, según su padre, nadie decente ha pedido su mano. También está la señorita Williams, la señorita Wood y… ¡Oh! ¡La señorita Callen es sobrina de un barón! —dijo, entusiasmada—. Apuesto a que estaría encantada de recibir una propuesta suya. Es educada, agradable y muy dulce.

Raymond no pudo contenerse y arrugó el ceño. «Educada, agradable y dulce» no eran adjetivos que utilizaría para definirla. Era obvio que, cual fuera el favor que la señorita Callen le había hecho a la esposa de su amigo, esta estaba muy dispuesta a devolvérselo, aunque fuera a costa de mentiras viles.

—Quizás podría decirme más sobre la señorita Roseblack...

—Oh, es una amargada, igual que su padre. En cambio, la señorita Callen es muy alegre.

—¿Y qué me dice de la señorita Wood?

—Es muy tímida. No se desenvuelve bien en sociedad. Por su parte, la señorita Callen es bastante sociable.

Escuchó un carraspeo a su lado y supo que Roger intentaba contener la risa. Su esposa se había fijado un objetivo y no pensaba soltarlo. Raymond se dijo que era momento de irse.

—Lo consideraré —mintió—. Temo que tengo que irme. Mañana tengo que hacer un viaje y no quiero dormir muy tarde. Ha sido un placer, lady Leinster. Gracias por sus sugerencias.

—El placer ha sido mío. Espero que le haya sido de ayuda.

—No tiene ni idea de cuánta.

Roger le dio un codazo a manera de reprimenda por el sarcasmo, pero lady Leinster no se percató de su tono, porque sonrió con entusiasmo. Él se despidió y se fue.

Camino a su casa, pensó que esa había sido una noche en la que todos habían querido recomendarle a la señorita Callen, aunque, irónicamente, ella no se había querido vender a sí misma. Le generó curiosidad el porqué. Si estaba tan desesperada, debió considerar su situación como una oportunidad. ¿Le desagradaría tanto que prefería la soltería a intentar convencerlo, o solo era consciente de la diferencia de estatus entre ambos? La mujer era algo enigmática. La había visto perder el orgullo ante caballeros de menor clase, pero siempre tenía una mirada defensiva cuando se trataba de él. Raymond solía generar antipatía en algunas personas, pero pocas se la mostraban tan abiertamente. Además, se notaba que la señorita Callen sabía cómo fingir si algo le disgustaba, simplemente no deseaba ocultarle a él su desagrado. ¿Qué había hecho para que lo detestara tanto? A su modo de ver, él tenía más motivos para detestarla a ella.

«Apuesto a que estaría encantada de recibir una propuesta suya» había dicho lady Leinster.

Sonrió. No creía que la señorita Callen estuviera de acuerdo. La veía capaz de rechazarlo si cometiera la imprudencia de proponerle matrimonio. Cosa que no iba a hacer. Estaba seguro de que todavía podía conseguir a alguien de más estatus. Investigaría un poco a la sobrina del marqués.

Sí, la señorita Callen le generaba curiosidad, pero estaba lejos de ser su candidata favorita, por mucho que todos la halagaran, y todo por la simple razón de que él sabía de verdad quién era.

Capítulo 6

Henrietta llegó a casa agotada y no había bailado ninguna pieza. Sin embargo, el intento de conquistar al señor Clarke, la discusión con lord Rhodesay y la vergüenza que le hizo pasar su madre, sumado a una tal lady Leinster que la había interceptado y le había contado, sin que ella se lo pidiera, toda su vida, aun cuando Henrietta no recordaba haberla visto nunca —aunque no podía afirmarlo porque su memoria de rostros no solía ser buena—, la habían dejado muy cansada, así que se durmió apenas tocó el colchón.

Al día siguiente, a pesar de todo lo sucedido la noche anterior, Henrietta se había despertado con muy buen ánimo. Sí, había arruinado toda posibilidad con el señor Clarke. Sí, su madre no la dejaría en paz cuando se enterase, sobre todo si el marqués ya se había casado para aquel momento, pero podría solucionarlo. Siempre lo hacía.

De buen humor, se arregló y bajó a desayunar. Todos, excepto su tío, estaban en la salita donde servían las comidas. Había un silencio sepulcral.

—Buenos días —dijo Henrietta, animada y decidió tomar asiento al lado de su prima.

—Buenos días, Hattie —saludó Alice. Fue la única que contestó.

Un criado colocó un plato frente a ella y Henrietta comenzó a servirse de los aperitivos que había en la mesa.

—Querida, me comentaba tu madre que el señor Clarke está muy interesado en ti —dijo la tía Roslyn.

Henrietta detuvo el avance del tenedor lleno de tocino a su boca y miró a su tía. Estaba sentada con la espalda muy recta. Tenía los cabello rubios y canosos recogidos en un moño alto, y su contextura delgada y rigidez la hacían parecer un palo. La estaba escrutando con sus ojos verdes y Henrietta supo que tenía que hacer su mejor actuación.

—Oh, sí. Incluso prometió visitarme estos días.

—Me alegra mucho, querida. Estaba muy preocupada por ti y tu... situación.

La situación: estar soltera. No lo dijo porque su tía era experta en camuflar sus palabras, pero todos lo entendieron. Su madre se tensó. La tía Roslyn y ella nunca se habían llevado bien, pues su madre sabía que esta no las quería allí. Cuando llegaron a esa casa, ambas escucharon en varias ocasiones como su tío y ella discutían porque este había decidido acoger a la viuda de su hermano y a la hija de esta. Su madre solía decir que, si su tío moría, Roslyn no dudaría en echarlas a la calle sin ni siquiera abogar por ellas ante el nuevo heredero. Henrietta le decía que exageraba, pero en momentos como ese temía que no fuera así.

—Espero que haya una propuesta pronto —continuó su tía—. No hay nada más bonito que tener tu propia casa y familia.

Al comentario le siguió un silencio incómodo. Su madre estaba erguida, indignada; Alice

no separó la vista de su comida. Henrietta le dedicó a su tía una sonrisa tensa que esta le devolvió. Al final del desayuno, tuvo que tolerar las quejas de su madre.

—¡Esa mujer! Está esperando la mínima oportunidad para echarnos de aquí, te lo aseguro —le dijo cuando Alice y su madre se retiraron del comedor—. No puedo creer que me vea obligada a tolerar estas humillaciones. Henrietta, tienes que casarte lo antes posible. Hay que persuadir al señor Clarke de que te proponga matrimonio pronto.

—Haré todo lo posible, madre —dijo Henrietta sabiendo que eso era lo que esta quería escuchar.

La señora Callen asintió, satisfecha, y la dejó sola. Henrietta pasó el día vagando por la casa. Se pasó por la biblioteca, pero no consiguió nada que leer. Fue a los jardines, pero el jardinero no dejó que lo ayudara porque la última vez le había pedido que cortara la mala hierba y ella cortó también las plantas buenas. Finalmente, escuchó a Alice tocar el piano y se dirigió a la sala de música.

—¿Podrías tocar algo más alegre? —pidió Henrietta—. Estoy aburrida.

—No veo cómo una música más alegre te quitará el aburrimiento —se burló Alice.

—Puedo bailar.

—¿Sola?

—Toca y verás.

Alice cambió la melodía por una que se asemejaba a la música de una cuadrilla y Henrietta empezó a moverse de un lado a otro, dando saltos, vueltas y fingiendo que frente suyo estaba un apuesto caballero siguiéndole el paso. Su prima rio al verla, pero tocó hasta el final. Cuando la música finalizó, Henrietta hizo una exagerada reverencia y se dejó caer entre risas en uno de los sillones de la salita, al lado de Alice.

—Estás loca —le dijo su prima.

—El aburrimiento puede conducir a la locura.

—Podría enseñarte a tocar el piano.

—Creo que prefiero bailar, gracias.

Había intentado aprender a tocar el piano, el arpa y otros instrumentos desde muy joven, y en todos había fracasado. El baile se le daba solo un poco mejor. Con regularidad, tropezaba o perdía el ritmo, pero, a diferencia de la música, le gustaba mucho moverse en la pista. Se sentía relajada y si estaba sola, no había riesgo de hacer caer a nadie, así que podría disfrutarlo por completo.

—Estás muy feliz —comentó su prima, mirándola con curiosidad—. ¿Es por la posible visita del señor Clarke?

Henrietta mantuvo la sonrisa, pero estaba segura de que esta se había vuelto tensa.

—Oh, sí. Por supuesto.

No sonó tan convincente como hubiese querido, y Alice lo notó.

—Hattie, ¿el señor Clarke de verdad te prometió venir a visitarte? —preguntó con tiento.

—No —respondió después de echar una mirada a la puerta para confirmar que su madre no estaba cerca—. De hecho, me sorprendería si me volviera a dirigir la palabra. Lo he arruinado. Otra vez.

Mentirle a su madre y a sus tíos era una cosa, pero mentirle a Alice era otra. Su relación no era especialmente íntima, pero sí le tenía más confianza que a otros en esa casa, quizás porque era lo más cercano a una amiga que tenía. Además, era difícil engañar a Alice. Bajo su apariencia de niña ingenua había una mujer muy perspicaz, cuyos ojos azules descubrían la verdad, aunque esta se ocultara bajo una sólida máscara.

—¡Oh, Hattie!

—No le digas a nadie —rogó—. Necesito un descanso de las exigencias de todos porque me case. Además, a mi madre se le ha metido una idea absurda en la cabeza, y no deseo lidiar con ella.

—¿A qué te refieres?

Henrietta dudó, pero finalmente confesó:

—Cometí el error de comentarle que lord Rhodesay buscaba con desespero una esposa, y ahora insiste en que me ofrezca como candidata. ¿Puedes creer idea más absurda? Ese hombre jamás se casaría con alguien como yo. No estoy a su nivel. Y tampoco me agrada.

Alice no respondió. Su ceño se frunció en una expresión pensativa que mantuvo durante varios segundos.

—Sin duda, es una meta ambiciosa —comentó Alice.

—¡Es imposible! —replicó Henrietta.

—No, no creo que sea imposible. Solo ambiciosa. Es verdad que el marqués está desesperado. Me dijo mi padre que quería casarse en un mes. Habrá una que otra candidata dispuesta, pero son muy contadas, Hattie. Yo noté su desespero cuando me propuso matrimonio. Si en este momento llegaras a su casa ofreciéndote como candidata, quizás no te aceptaría, pero al menos lo pensaría.

—Tú también has perdido el juicio. ¿Cómo se os ocurre que voy a ir a pedirle matrimonio? Mi nivel de desespero no llega a ese punto.

Había perdido su orgullo varias veces para que caballeros se animaran a cortejarla y le hicieran una propuesta, pero nunca lo había expresado directamente con palabras y no comenzaría en ese momento, y mucho menos con ese hombre.

—No estoy diciendo que tengas que hacerlo —la tranquilizó Alice y le dio unas palmaditas en la mano como una madre que consuela a un niño—, solo comentó que, de acuerdo con la impresión que me dio, hay una pequeña probabilidad de que acepte.

—¿Y crees que debería apelar a ella?

Estaba acostumbrada a que todos la presionasen para que se casase, pero Alice nunca lo había hecho. No estaba preparada para que ella también fuese en su contra.

—Es tu decisión. —Se encogió de hombros—. Si te soy sincera, a mí el carácter de lord Rhodesay me disgustó. Es muy arrogante y frío. Su situación es complicada, pero aun así cree merecer lo mejor. Yo no podría llevarlo, pero creo que tú sí.

—No entiendo.

Henrietta estaba de verdad confundida. ¿Qué podría llevar ella? Si hablaban de paciencia, Alice tenía el doble.

—Eres buena poniendo en su lugar a gente como esa, Hattie. Y también eres buena tolerando ciertas actitudes sin perder la cordura en el proceso, como la insistencia de tu madre para que te cases. Llevas años escuchando sus reproches y no has cambiado tu actitud. Cualquiera en tu lugar se hubiera amargado. Sin duda, yo estoy a punto de claudicar ante la mía, y solo es mi primera temporada.

Los ojos de Alice cambiaron, su mirada se volvió melancólica, como quien se estaba resignando a dejar ir un sueño.

Henrietta quiso decirle algo, pero no supo qué. No solían tener conversaciones de índole tan personal, así que no se veía capaz de darle el consuelo adecuado.

—Yo entiendo lo que sientes —continuó Alice—. En las últimas semanas, mi madre ha estado presionándome para que elija entre los caballeros que me cortejan. Dice que no seré joven y bonita por siempre, y que debo casarme si no quiero terminar como... Soltera —concluyó.

«Si no quiero terminar como tú». Henrietta sabía que eso era lo que iba a decir. No le era difícil imaginar a su tía utilizándola como el ejemplo de la desgracia que podía esperarle a Alice si no se casaba. No se ofendía, aunque sintió una punzada de dolor en el pecho.

—Lo siento —se disculpó su prima al darse cuenta de que Henrietta había entendido todo.

—No te preocupes. —Le quitó importancia con un gesto de manos—. Pero creo que tu madre está planteando un escenario muy pesimista. Apenas es tu primera temporada.

—Está preocupada —la justificó Alice—. Sabes bien que es difícil no tener hermanos que te den seguridad si el hombre de la familia muere. Él siguiente en la línea de sucesión es el tío Rodrick, ¿lo llegaste a conocer alguna vez?

Henrietta negó con la cabeza. Sabía que de los tres hermanos Callen, era el menor, pero nunca lo había visto. Toda la familia había hecho la cruz a su padre cuando este se sumergió en los vicios.

—No es de extrañar. Yo solo lo he visto unas pocas veces. Mi madre dice que está resentido porque cuando el abuelo dividió la herencia que no estaba ligada al título, le tocó muy

poco, así que no nos habla porque mi padre se negó a darle más. Madre sospecha que, si él se llega a quedar con el título, nos echará a la calle o, como mucho, nos dará apenas para vivir. Por eso tengo que casarme, para darles seguridad. Es solo que...

Henrietta le dio su tiempo para que organizara sus ideas, pero al ver que su prima no sabía cómo explicarse, dijo:

—Quieres casarte enamorada, ¿no es así?

Alice negó con la cabeza.

—No necesariamente. El amor es complicado de conseguir. Sin embargo, sí me gustaría tomarme cierto tiempo para elegir al candidato adecuado, y por lo menos desarrollar afecto hacia él. He crecido con un padre que siempre me ha dado cariño, me respeta y se preocupa por mí, ¿crees que soy egoísta por buscar lo mismo en un esposo?

Henrietta se levantó y le dio un abrazo. Alice se sobresaltó, poco acostumbrada a las muestras de cariño, pero no la apartó.

—Oh, Alice, claro que no. Tienes todo el derecho a tomarte tu tiempo, y deberías hacerlo. Mi tío se sentiría terrible si te casas solo por compromiso. Me atrevo a decir que pensaría que no te apoyó lo suficiente. No quieres eso, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza. Parpadeó varias veces y Henrietta se preguntó si no intentaría ahuyentar las lágrimas. Alice no era de mostrar sus emociones a la ligera.

—Oh, Hattie. Pero ¿y si le sucede algo? No quiero ni imaginarlo… ¿Y si nos abandona más pronto de lo imaginado? ¿Qué será de nosotras?

Henrietta no quería pensar en ello. Se negaba a hacerlo.

—Eso no sucederá. Mi tío es un hombre fuerte. Casi nunca se enferma y tiene más energía que yo. ¿Qué podría pasarle? Estamos planteando un escenario muy improbable. Tú no te preocupes. Tus hijos serán grandes para cuando ese hombre muera y, con un poco de suerte, yo habré logrado conseguir un esposo sin tener que recurrir a pedirle matrimonio a lord Rhodesay.

Alice soltó una risita y Henrietta se alejó. De pronto, se escucharon unos gritos en el pasillo. Ambas salieron para averiguar el motivo. Los criados iban de un lado a otro y escucharon cómo el mayordomo le daba órdenes a un lacayo.

—Ve inmediatamente a buscar al doctor.

El joven lacayo asintió y salió corriendo. Alice detuvo al mayordomo antes de que este desapareciera.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

—Milord se ha caído por las escaleras —respondió, imperturbable.

Alice soltó un chillido y corrió al salón principal. Henrietta la siguió, con el corazón a punto de salírsele de los nervios. Apenas entraron, vieron el cuerpo del barón tendido el suelo.

Estaba inconsciente.

Capítulo 7

Alice y Henrietta se acercaron al barón, incapaces de creer lo que veía. Alice giró la cabeza y Henrietta casi podía ver cómo le decía con la mirada. «¿Qué podía sucederle? Eso puede sucederle». Vio prudente no hacer ningún tipo de comentario. La tía Roslyn estaba histérica, y ordenaba a los criados que acomodaban el cuerpo del barón para subirlo que tuvieran cuidado.

—No le muevan el cuello ni la cabeza —decía—. Levántenlo con lentitud.

Finalmente, consiguieron llevar a su tío a la habitación, en donde todas esperaron ansiosas al doctor. La tía Roslyn se paseaba de un lado a otro, Alice se había sentado en el otro lado de la cama para estar cerca de su padre y su mamá estaba sentada cerca de la chimenea, arrugando el vestido con sus manos. Henrietta se imaginaba que, al igual que la tía Roslyn, más que la muerte de su tío, temían las consecuencias que esto podía acarrear.

Eso la hizo enfadar. Ese hombre hacía todo lo posible por tenerlas bien y contentas, y ellas en lo único que pensaban era en la seguridad económica que este les proporcionaba.

Tuvo que morderse la lengua para no hacer un comentario imprudente, y se convenció de que quizás solo eran suposiciones suyas.

El médico llegó casi una hora después. Su tío aún no había despertado y el doctor aseguró que tenía un fuerte golpe en la cabeza y una pierna rota. Recetó unos medicamentos para el dolor y les dejó indicaciones de que debería permanecer en cama sin moverse más que lo imprescindible por al menos una semana. No podía evaluar si había lesiones en la cabeza hasta que se despertara, así que indicó que lo mandaran a llamar si había algún comportamiento anormal cuando despertase.

Entraba la noche cuando su tío al fin despertó. Henrietta era la única que lo estaba cuidando en aquel momento. Su tía y su madre se habían ido a descansar, dejando órdenes de que le avisaran si el enfermo abría los ojos. Alice había comentado que iría a tomar un baño y apenas terminase, regresaba.

—¡Qué bueno que has despertado! —exclamó con alivio—. Estábamos muy preocupadas por ti. ¿Cómo te has caído de las escaleras? Oh, espera, no, no hables aún. ¿Quieres agua? Debes tener la boca seca. ¿Deseas que te acomode la almohada? El doctor dijo que no debías moverte mucho. ¡Tengo que avisarle a las demás!

—Hattie —dijo él con voz ronca cuando ella ya se dirigía hacia la puerta—. Estoy bien. Un poco de agua no estaría mal.

Henrietta se apresuró a servirle un vaso y le ayudó a tomarlo. Después, le acomodó las almohadas para que estuviera cómodo.

—Me duele mucho la pierna.

—Eso es porque te la has roto —le informó—. El médico dejó láudano por si lo necesitabas. No podrás moverte de aquí por una semana, como mínimo.

Su tío se tomó la noticia como se tomaba todo en la vida: con calma. No iba a llorar, ni a replicar y mucho menos a quejarse. Si eso era lo que tenía que hacer para estar bien, lo haría.

—También debe dolerte la cabeza —acotó Henrietta.

—Un poco, pero es tolerable.

—¿Recuerdas qué pasó?

Él hizo un esfuerzo por recordar.

—Venía bajando las escaleras y pisé mal. Perdí el equilibrio. Recuerdo haberme agarrado a la baranda, pero no la sostuve con suficiente fuerza y resbalé. De ahí no recuerdo más, supongo que quedé inconsciente.

—Por suerte estás bien, esa habría sido una forma muy tonta de morir.

Su tío sonrió.

—La muerte... —musitó—. ¿Cuál es la diferencia entre morir al caer de una escalera o tras una dura enfermedad? Ambas tienen el mismo resultado, generan el mismo dolor a los conocidos. No hay formas tontas de morir, querida Hattie, al final la muerte siempre gana, solo que algunas veces de forma más fácil que otras.

Estaba filosofando. Eso significaba que su cabeza estaba bien, al menos por el momento.

—Por eso es que hay que disfrutar el presente, hacer lo que se tenga que hacer, pues la vida es muy efímera —continuó su tío—. Nunca sabes si ese día en que despiertas será el último. Todo puede cambiar de un momento a otro.

Henrietta sintió como se le formaba un nudo en la garganta que se obligó a tragar. La conversación con Alice de esa tarde y los continuos vaticinios trágicos de su madre se hicieron muy presentes. Henrietta les había asegurado que su tío las enterraría a todas, pero ese día había estado a punto de morir. Y como él mismo acababa de decir, todo podía cambiar en un instante.

Se sintió terrible al pensar como ellas en un momento como ese, cuando su tío estaba convaleciente, pero no pudo evitarlo. El temor por su futuro, que había escondido en el lugar más recóndito de su ser, vio la excusa ideal para hacerse presente y empezar a susurrarle todas las cosas terribles que le sucederían si no tomaba medidas para casarse pronto. Aunque se hubiese intentado convencer de lo contrario, su tío no era eterno.

—¿Sucede algo, querida? —preguntó el barón.

Henrietta se obligó a sonreír.

—No, nada. Le avisaré a los demás que despertaste.

Salió antes de que pudiera preguntarle algo más.

Tocó la puerta de su tía para darle la noticia, y esta suspiró, aliviada. No tardó en encaminarse hacia la habitación de su esposo. Alice estaba saliendo del baño cuando Henrietta

fue a avisarle. Se alegró muchísimo, y le ordenó a la doncella que la ayudase a vestirse para ir a verlo. La última en enterarse fue su madre. Henrietta hubiese deseado no tener que ir a decírselo. No quería quedarse a solas con ella porque sabía lo que le esperaba, pero no tuvo otra opción. Tocó la puerta de los aposentos de su progenitora y la voz ronca de esta le dio la orden para entrar.

—Mi tío se ha despertado —le informó antes de que esta pudiera decir algo.

El alivio de su madre fue evidente. Empezó a musitar oraciones en voz baja que sonaron como palabras de agradecimiento. Henrietta decidió que era buen momento para huir, así que empezó a retroceder, pero la mirada de su madre se clavó en ella dejándola estática.

—Te dije que esto podía pasar —espetó.

Ella suspiró. Había estado tan cerca de escabullirse.

—Madre...

—No, has sido testigo de que tu tío pudo haber muerto hoy. Está vivo por suerte. Es lo que te he estado intentando decir todos estos meses, Henrietta, él puede morir en cualquier momento y nosotras quedaremos desamparadas si no te casas. ¡Tienes que casarte!

—No es el momento para tener esta conversación.

—¡Por supuesto que lo es! No hay mejor momento que este para que lo entiendas.

—¡Lo entiendo, siempre lo he entendido! —exclamó Henrietta, perdiendo la paciencia—. Y lo he intentado, madre. No sabes cuánto esfuerzo he puesto en buscar esposo. Y lo seguiré intentando, aunque las posibilidades sean cada vez más reducidas. ¿Eso es lo que quieres oír? ¡Hago todo lo que puedo!

Salió sin darle la oportunidad de responder. No se veía capaz de tolerar con paciencia los reproches de su madre, porque, aunque siempre había sabido que debía casarse para garantizarles estabilidad en el futuro, ese día, con el accidente de su tío, la realidad la había golpeado con dureza. Sí, Henrietta siempre había hecho todo lo posible por conseguir un esposo, pero en ese momento supo que no podía aferrarse a la esperanza de que aún tenía tiempo para conseguirlo. *Debía* conseguirlo.

Pasó por la habitación de su tío, pero no entró. Alice y su tía estaban a su lado, haciéndole preguntas que él respondía con paciencia, a pesar de que se notaba que estaba cansado. Verlo ahí, pálido, con una pierna vendada y expresión cansada, la hizo caer en cuenta de que, efectivamente, no era inmortal. Henrietta estaba segura de que se recuperaría bien de la caída, y era consciente de que había pocas probabilidades de que sufriera en poco tiempo alguna clase de accidente que pudiera arrebatarle la vida, pero no podía tener la certeza de nada.

«Hay que disfrutar el presente, hacer lo que se tenga que hacer, pues la vida es muy efímera» había dicho su tío. Ella tenía que tomar acciones. Si hasta el momento había puesto empeño en casarse, tenía que redoblarlo. Agotar todas las posibilidades. Aunque a él no le pasara

nada, no podía vivir de su caridad todo el tiempo. Tampoco era justo.

Llegó a su habitación y las lágrimas empezaron a salir.

Ojalá hubiese nacido hombre. Siempre era más sencillo para ellos.

Ellos se permitían escoger a quién cortejar y descartar candidatas a su antojo.

A ellos se les permitía tener dinero.

Ella, en cambio, tenía que estar mendigando atención porque ningún trabajo le permitiría mantenerla ni a ella ni a su madre con dignidad.

Se limpió las lágrimas con brusquedad. ¿De qué servía lamentarse? Tenía que buscar soluciones.

El señor Clarke ya no era una opción. No había nadie más que se hubiera mostrado interesada en ella, pero tenía en mente unos cuantos caballeros a los que podría llamarles la atención si ponía suficiente esfuerzo. Estaba el señor Anderson, que también era viudo y tenía una fortuna aceptable, tenía todos sus dientes y apenas pisaba los cuarenta, aunque estaba calvo y era de su misma estatura. También podría intentarlo con el señor Adams, tercer hijo de un barón. Acababa de formarse como vicario y su padre estaba consiguiéndole una vicaría en un pueblito del norte. A decir verdad, no le entusiasmaba mucho la idea de ser la mujer de un vicario, pues sabía que no cumplía con las cualidades esenciales que esta debía tener: recato, compostura y carácter sosegado. Sin embargo, podría fingirlas el tiempo suficiente para conquistarlo y después resolvería lo demás.

Pensó en otros partidos pocos codiciados que pudieran interesarse en ella, pero, aunque todos eran aceptables, siempre había más de una característica que le disgustaba de ellos.

«No me queda de otra», pensó. Nunca pudo ponerse exigente, y en esos momentos menos. Tendría que elegir al que más posibilidades tuviese de aceptarla, aunque le disgustara mucho.

De pronto, recordó la conversación con Alice y no pudo evitar pensar en lord Rhodesay. Seguía creyendo que, si le hacía la oferta, él se reiría en su cara, pero estaba lo suficientemente desesperada para considerar hacérsela. ¿Qué perdía intentándolo? Además de la dignidad, por supuesto. Si lo pensaba con la cabeza fría, y haciendo a un lado todo lo que le disgustaba del hombre, era la opción más rápida. Intentar llamar la atención de los otros caballeros le tomaría mucho tiempo, y tomando en cuenta el historial de fallas que Henrietta tenía en esa tarea, los números decían que había muy pocas probabilidades de que lo lograse. El marqués estaba lo suficientemente apurado para pasar por alto cualquier defecto de su carácter, así como ella estaba lo suficientemente desesperada para ignorar los de él.

«No puedo creer que lo esté considerando», se dijo.

«Créelo, ya no puedes confiar en que tienes tiempo. Además, si vas a tolerar a un esposo desagradable, al menos que sea un marqués», respondió la voz en su cabeza. Y tuvo que darle la

razón en lo último.

No obstante, su ego seguía revelándose. ¿Qué le iba a decir? «Hola, a lo mejor deberías considerar casarte conmigo, te prometo que te daré el heredero que necesitas».

No podría verlo a la cara después de eso, y si se casaba con él, tendría que topárselo todos los días.

Se dejó caer en la cama, frustrada.

«Tú puedes, Henrietta. Si te dice que no, pues pasas a las otras opciones y te olvidas de que existe. Has pasado por cosas peores».

Y así era. En su tarea de buscar esposo le sobraban anécdotas en las que había salido humillada. Había una en particular que tenía el primer lugar y dudaba que nada de lo que hiciese o dijese el marqués pudiera quitárselo.

Confiaría en que tendría la caballerosidad suficiente para no comentarle su vergüenza a nadie. Que una dama fuera la que hiciera la propuesta podría ser un chisme muy jugoso que terminaría de arruinarla.

Con resignación, empezó a planear cómo lo haría. Tendría que preparar uno de los argumentos más convincentes que hubiera hecho hasta el momento y cuidar de no arruinarlo. El marqués ya sabía que no era tan dócil como intentaba hacerle creer a los demás, así que no podía usar esa técnica. Tenía que convencerlo de que podía ser una buena esposa, de que venía de una familia muy fértil, a pesar de ser única hija, y de que, aunque no tenía un rango social alto, era exactamente lo que él necesitaba.

En otras palabras: tendría que hacer la mejor interpretación de su vida. El marqués no era fácil de engañar.

Antes de que desapareciera la determinación, empezó a cuadrar en su mente cada detalle hasta que quedó conforme con el plan. Cuando se durmió pasaba la media noche. Soñó con una vida en la que no tenía que preocuparse por nada.

Capítulo 8

—Ray, ¿quién se murió?

Raymond levantó la vista de las cuentas que estaba revisando para fijar la atención en Alison. Había ido a su despacho a quejarse de que, otra vez, sus hermanas no querían jugar con ella. Él no había sabido qué decirle más que hablaría con las gemelas —cosa que se le había olvidado la última vez—, pero la niña no se quiso marchar y quedó parada viendo por la ventana. No había dicho nada en una hora y Raymond tampoco le había prestado demasiada atención hasta ese momento.

—¿A qué te refieres?

—Hay una mujer vestida de negro en la entrada de la casa, eso significa que está de luto, ¿no? Entonces, alguien se murió.

Raymond se levantó y fue a mirar. Sí, había una mujer vestida de negro tocando la puerta. No podía identificar quién era, porque llevaba puesto un velo, pero su figura se le hacía conocida.

—Vuelvo en un momento.

Salió del despacho y se dirigió a la entrada. El mayordomo ya había abierto la puerta, y estaba hablando con la misteriosa dama.

—No puedo informarle a milord de su visita si no me dice su nombre, señora.

—Solo dígale que soy una amiga.

Raymond reconoció la voz de inmediato. ¿Qué diablos hacía ella allí?

—Milord no recibe visitas que no sean identificadas...

—Carter, no te preocupes, atenderé a la dama.

El mayordomo se sobresaltó y lo miró como si acabara de decir algo inverosímil; después echó una mirada de recelo a la visita y se despidió con una reverencia.

Raymond le hizo una seña a la mujer para que lo siguiera. La llevó a la biblioteca para no tener que darle explicaciones a Alison y le señaló uno de los sillones frente a la chimenea. Ella no se sentó, sino que empezó a caminar de un lado a otro entre las estanterías.

—Es gigante —comentó mientras pasaba la mano por las estanterías—. Debe tener al menos el tripe de libros que mi tío. ¿Qué género le gusta más? Particularmente odio la filosofía, pero aquellos relacionados con la ciencia me llaman mucho la atención. ¡Oh, aquí está el de Galvani! ¿No tiene otros similares?

Por si su voz no la hubiese delatado, su parloteo sí lo hizo.

—Algunos —contestó—. Hay uno de Alessandro Volta, que refutó la teoría de Galvani. ¿Le gustaría que se lo prestase? No tenga vergüenza en pedirlo, después de todo, es usted mi invitada.

Ella se giró hacia él y se retiró el velo, permitiéndole ver su semblante ceñudo. Ella había ido a su casa sin invitación, estaba revisando su biblioteca sin permiso y todavía tenía la osadía de mostrarse ofendida por su sarcasmo.

—No es necesario ser grosero. Me disculpo si mi entusiasmo le molestó.

—Su entusiasmo no me molesta tanto como su presencia inesperada. ¿Puede hacerme el honor de decirme por qué ha venido a mi casa, y vestida como la muerte misma?

Ella empezó a mover el pie en pequeños círculos sobre el suelo. Estaba nerviosa, y eso lo puso en alerta. ¿Por qué estaba nerviosa?

—Mi atuendo tiene un propósito evidente: no quería que nadie me reconociera.

Raymond tuvo que admitir que había cumplido su objetivo, más allá de las explicaciones que tendría que dar a su hermana o cualquier vecino que preguntase por qué una viuda visitaba su casa.

—¿Y cuál es el propósito de su visita?

Ella parecía reacia a contestar. Al movimiento en círculos de su pie se le sumó el jugueteo de su mano con el velo.

—Antes de decírselo, me gustaría aclarar que lo pensé muchísimo. No fue nunca mi intención inicial, pero he llegado a un nivel de desespero que me obliga a evaluar todas las opciones. También quiero aclarar que no me tomaré mal cualquier respuesta de su parte, pues tiene todo el derecho a...

—Sea directa —la interrumpió él. Tenía un presentimiento de qué podía querer comentarle, pero necesitaba confirmarlo.

Ella respiró hondo.

—Quiero casarme con usted —dijo y, antes de que él pudiera reaccionar, continuó con rapidez—. Sí, sé muy bien que usted aspira a casarse con alguien de una posición mayor a la mía, y también que hemos presentado ciertas diferencias, pero le ruego que lo considere. No tiene tiempo para buscar a una candidata que sea de su gusto y yo... Bien, como sabrá, no he tenido suerte buscando candidatos. Me da vergüenza admitirlo, pero también estoy desesperada. Mi tío se ha caído por las escaleras y eso me hizo comprender que nos podemos quedar solas en cualquier momento, y si no consigo un esposo a mi madre y a mi nos espera un futuro horrible. Yo le aseguro que puedo ser una buena esposa, aunque tal vez esté reacio a creerme, pero es verdad. Si pongo mi mayor esfuerzo, puedo comportarme, y también puedo darle hijos, todos los que quiera. Se lo juro.

Raymond se había imaginado que podía ser eso lo que ella deseaba preguntarle, pero no dejó de sorprenderle. Intentó procesar todo lo que le había dicho, pues había hablado tanto y tan rápido que le había sido imposible seguirle el diálogo. ¿Su tío se había caído? ¿Qué podía ser buena esposa? Lamentaba lo primero, pero dudaba mucho de que ella pudiera cumplir lo

segundo.

—Señorita Callen...

—Antes de que me rechace —lo interrumpió, desesperada—. Le ruego que lo piense. ¿Ha encontrado ya a una candidata para proponerle matrimonio?

—Tengo algunas opciones.

Había evaluado las candidatas propuestas por la esposa de su amiga, y estaba planeando ir a hablar con el padre de la señorita Wood al día siguiente. No era su candidata preferida. La joven era sumisa y callada. Sentía que haría todo lo que él le dijese, y no es que a Raymond le molestase la obediencia, pero, puesto que había que dirigir una casa y ayudar a sus tres hermanas a convertirse en señoritas decentes, necesitaba a alguien con más iniciativa y energías. Si ese plan fallaba, iría por la mano de la señorita Rosenblack. Suponía que su título era suficiente para complacer a su padre, aunque ella en particular le caía menos en gracia que la señorita Callen. El día anterior, en un almuerzo, había tenido una conversación con la dama y tenía una lengua afilada de que era mejor cuidarse. Atacaba sin piedad a cualquiera para su conveniencia, no le guardaba lealtad a nadie.

—Pero ninguna es segura. Yo podría casarme con usted cuando quisiera. Mañana mismo si es su deseo. No tendría que seguir buscando.

No negaría que la posibilidad de acabar con la búsqueda le resultaba tentadora, pero no tanto para aceptar sin reparos la propuesta de la señorita Callen. Dudaba que pudiera cumplir con lo que esperaba de ella. No era recatada, ni prudente, y si no había conseguido un esposo en todos los años que llevaba en sociedad, dudaba que fuera un buen ejemplo para sus hermanas.

—Señorita Callen...

—Piénselo —insistió. En sus ojos había ruego—. Sé que lo que conoce de mí no le resulta grato...

—La verdad es que no, y no creo que sea lo que busco.

—Puedo serlo, solo necesito una oportunidad.

Raymond no la vio tan vulnerable ni siquiera cuando acababa de ser rechazada por el señor Clarke. Tuvo que admitir que sintió empatía por ella.

Iba a responderle cuando Alison entró.

Raymond contuvo una maldición.

—Entonces, ¿quién se murió? —preguntó viendo a la señorita Callen.

Esta, en lugar de tener una excusa adecuada para la situación, no respondió, sino que esperó a que él lo hiciera.

—Nadie que nos importe. Solo es una amiga que ha venido de visita.

—Creí que cuando se estaba de luto no se podía salir de la casa.

—Alison, ¿por qué no vas con la señorita Smith y se ponen a hacer algo?

—Quiero ir a jugar con Rebecca y Rosemary, pero no has ido a hablar con ellas para que me dejen hacerlo.

Raymond entonces se percató de que la niña se había quedado todo ese tiempo en su despacho, esperando que él cumpliera lo que le había dicho.

—Iré más tarde —le prometió.

Alison lo miró con suspicacia.

—¿Y por qué no juegas a algo tan divertido que sean ellas las que quieran jugar contigo? —sugirió la señorita Callen.

Raymond frunció el ceño; Alison la miró con interés.

—¿A qué se refiere?

—Cuando era niña y mis amigos del pueblo no querían jugar conmigo, yo empezaba a jugar sola, y me inventaba un juego tan extraordinario que todos querían unirse. Me rogaban para que los dejara participar. Haz lo mismo y te aseguro que querrán jugar contigo.

—No sé qué podría inventar —confesó la niña.

La señorita Callen pareció estar pensándolo seriamente.

—¿Qué tan buena es tu puntería?

—Muy mala —confesó la niña con pesar.

La señorita Callen compuso una expresión de decepción, pero después alzó la cabeza como si se le hubiera ocurrido una idea.

—Roba algunas frutas de la cocina, de preferencia manzanas, y que se estén pudriendo, y ponlas debajo de un árbol. Asegúrate de clavarles un cuchillo justo en el medio. Después, toma una cuerda, amárrala a otra fruta y cuélgala de un árbol. Toma un cuchillo y finge que estás apuntándole a la fruta. Asegúrate de que tus hermanas te vean, haz algo de ruido para atraer su atención. Se acercarán a preguntarte qué haces, y tú les dirás que estás practicando tiro al blanco, y señalas las frutas en el suelo. Entonces, ellas también querrán hacerlo, pero tienes que decirle que no son lo suficientemente hábiles para lograrlo. Naturalmente querrán intentarlo. Tienes que decirles que no, porque como ellas nunca te dejan jugar con ellas. Te prometerán que, si las dejas intentarlo, te incluirán en sus juegos. Así que las dejarás intentarlo. Lo más probable es que fallen.

—¿Y si me piden que les haga una demostración? —preguntó la niña, preocupada.

—No lo harán. Estarán tan concentradas en intentar lograrlo que se olvidarán de ti. Cuando veas que han fallado varias veces, proponles ir a jugar otra cosa, donde si tengan más oportunidades de ganar. Estarán tan frustradas que aceptarán.

Los ojos de Alison se iluminaron, mientras Raymond intentaba procesar todo. ¿Cuchillos? ¿Acababa de sugerirles que se pusieran a lanzar cuchillos?

—¡Es una excelente idea! —gritó la niña—. Gracias. —La miró como si dudara en decir

o no lo que pensaba, pero, finalmente, comentó con educación—: Lamento su pérdida.

—Alison, espera... —dijo Raymond, pero la niña ya había salido de la biblioteca—. ¿Le ha propuesto que se pongan a lanzar cuchillos? —preguntó con incredulidad posando su vista en la señorita Callen.

—¿Qué tiene de malo? ¿Cuántos años tiene? ¿Siete? A esa edad los niños ya no suelen lastimarse con cosas filosas.

—Tiene ocho, y...

—Más a mi favor —interrumpió ella—. Además, no lo lanzará ella, sino sus hermanas. ¿Cuántos años tienen sus hermanas?

—Doce. Sin embargo...

—Entonces no pasará nada —dijo con tranquilidad, como si fuera lo más normal del mundo que las niñas jugaran con cosas filosas—. Además, es un juego muy seguro. Solo es lanzar los cuchillos a un blanco. Si ninguna está frente a ese blanco, nadie saldrá lastimado. Yo lo hacía siempre cuando era niña.

A Raymond no le costó en absoluto creerlo. Tampoco le costaba creer que nadie quisiera jugar con ella.

Supo que debería ir a detener a su hermana antes de que iniciara ese perverso plan, pero primero tenía que deshacerse de la señorita Callen.

—No sabía que tenía hermanas —comentó ella antes de que él pudiera decir algo.

El comentario repentino le hizo olvidarse de lo que iba a decir.

—Sí, tres.

—Ah, ahora entiendo por qué está tan desesperado por encontrar una esposa y no perder la fortuna. Está preocupado por su bienestar.

A Raymond le sorprendió que pensase que era por sus hermanas y no por egoísmo. Por lo visto, la señorita Callen tendía a pensar lo mejor de los otros.

—Así es. Sobre eso...

—Oh, sí, estábamos hablando de por qué sería una buena esposa —interrumpió ella. De nuevo, parecía nerviosa—. Como le comentaba, sé que lo que conoce de mí no le es grato, pero le aseguro que puedo comportarme como la más refinada de las damas.

—Una dama refinada no le sugeriría a una niña pequeña que juegue con objetos filosos —espetó al borde de perder la paciencia. Se necesitaba mucho esfuerzo para lograr esa hazaña, y la mujer lo estaba consiguiendo—. La que sea mi esposa debe procurar que la educación de mis hermanas sea la ideal para que en un futuro consigan esposo, señorita Callen, y temo que usted no es la más indicada para eso.

Sus palabras la hirieron, lo supo porque el entusiasmo que la estaba acompañando se apagó como si hubieran soplado una vela. No se permitió sentirse culpable a pesar de que la

punzada en el pecho era bastante molesta. No había dicho ninguna mentira.

—Entiendo —musitó. Mantuvo la cabeza en alto como si se negara perder el orgullo—. Solo intentaba que pudiera verse incluida, como parecía desear.

—Hay otras formas menos peligrosas de lograr eso.

—Hablando con las hermanas mayores, supongo —dijo con veneno. Lo miró a los ojos y Raymond se percató de la necesidad de herir como fue herida ella—. Me dio la impresión de que no tenía mucho tiempo para eso.

Él sintió la ira crecer. ¿Se atrevía a juzgar la forma en que trataba a sus hermanas? Ella no sabía nada. Se obligó a mantenerla bajo control. No le daría el gusto de saber que lo había enfadado.

—¿De verdad cree tener todas las cualidades necesarias para ser mi esposa? —preguntó.

Ella no notó la malicia en su tono, porque su expresión cambió. De nuevo, estaba esperanzada.

—Quizás no todas, pero aprendo rápido y finjo bien.

Él dio varios pasos hacia ella hasta que la acorraló contra una de las estanterías. Sus ojos dorados lo miraron con recelo, pero no huyó ni dijo nada. Sabía que no le convenía.

—¿Se cree capaz de comportarse con propiedad ante la sociedad? ¿Qué le hace pensar que puede darme un heredero en menos de un año?

Ella tragó saliva. Estaba incómoda por su cercanía.

—Mi madre dice que quizás sea muy fértil porque tengo caderas anchas para alojar a niños sanos —farfulló, nerviosa.

Claramente no pensó bien el comentario antes de decirlo, porque se sonrojó después de caer en la cuenta de sus palabras. Por su parte, él no pudo evitar fijar la vista en sus caderas. Sí, eran anchas y, junto a sus generosos pechos, hacía que su cuerpo tuviera la forma de un reloj de arena.

«Hay otra cosa que podrían alojar bien», pensó imaginando las torneadas piernas rodeando su cadera.

Descartó de inmediato los pensamientos. Tenía que centrarse, no perder la cabeza como un adolescente que tenía mucho tiempo sin sexo.

Aunque él tenía mucho tiempo sin sexo. Quizás fue esa repentina necesidad lo que lo impulsó a decir:

—Entonces, supongo que es consciente de lo que tiene que hacer para concebir a los niños.

El rostro de ella enrojeció más. Alzó la cabeza para mirarlo, y fue muy consciente de la diferencia de altura entre ambos. Ella era tan pequeña, y en ese momento se veía tan indefensa. Sin pensarlo, sus ojos se posaron en sus carnosos labios. Eran grandes y en forma de corazón. Se

imaginó mordiéndolos.

«Concéntrate», se reprendió. Pero no pudo apartar la vista. Si él quisiera, podría bajar los labios y besarlos...

—Sí —susurró ella. Le sonó como un gemido, y tardó un segundo en comprender que le estaba confirmando su anterior comentario.

—Y que está dispuesta a someterse a ello, las veces que sean necesarias.

Su voz era poco más que un ronco gemido. Sintió una punzada en sus pantalones. Se dijo que tenía que alejarse, pero no fue capaz.

—Sí —volvió a decir ella.

Eso fue demasiado para su autocontrol.

—Me atreveré a comprobar si es verdad.

Se apoderó de sus labios antes de que ella pudiera responder. Eran como lo había imaginado, y encajaron tan bien con los suyos. No fue suave, no pudo serlo. Sus labios rellenos lo tentaron a moverse, explorarlos, morderlos y antes de que se diera cuenta, sus manos habían ido a parar a sus pechos. Eran más grandes que su mano. Sintió el impulso primitivo de bajar el vestido y el corsé para tocarlos mejor. Apretó, y no fue consciente de lo que estaba haciendo hasta que sintió las manos de ella intentando empujarlo.

Él se alejó, horrorizado por su falta de contención. ¿Qué diablos lo había poseído?

—Lo lamento —le dijo—. No tenía ningún derecho a...

—No, no lo tenía —espetó ella. Tenía la mirada perdida y la respiración agitada. Estaba perturbada. Se abrazó a sí misma como si buscara protegerse, y él se sintió como un monstruo—. ¿Cree que a mí me gusta humillarme de esta manera? No, no me gusta, ¡pero no tengo opciones! —gritó—. Si las tuviera, le aseguro que no mendigaría la atención de ningún caballero. Ustedes creen que pueden hacerme lo que quiera solo porque estoy desesperada. Ninguno se pone en mi situación porque no tiene necesidad.

—Señorita Callen...

—Espero que se haya divertido —le dijo con ojos llorosos—. He entendido el mensaje. No volveré a molestarlo.

Empezó a caminar a la salida, pero él la sostuvo por el brazo.

—Aguarde —pidió. Ella se zafó de su agarre—. Perdóneme, por favor. Ha sido una conducta inaceptable por mi parte.

Su madre le habría abofeteado de enterarse de cómo acababa de aprovecharse de la vulnerabilidad de esa joven, de su disposición a complacerlo solo para conseguir que aceptara su propuesta. Nunca se había sentido tan canalla.

Ella lo miró con sus ojos llorosos antes de colocarse el velo encima.

—Todos los hombres son iguales —musitó y se marchó.

Raymond se pasó las manos por el cabello, frustrado. Nunca había necesitado aprovecharse de una mujer para saciar su deseo, y no le gustaban ese tipo de actitudes. No sabía qué le había pasado. Al principio solo había querido intimidarla un poco, pero apenas tocó sus labios, sintió que perdía el control, como si hubiera probado una sustancia adictiva y le fuera imposible despegarse de esta.

—Maldita sea.

Ella debía pensar que era un canalla, y no la culparía por ello.

«Todos los hombres son iguales» recordó que había dicho. Se preguntó a qué se referiría. ¿Acaso no era él el primer idiota que se aprovechaba de lo solícita que la volvía su desesperación? Imaginarlo lo hizo sentir peor. Si ella ya tenía algún mal recuerdo al respecto, él solo había afianzado la idea

Se acercó a la ventana de la biblioteca y observó cómo las gemelas hacían intentos fallidos de atinarle a la manzana colgada en el árbol. Alison les comentó algo y estas asintieron de mala gana. Se marcharon juntas.

Sin duda la treta había resultado más productiva que una conversación, aunque sabía que tarde o temprano tendría que ocuparse de ese tema. Admitió a regañadientes que la señorita Callen era de la clase de mujer que se llevaría muy bien con los niños, aunque sus técnicas fueran bastante cuestionables.

La había juzgado mal en muchos sentidos.

Se dijo que no podía tomar una decisión basándose en la culpabilidad, pero después de su comportamiento no se sentía con el derecho de juzgar el de ella. Era una sobreviviente en el mundo que se basaba en hacer siempre un buen matrimonio. Hacía lo que podía, al igual que él. No podía negar que tenía una gran voluntad, y ese valor en una dama era difícil de encontrar.

Pasó un rato considerando el asunto de manera objetiva y, aunque bajo ninguna perspectiva esa mujer cumplía todos los requisitos que necesitaba en una esposa, los que tenían compensaban en cierta forma los faltantes. No, no sería una buena influencia para sus hermanas, pero tampoco las trataría mal. No era una dama discreta ni recatada, sin embargo, él ya había visto que podía arreglárselas para fingir serlo por cortos períodos de tiempo. A lo mejor, si trabajaban en ellos, podía dar la ilusión de ser marquesa ideal. Además, no era tonta como otras jóvenes de su edad, y tenía una gran disposición a resolver cualquier inconveniente.

Elegirla no sería la decisión más sensata, pero tampoco la peor.

Ahora bien, no sabía si después de lo sucedido ella aún querría casarse con él. Pero ese era un problema que tendría que resolver después. Primero, tomaría una decisión.

Capítulo 9

¡Maldito idiota! No debió haber hecho esa propuesta.

Acurrucada en el coche de alquiler que la llevaba de vuelta a casa, Henrietta se quitó el velo que había robado de las pertenencias de su madre y dejó que algunas lágrimas de frustración rodaran por sus ojos.

Le había costado mucho tomar la decisión de hacerle la propuesta al marqués, y había seguido con el plan a pesar de saber que no tenía demasiadas probabilidades de éxito. Esa mañana, mientras su madre desayunaba, robó uno de los velos que esta había usado durante los primeros meses de luto. Después del almuerzo, pero antes del té, se había colocado uno de los vestidos negros que tuvo después de la muerte de su padre y había tenido cuidado de escabullirse de la casa por la puerta de los criados, sin que nadie la viera. Apenas salió, se colocó el velo y buscó un carruaje de alquiler que la llevara a casa de lord Rhodasay.

Había practicado durante toda la noche anterior el discurso que diría para persuadirlo, pero llegado el momento su mente se quedó en blanco, así que improvisó sus argumentos basándose en uno que otro recuerdo de lo que pensaba decir. Desde el inicio, presintió que el caballero la despreciaría, y después del juego que le había sugerido a su hermana —que ella seguía sin entender por qué se había enfadado tanto—, sus posibilidades pasaron de pocas a nulas. Pero ella, desesperada como estaba, no lo vio, y cometió el grave error de seguirle su perverso juego hasta que fue demasiado tarde.

Cuando se acercó demasiado a ella, se sintió intimidada. Era difícil no estarlo, considerando la diferencia de tamaño. Henrietta sabía que un golpe de su parte la dejaría inconsciente y, aunque jamás pensó que él fuera a hacerle daño, no pudo deshacerse de la sensación de inferioridad cuando la acorraló. Su cuerpo se estremeció e incluso sintió algo de calor que, supuso, era debido a los nervios.

Entonces, él empezó a hacer todas esas preguntas incómodas y ella, que apenas las entendía, respondió con tonterías y afirmaciones. Se dio cuenta de que había cometido un error cuando él bajó la cabeza y se apoderó de sus labios.

A Henrietta la habían besado solo dos veces en su vida. La primera vez fue uno de los jóvenes que vivía cerca de su casa y con el que solía escabullirse a jugar de vez en cuando. Tendrían cerca de catorce años y fue un toque de labios. La segunda, había sido tan desagradable que prefería no recordarla. El contacto de lord Rhodesay no fue desagradable. A pesar de su brusquedad, había cierta sensualidad que resultaba atrayente, pero tan desconocida que ella no había sabido cómo reaccionar. El problema vino cuando posó las manos en su pecho y empezó a apretarlos como si fueran masa de pan. En ese momento se dio cuenta de que más que desearla, quería humillarla, y su dignidad soltó un grito ante tan herida. Lo empujó y no pudo evitar

decirle todo lo que sentía. No estaba orgullosa de haberse mostrado tan débil, pero tampoco se arrepentía. Durante todos esos años, los caballeros siempre la veían como la pobre solterona desesperada dispuesta a hacer todo por conseguir un esposo, y así era. Pero nadie se había puesto a pensar que eso no era lo que ella quería. Si Henrietta tuviera la potestad de decidir, viviría sola y feliz en una casa de campo en donde pudiera salir a pasear todos los días, practicar jardinería, montar a caballo, leer o cuanta actividad se le ocurriese

No obstante, no tenía esa potestad. Las mujeres no solían nacer ni con el derecho ni con los medios de tomar esas decisiones en su vida. A lo mejor, si hubiese tenido algún hermano que la quisiese lo suficiente para cumplirle su deseo, su realidad fuera otra. Pero no lo tenía, y ella tenía que someterse ante sus necesidades.

Ningún caballero lograba entender eso porque ellos siempre tendrían más poder.

El coche de alquiler se detuvo justo una manzana antes de su casa, como le había indicado. Henrietta se colocó el velo, bajó, le pagó al cochero y echó a andar hacia la mansión. No sabía cómo entraría. Había sido fácil escabullirse en un momento en que los criados habían dejado sola la cocina, pero desde afuera sería más difícil, pues, aunque pudiera ver por la ventana si había gente o no, no podía quedarse demasiado tiempo esperando a que desocuparan la cocina, sería muy arriesgado.

Decidió que lo resolvería cuando estuviera allí. Siguió pensando en su encuentro con lord Rhodesay. Él se había mostrado más arrepentido que lord Clementine, y ella quería creer que sus disculpas eran sinceras, pero eso no significaba que podía perdonarlo. Si no iba a tomarla en cuenta, pudo haberle dicho que no y ella habría aceptado su rechazo, ya le había dicho que lo haría. No había necesidad de divertirse a costa de ella.

Llegó a la mansión y rodeó la casa para llegar a la puerta de servicio. Un niño que hacía de aprendiz a lacayo estaba afuera, sentado sobre una roca. Henrietta decidió arriesgarse.

—Hey —lo llamó.

El niño, Jacks, si mal no recordaba, se asustó al verla. Henrietta se quitó el velo para que la reconociera.

—¿Quieres ganarte dos peniques?

—Sí —dijo entusiasmado. Cualquier extrañeza que le generaba la situación desapareció por la oferta—. ¿Qué tengo que hacer, señorita?

—Necesito escabullirme dentro de la casa sin que me vean, así que tienes que conseguir la manera de llevar a esas personas a otro lado mientras yo entro. Si lo haces, te daré un penique, y te daré otro si me guardas el secreto. ¿Trato?

El niño lo consideró, y al final debió decidir que no era un trabajo tan complicado, porque asintió.

Entró en la cocina y Henrietta se puso a vigilar por la ventana con disimulo. Nada más

estaban la cocinera y una doncella. El niño les dijo algo que ella no escuchó, pero luego corrió dentro de la casa con ellas siguiéndolas. Esta aprovechó para entrar en la cocina y escabullirse por los pasillos de servicio hasta la planta en donde se hallaba su habitación. Corría el riesgo de encontrarse con algún criado, pero sería más fácil de enfrentar que algún miembro de su familia, a quien tendría que explicarles por qué estaba vestida de luto

Por suerte, llegó a su habitación sin contratiempos, se quitó el vestido y se puso uno de día. Aún era temprano, pero no tuvo ánimos de salir a buscar alguna actividad con la que matar el tiempo. Solo podía pensar en su intento fallido y en qué haría a partir de ese momento. No tenía ninguna opción, y dudaba que lograse conseguir una. Su esfuerzo nunca era apto. Podía intentar ser encantadora, bonita y a nadie le parecía suficiente. A lo mejor su destino era quedarse sola y debía resignarse a ello.

***

Raymond había asistido a la cena privada de los viejos condes de Milford solo porque eran conocidos de la familia, pero de haber sido por él, se habría quedado esa noche en su casa, reflexionando sobre su día tan extraño. No había mucho que hacer allí. Los invitados eran unos veinte en total, los más cercanos a los condes, y entre ellos no figuraba ninguna dama disponible a la que pudiera evaluar. Tampoco tenía muchos conocidos con los cuales hablar, solo Roger y su mujer, pero estaban entretenidos con otros invitados. Raymond tampoco tenía ánimos de conversar.

Había pasado todo el día pensando en la visita de la señorita Callen, y aún no llegaba a ninguna conclusión. Estaba reacio a convertirla en su mujer, pero no podía ignorar que la idea le resultaba más tentadora que antes. En su cabeza, se peleaba el buen juicio con la desesperación por una esposa y la culpabilidad debido a lo que le había hecho.

—Querido Ray, tienes peor semblante que de costumbre, ¿sucede algo?

Roger y su esposa se habían acercado sin que él se percatara.

—No debí haber venido —confesó.

—Pero, Ray, si todavía no ha comenzado la cena —se burló su amigo—. Charlotte y yo sospechábamos que querías huir, así que hemos venido a entretenerte.

—Qué suerte he tenido —murmuró con sarcasmo.

—Ni te imaginas cuánta —respondió Roger ignorando su amargura.

—Le prometo que seremos una compañía agradable, milord —dijo Charlotte con alegría. O la dama no entendía las indirectas, o fingía no hacerlo—. Cuéntenos, ¿ya consiguió esposa?

Raymond contuvo el impulso de soltar un resoplido. De todos los temas que pudo haber elegido...

—Aún estoy considerando a algunas candidatas.

—¿A cuáles? —quiso saber Charlotte. El brillo determinado en su mirada le hizo saber qué diría a continuación—. ¿Le hablé sobre la señorita Henrietta Callen?

Raymond estuvo a punto de responder que sí con un tono mordaz, pero recordó que en la última conversación habían quedado temas pendientes y antes de tomar una decisión, debía tener toda la información posible.

—De hecho, creo que no pudo contarme la historia de cómo la había librado de una terrible decisión.

—Oh, es verdad. Nos conocimos…

—Querida, no creo que haya tiempo para eso. —Intentó persuadirla Roger.

—En cualquier caso, podría continuar después de la cena. Estoy muy interesado en saberlo.

Roger lo miró con reproche, pero Raymond sonrió. Lady Leinster le dio un golpe a su marido con el abanico.

—No refunfuñes, querido, te prometo que no me extenderé más de lo necesario. Bien, andaba yo en aquella época enamorada de lord Clementine. Fue uno de mis primeros pretendientes. Era joven, apuesto e hijo segundo de un duque. Un gran partido.

—Un hijo segundo —espetó Roger con desprecio—. Con qué poco te ibas a conformar, querida.

—Me conformé contigo, querido. Nunca he tenido grandes aspiraciones. —Raymond estuvo tentado de sonreír cuando vio la indignación de Roger—. Como le decía, para mí lord Clementine era el hombre de mi vida —continuó ella como si no acabara de ofender a su marido —. Una de sus principales cualidades es siempre saber qué decir para que uno se sienta atraída por él. Recuerdo que esa noche, bailé con él un vals, y cuando este terminó, me susurró al oído que le gustaría conocerme mejor, y que era difícil con varios ojos vigilándonos. Entonces, me propuso que nos encontráramos debajo de la terraza en media hora. Yo ni siquiera lo pensé y le dije que lo vería allí. En mi cabeza joven era una gran aventura romántica.

—¿Es en serio? —protestó Roger—. A mí nunca me permitiste eso.

—Uno aprende las lecciones —dijo ella—. El hecho es que, por algún motivo, la señorita Callen nos escuchó y me comentó que, según algo que le había pasado a una conocida suya, lord Clementine tendía a... comportarse inapropiadamente con las damas. Usted me entiende.

—Le agradecería si pudiera ser más específica.

Raymond se daba una idea de a qué se refería, pero necesitaba escucharlo para poder desatar toda la furia contenida.

—Digamos que, aunque la dama estuviera reacia, él creía que, como esta había accedido a salir con él, tenía el derecho de hacerle cosas que no se deberían permitir hasta el matrimonio.

Ella se ruborizó, pero Raymond no andaba de humor para apiadarse de su incomodidad.

—Dice que la señorita Callen le comentó que lo sabía porque una conocida se lo había dicho.

—Eso me dijo.

Pero al igual que él, Charlotte suponía que la amiga de la señorita Callen era la propia señorita Callen. Estaba furioso. Quería decir que era con lord Clementine, pero la rabia iba dirigida a él mismo. No era muy diferente de él. Posiblemente la señorita Callen se había ilusionado con las atenciones del caballero y había pasado un mal rato por ello. Podía entonces comprender mejor por qué había reaccionado así a su toque. Y él podía llamarse idiota otras cuantas veces más.

—¿No era lord Clementine el caballero que huyó del país cuando el padre de una joven ultrajada lo retó a duelo por negarse a casarse con su hija? —preguntó Roger y Charlotte asintió —. Dios santo, Lottie. La señorita Callen sí que te salvó de luna ruina probable.

—Es una mujer muy buena, otra no se habría tomado la molestia de avisarme. Debería considerarla seriamente, lord Rhodesay —le dijo con tono severo.

Sí, se dijo él. Debería hacerlo.

Aunque primero debería conseguir que lo perdonara.

Capítulo 10

Hyde Park estaba menos concurrido que de costumbre y Henrietta lo agradecía. Le gustaba pasear por el parque sin tanta gente que se fijara en ella, pues solía salir sin ninguna doncella y, a pesar de que en todas las fiestas era invisible, la alta sociedad siempre estaba pendiente de aquellos que transgredían sus normas del decoro.

Caminó cerca del lago Serpentine, que estaba especialmente solo, y dejó que su cuerpo disfrutara del aire frío de la mañana y el escaso sol que luchaba por hacerse paso entre las nubes de lluvia. No era un buen día para salir a caminar, pero estaba demasiado inquieta para quedarse sin hacer nada. Llevaba días desanimada y pensativa sobre su futuro. Su madre le había preguntado que por qué el señor Clarke no había ido a visitarla, y a ella se le estaban acabando las excusas. Pronto deduciría la verdad, y le reprocharía. Henrietta intentaría convencerla de que tenía otro candidato en mente y el ciclo volvería a repetirse una y otra vez hasta que su progenitora perdiera las esperanzas. Esperaba que eso último no tardara en suceder, porque ella ya las había perdido. No intentaría llamar más la atención de los caballeros, ni ser agradable o sofisticada. Estaba agotada de fingir, casada de recibir rechazos y lo único que deseaba era intentar tener paz.

Se sentó a la orilla del Serpentine y metió la mano en las frías aguas después de quitarse los guantes. No le importó que su vestido rosa pastel se manchara con la tierra ni que la posición dejara sus tobillos al descubierto. Guiada por el perverso placer de escandalizar a quien pudiera verla, también se deshizo del sombrero y liberó unos cuantos mechones de su cabello de las horquillas que los tenían aprisionados. No le importaba lo que pudieran pensar de ella, no en ese momento.

—No sé por qué no me sorprende encontrarla aquí —dijo una voz masculina a sus espaldas que la sobresaltó.

Henrietta contuvo el impulso de girarse. No necesitaba verlo para reconocer ese tono pomposo, lleno de superioridad. Había notado que una característica particular de él era que siempre hablaba como si estuviera haciendo un favor al receptor de sus palabras. Nadie era digno de su estatus, por lo que Henrietta decidió ofenderlo no dirigiéndole la mirada.

No funcionó. Él se paró justo al lado de ella y, para su sorpresa, se sentó a su lado. Notó de reojo una mueca de disgusto, supuso que, por la humedad del suelo, pero decidió no decir nada. Ella no lo había invitado, no podía culparla de ensuciarse el traje.

—¿Suele salir sin doncella con frecuencia?

—Para algunos, la virtud de una dama ya no es importante cuando se pasa cierta edad —contestó con sequedad.

Él entendió la indirecta y tuvo la prudencia de no replicarle. Henrietta no tenía ánimos de

tener una conversación con él. No le parecía justo tener que marcharse cuando fue él quien interrumpió su momento, pero tampoco deseaba discutir. Hizo ademán de levantarse, pero las palabras de él la detuvieron.

—Fui a buscarla a su casa y su prima me dijo que podía estar aquí.

Ella lo miró, interrogante.

—¿Por qué fue a buscarme?

—Quisiera hablar con usted, si me lo permite.

A diferencia de otras ocasiones, la petición no sonó como una orden, así que Henrietta, curiosa, decidió escucharlo.

—Dígame.

—Primero que nada, me gustaría reiterarle mis disculpas por el incidente del otro día.

Debió haberlo imaginado. Se sintió un poco decepcionada. Si bien no esperaba que le dijera que había reconsiderado su propuesta, tampoco imaginó que quisiera pedirle disculpas otra vez. Durante los días posteriores al evento, la rabia de Henrietta había disminuido hasta convertirse en un vago recuerdo que apenas contenía rencor. No tendía a enfadarse por demasiado tiempo, sobre todo cuando los arrepentimientos eran sinceros, como los del marqués. El rencor era una pérdida de energías.

Asintió para hacerle saber que todo estaba bien y, de nuevo, hizo ademán de incorporarse.

—También me gustaría aceptar el trato que me propuso aquella mañana, si todavía está en pie, por supuesto.

La impresión que le causó la declaración hizo que perdiera el equilibrio mientras se ponía de pie. Sus posaderas golpearon el suelo de forma poco elegante.

—Maldita sea —musitó.

Los labios de él se curvaron, pero fue lo suficientemente educado —o sensato— para no reírse. En realidad, Henrietta se empezaba a preguntar si era capaz de soltar una carcajada.

Al ver que ella no respondía, insistió.

—Entonces, ¿acepta ser mi esposa?

Ella estaba muda del asombro. Había perdido la esperanza de escuchar esas palabras en su vida y, por lo tanto, no terminaba de asimilar que la pregunta era para ella.

—¿Por qué ha cambiado de opinión? —preguntó con sospecha.

Dado su último encuentro, temía que se tratara de una broma de mal gusto. Lo creía capaz de jugar así con sus ilusiones, así que era mejor ser cautelosa.

—He considerado lo que me dijo y, para serle sincero, alguien me ha dado buenas referencias de usted.

—Ah, ¿sí? ¿Quién?

Henrietta no se lo esperaba. Las únicas personas que podían dar buenas referencias de ella eran su madre, Alice y su tío. Las de su progenitora no eran confiables debido a que todos notaban su desespero, y Alice y su tío no dirían nada a menos que les preguntasen directamente.

—Lady Leinster.

Tardó un segundo en recordar que se trataba de la dama que la había abordado en la velada de los Wood, esa que la había tratado como si fuera su mejor amiga. Intentó recordar de dónde la conocía, pero no fue capaz.

—¿Qué le ha dicho? —indagó. A lo mejor la dama le había mencionado cómo se conocieron y ella podría recordarla.

—Me comentó que era usted una mujer muy buena, y que la salvó de tomar una decisión equivocada respecto a... lord Clementine.

Henrietta se tensó al escuchar el nombre. Su memoria se encendió como una vela a la que acababan de ofrecerle fuego. El rostro de la dama ya no era difuso, y tampoco las circunstancias en las que la había conocido.

—Me dijo que lord Clementine se había comportado inapropiadamente con una conocida suya, y usted tuvo la amabilidad de advertirle antes de que fuera víctima de lo mismo.

Henrietta bajó la cabeza. Se había dicho a sí misma que no debería de avergonzarse por algo que no fue su culpa; sin embargo, no podía dejar de recriminarse por haber sido tan tonta. Si ella no hubiera accedido a ir con él a solas, él no se habría creído con el derecho de nada.

Apretó los labios, incapaz de responder. El marqués sabía que la experiencia no era de una conocida. Su mirada estaba clavada en ella, penetrante, interrogante.

Henrietta se puso a la defensiva.

—¿Cuál es su objetivo? ¿Se está burlando de mí?

Su mirada pasó primero a la confusión y después a la indignación.

—Por supuesto que no. Mi propuesta es seria.

—Entonces, está basada en la compasión.

Él no contestó, y Henrietta prefirió que no lo hiciera. Abrazó sus rodillas y miró fijamente el lago. El poco orgullo que le quedaba le exigía que lo echara de allí y le dijera lo que pensaba de su propuesta. Sin embargo, su lado sensato le decía que no importaban las razones, era la única oportunidad que tenía y sería una tonta si la rechazara. Muchas personas se compadecían de ella y de su mala situación, incluso se lo decían sin tapujos. Él al menos le estaba ofreciendo matrimonio. ¿Por qué le costaba tanto olvidarse de todo y decirle que aceptaba?

Porque estaba cansada de siempre bajar la cabeza.

—No negaré que me siento culpable por lo sucedido —dijo él con cautela—. No obstante, también he considerado otros aspectos que me han llevado a tomar la decisión.

—¿Cuáles? —preguntó sin ánimo—. Espero que no vaya a decirme que después del beso ha quedado prendado de mí, que ha visto mis brillantes, que adora mi forma de ser y aplaude mis ideas. Le ruego que al menos sea sincero.

—No me he quedado prendado de usted por un beso, su forma de ser me genera inquietud y alguna de sus ideas me parecen cuestionables. Sin embargo, sé que pone su mayor esfuerzo en lo que hace, es solidaria y sí, la considero una mujer inteligente, aunque sea de forma particular. Debo admitir que siempre me quedé con la duda de cuál era su opinión respecto a la teoría de Galvani.

Ella lo miró. No encontró en su rostro nada que señalara que se estaba burlando de ella. Al contrario; estaba muy serio.

Decidió responder, no sin cierto recelo.

—Si al igual que los animales, el cuerpo humano está compuesto por electricidad, y esta hace mover los músculos, ¿no se podría utilizar para que, aquellas personas que, por una u otra razón, no pueden caminar o mover algún otro miembro, lograran recuperarse? Pero en caso de que no, estoy segura de que es un dato que no se puede pasar por alto, porque demuestra que hay más en el cuerpo humano de lo que conocemos. Tal vez suene descabellado. No sé mucho sobre la ciencia, aunque lo parezca. Nada más leo libros aislados de temas que me parecen fascinantes.

Se encogió de hombros. Estaba preparada con su mejor expresión de indiferencia por si él la llamaba tonta.

—No es una teoría descabellada —respondió para su sorpresa—. Hay personas que creen que con electricidad podrían revivir a los muertos, eso sí lo veo del todo improbable, sobre todo porque Volta asegura que el movimiento muscular se debe es al contacto del bisturí con fluidos en el cuerpo que transportan electricidad, y no a la electricidad en sí. Es un gran debate. Puedo prestarle otros libros al respecto cuando lo desee. Esta vez hablo en serio.

—¿No piensa que soy extraña?

—Pienso que es extraña —admitió él sin tapujos—. Pero considero que hay defectos de carácter más graves que interesarse por temas polémicos o poco comunes.

Ella lo miró con curiosidad. Estaba intentando discernir sus intenciones. Ya no creía que estuviera burlándose de ella, pero aún le costaba aceptar que hubiera despertado de la nada algún interés en él para llegar a cambiar tan drásticamente de opinión.

—Le seré sincero, señorita Callen —dijo, al notar su recelo—. Admito que hasta hace unos días usted nunca fue mi primera opción, que mi cambio de opinión puede estar inclinado por la culpa, pero le vuelvo a asegurar que no es el único motivo. Me estoy quedando sin tiempo, y las candidatas que tenía en mente no terminan de agradarme. Usted tampoco, pero a decir verdad las supera en muchas cosas. Creo que, si trabajamos juntos, podemos sacar este matrimonio adelante.

Henrietta suspiró. Había dejado de esperar una propuesta romántica de matrimonio en su segunda temporada, pero el marqués tenía un don para hacer que estas se vieran aún menos románticas de lo que imaginó. Pareciera que le estaba haciendo una propuesta de negocios.

—Entonces, ¿acepta? —insistió él.

Henrietta tardó en responder, más de lo que debería. Finalmente dijo:

—Desearía que la situación me permitiese hacerle caso a mi orgullo y rechazarlo, pero lamentablemente no puedo permitírmelo. Acepto.

Había tenido que bajar la cabeza otra vez. Era frustrante, pero sabía que estaba haciendo lo correcto.

Entre ellos se instaló un silencio sepulcral. Acababa de aceptar la propuesta de un hombre que no le agradaba y que le había dicho que era la opción menos desagradable. No sabía qué decir y no tenía energías para fingir estar alegre. Sin embargo, la seguridad de ese futuro matrimonio había empezado a llenarla de paz.

«Al fin», se dijo. «Al fin».

Cerró los ojos y se deleitó en la sensación.

Ya no se quedaría desamparada si su tío moría, no terminarían en la calle. No quiso pensar por el momento en la posibilidad de que no pudiera darle el hijo varón que necesitaba para recuperar su fortuna, ni en lo que eso implicaría en su relación. Ese sería un problema del futuro y, aunque no se lo diera, sabía que la propiedad del marqués daba lo suficiente para una vida digna. Ella y su madre estaban a salvo.

Sintió que él tomaba su mano y abrió los ojos, sobresaltada. La estaba mirando con fijeza y curiosidad. Su mano enguantada tenía la suya desnuda sobre la palma. La diferencia entre ambas era notable. Él podría aplastarla si quisiera, pero Henrietta sabía que no lo haría. No estaba ni siquiera tocándola de manera inapropiada, solo la sostenía con una delicadeza que no se asociaría a alguien tan fuerte.

—Tenía la esperanza de que aceptara, así que traje esto.

Sacó de su frac un pequeño estuche. El corazón de ella casi se desbocó cuando él lo abrió y un anillo con un diamante gigante apareció ante sus ojos.

—Era de mi madre —comentó mientras se lo colocaba—. Espero que sea de su agrado.

Henrietta jadeó por la sorpresa. Se puso de rodillas y alzó el brazo para contemplarlo mejor. Brillaba más que el sol.

—Es tan hermoso —dijo embelesada—. Nunca he tenido algo tan bonito.

Notó que él evaluaba su reacción y se preguntó si no debería haberse mostrado menos entusiasmada. Era de mala educación mostrar alegría excesiva, o eso decía su madre.

Enderezó los hombros y volvió a sentarse, cuidando la posición.

—Gracias, milord.

A él pareció hacerle gracia su repentino cambio de actitud.

—Puede llamarme Raymond, si lo desea. O Ray. Espero que me permita también usar su nombre.

—Oh, por supuesto. Puedes decirme Henrietta, Hattie, Hettie, Ettie, o como prefieras. Me gustan más que me llamen por diminutivos, me hacen sentir más joven. No me gusta mucho mi nombre, creo que es muy aburrido y...

Calló al percatarse de que estaba parloteando.

—Me gusta tu nombre, Henrietta —dijo él suavemente.

Ella no supo qué responder. Miró a su alrededor de pronto, muy consciente de que estaban solos y que sus ojos brillaban con la misma intensidad que aquella vez en su despacho.

—Creo que es momento de volver.

Él se puso de pie y le tendió la mano para ayudarla a hacer lo mismo. El contacto fuerte de su mano consiguió que sintiera un estremecimiento de anticipación.

—¿Quieres que te acompañe?

—No creo que sea prudente —respondió, nerviosa—. Podría despertar habladurías y aún no se ha anunciado el compromiso.

—¿Tampoco deseas que hable con tu tío?

—Preferiría ser yo quien le diera la noticia.

No estaba segura de cómo reaccionaría su tío. A pesar de la aversión hacia el marqués, dudaba que se pusiera en contra, y aunque lo hiciera, ella ya no tenía edad para tener un tutor legal, podía tomar sus propias decisiones. Sin embargo, esperaba poder convencerlo de que había tomado la decisión correcta. Le gustaría tener un apoyo sincero y no solo el interesado que le ofrecería su madre.

Él asintió y se acercó a ella. Henrietta no se acostumbraba a la diferencia de tamaño entre ambos. Sentía que debía montarse en una silla para poder estar a su altura. No podía ser normal medir tanto.

Se percató de que le estaba mirando los labios e inconscientemente se los humedeció. Él se tensó y dio un paso atrás.

—De igual forma, tu madre y toda la familia están invitados a cenar esta noche a mi casa. Así podremos acordar mejor los detalles.

—¿Cuándo será la boda?

—Si no te importa, como el tiempo es ajustado, preferiría que nos casáramos con una licencia especial a más tardar en una semana.

Una semana. Esperaba que para ese momento se hubiera hecho a la idea.

—Está bien.

Caminó sin mirar atrás y a medida que se alejaba de él, sentía que podía respirar mejor.

Estaba comprometida.

Se iba a casar.

Sería marquesa.

No sabía cuál de todos esos hechos la impresionaba más. Miró el anillo en su dedo y sonrió. Quizás estaba exagerando, pero le pareció un gesto muy lindo por su parte que se lo hubiera dado. Su desagrado por él disminuyó un poco. A fin y al cabo, aunque no fuera un matrimonio por amor, había que intentar llevarse bien. Dejó que el optimismo regresará con fuerzas. No todo podía ser tan malo. Ella habría sobrellevado situaciones peores que tener de compañero a un hombre malhumorado; después de todo, si había tolerado toda su vida a sus padres, podría aguantarse a Raymond como esposo.

Contenta, regresó a casa para dar la noticia.

Capítulo 11

Las reacciones respecto a su futura boda fueron bastante variadas. Su madre lloró de alegría y le dio un abrazo tan fuerte que casi la asfixia, estaba tan emocionada que ni siquiera le preguntó cómo había pasado todo. Su tía la felicitó con cortesía, aunque la sonrisa en su rostro era desmentida por la mirada de reproche que le lanzó a su hija, mirada que decía «pudiste haber sido tú». Alice, por su parte, le dio unas felicitaciones sinceras y comentó con burla que no se había equivocado respecto a la posible afinidad. Cuando le tocó ir a la habitación de su tío para decírselo, este respondió a la noticia con un silencio preocupado.

—¿Estás segura de que quieres casarte con ese hombre, Hattie? No lo veo como la clase de caballero que te llamaría la atención.

Henrietta contuvo las ganas de reír. No creía que su tío supiera qué clase de caballeros podrían interesarle cuando desde hace años había dejado de ser exigente. Ella no elegía a los caballeros, solo intentaba retener a los que mostraban un mínimo interés en ella.

—Es un buen hombre —respondió, no con tanta veracidad como le hubiera gustado.

Su tío la observó con recelo ante esas palabras.

—Es un caballero desagradable. Hattie, eres demasiado alegre para entregarle tu vida a un hombre como él.

Ella no encontró cómo explicarle que no tenía más opciones. Empezó a pasear por la habitación, fingiendo observar objetos como si los viera por primera vez.

—Exageras, tío. No es un mal hombre.

Fijó su atención en el reloj sobre la chimenea. El movimiento de las manecillas le recordó porqué estaba haciendo todo eso: se estaba quedando sin tiempo.

—Sé cuáles son tus razones —dijo su tío de repente, sorprendiéndola. Ella se giró para mirarlo. Se había incorporado ligeramente sobre la cama. Su camisa arrugada, su pelo desordenado y el pie que mantenía en alto le quitaban el aspecto de intelectual que seguramente quería dar—. Comprendo que te sientas en la obligación de casarte por tu bien y el de tu madre. Me he dado cuenta de que Agatha te presiona con regularidad; sin embargo, no es una decisión que deberías tomar a la ligera. Me gustaría que supieras que no eres una carga para mí, y que puedes quedarte en esta casa cuanto desees.

Henrietta sintió que le picaban los ojos y parpadeó para ahuyentar las lágrimas. No quería que él la viera llorar, porque descubriría que tenía razón y que se casaba solo por compromiso. No era su intención hacerle creer que amaba al marqués, pero no deseaba que su tío pensase que ella sería infeliz porque se preocuparía. Él ya había hecho mucho por ella.

—Agradezco todo lo que has hecho por nosotras, tío, pero ya ha llegado el momento de que continúe mi camino. Te aseguro que no es un hombre tan desagradable como pareció en un

principio. Nos llevaremos bien.

Era una promesa que no sabía si cumpliría, pero quería creer que sí. Le había dado un anillo bonito. Eso tenía que significar algo.

—Al menos júrame que me pedirás ayuda si llega a ser necesario.

Ella asintió, segura de que no lo necesitaría y, en caso de hacerlo, siempre intentaría resolver primero por su cuenta. Le dio un beso a su tío en la mejilla.

—Te quiero, tío.

—Eres una buena niña, Hattie. Si crees que esto es lo mejor, cuenta con mi apoyo.

Ella se despidió con un abrazo y fue a prepararse para la cena de esa noche.

Llegaron a la casa del marqués alrededor de las ocho. Cuando el carruaje se acercaba a la entrada, Henrietta se acomodó nerviosa el escote del vestido. Alice había insistido en que usara uno de sus trajes nuevos, puesto que eso era lo más cercano que tendría a una cena de compromiso, debería verse bonita. Era de color melocotón y combinaba con su cabello y sus ojos dorados. El problema era que Alice era más delgada y alta que ella. Lo segundo pudieron resolverlo ajustando el ruedo, lo primero fue más complicado, y en su opinión, el busto sobresalía demasiado. Alice le había asegurado que le quedaba bien, pero Henrietta no estaba tan segura.

—¡Qué lugar tan majestuoso! —exclamó su madre. Si sacaba un poco más la cabeza por la ventana, Henrietta estaba segura de que se caería—. Oh, Hattie, vas a ser dueña de todo esto. ¿No te parece increíble?

—Esperemos que en menos de un año estemos regresando a conocer al nuevo heredero —comentó la tía Roslyn.

El tono de malicia no le pasó desapercibido a ninguna. Alice le dio un golpe disimulado con el abanico, pero la tensión quedó en el aire. Esa casa sería una de las propiedades que se perdería si no podía ofrecerle a un heredero.

Henrietta no había querido pensar mucho respecto a qué pasaría con su matrimonio si no podía cumplir con lo prometido. ¿La repudiaría? ¿La culparía por lo sucedido y haría de su vida un infierno? Era una apuesta arriesgada la que hacía. Por apariencias, no creía que Rhodesay fuera capaz de eso, pero tampoco aseguraba nada.

Esperaba que Dios se apiadara de ella y le permitiera darle el niño que tanto deseaba. Al menos así podrían estar en paz.

Un mayordomo las recibió y las guio al salón en donde las estaba esperando él y tres niñas. A una la reconoció como la pequeña a la que le había sugerido la estrategia del juego con el cuchillo y las otras dos eran gemelas. Supuso que eran las hermanas que no querían incluir a la más pequeña en sus juegos.

—Lady Latimer, señora Callen, señorita Alice, señorita Callen. Bienvenidas. Aprecio que

hayan aceptado mi invitación. —Les hizo una reverencia—. Me gustaría presentarles a mis hermanas. Ella es lady Rosemary. —Señaló a la joven rubia a su izquierda—. Y ella lady Rebecca. —Señaló a la que se encontraba a su derecha.

—Es un placer. Yo soy Rebecca —dijo la joven que estaba a la izquierda haciendo una venia perfecta. Sonreía, pero a Henrietta no le pasó desapercibida la mirada fugaz que le lanzó a su hermano.

—Un gusto. Yo soy Rosemary —saludó la gemela que se encontraba a la derecha e imitó el saludo de su hermana.

Raymond carraspeó.

—La más pequeña es lady Alison —se apresuró a decir.

La niña intentó hacer una reverencia, pero perdió el equilibrio y se hubiera caído de no ser porque Rebecca la sostuvo a tiempo. Alison las miró con vergüenza, pero Henrietta le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Es un placer conocerlas —dijo con sinceridad.

Su madre murmuró lo mismo, aunque sin demasiado interés. Su tía ni siquiera había estado prestando atención a la presentación y Alice fue educada.

—¿Ya ha acabado su luto? —preguntó Alison a Henrietta. Eso le ganó el interés de todas.

Esta se ruborizó y Raymond se tensó.

—Querida, creo que has confundido a la señorita Callen con alguien más.

—No, estoy segura de que fue ella la que vino a visitarte hace dos días.

Toda su familia la miró. Henrietta intentó mantenerse tranquila. No querían que se enteraran, pero si lo hacían, no podían juzgarla. Su madre y su tía quería que se casara, y Alice incluso había propuesto que hablara con el marqués. No podía haber conseguido eso sin violar ciertas reglas de protocolo.

—No, esa fue la prima Jhosephine. Ahora que lo dices, sí guarda cierto parecido con la señorita Callen.

Alison frunció el ceño, pero él no le dio tiempo de decir más porque comentó:

—Ya es tarde. ¿Por qué no se van a acostar? Como les dije, esta es una cena de adultos.

Las gemelas aceptaron y se despidieron con una reverencia perfecta. Alison la hizo con menos entusiasmo, y hasta el último momento se quedó mirando a Henrietta. Ella se dijo que ya después tendría tiempo para explicarle a la niña por qué habían mentido.

—Por aquí, por favor. La cena ya está lista.

Le ofreció un brazo a Henrietta y el otro a su madre y se encaminaron al comedor. La tía Roslyn y Alice iban tras ellas. El comedor era bastante amplio. En la mesa entraban doce personas con facilidad. Los criados sirvieron el primer plato y Henrietta se sintió nerviosa. El silencio los envolvía. Tenía que sacar un tema de conversación, pero ¿cuál? Temía parlotear sin

parar y arruinarlo todo. No era que él no supiera que decía cosas extrañas, pero prefería no quedar en evidencia frente a su madre o la tía Roslyn.

—Me alegró mucho saber de su compromiso, milord —comentó su madre. Henrietta no podía decir que se había salvado. Temía mucho lo que su progenitora pudiese decir—. Le aseguro que mi Hattie será una esposa extraordinaria. Ha tenido una educación de calidad, es dócil, dulce, amable y obediente. No le dará problemas.

Él no mudó su expresión, pero Henrietta supo lo que pensaba en cuanto le lanzó una mirada de reojo.

—No lo dudo. ¿No tiene más hijas, señora Callen?

Su madre parpadeó, consumida.

—No, ¿por qué?

—Curiosidad. No sé mucho sobre su familia. Me gustaría conocer más.

Henrietta logró mantener la compostura, pero esperaba que al igual que ella había visto en sus ojos lo que él pensaba, él pudiera ver en los de ella la indignación por insinuar que las cualidades que su madre le atribuía no le pertenecían a ella. Podía ser dulce y amable. También obediente y dócil, si ponía un poco de esfuerzo. Y era educada.

—Oh, mi esposo era un buen marido —dijo su madre. Henrietta deseó que él no hubiera preguntado. Su madre se ponía nerviosa cuando preguntaban por su progenitor, así que solía mentir sin considerar mucho la lógica de sus palabras—. Siempre fue muy trabajador, y nos quería mucho.

A menos que la forma de mostrar cariño de su padre fuera con la distancia, Henrietta tenía otra perspectiva. Él nunca la quiso porque no era el varón que deseó, así que su presencia en su vida se limitó a lo indispensable. A veces, más que como un padre, lo veía como un extraño.

—Lástima que tomara tan malas decisiones —comentó la tía Roslyn.

Su madre se tensó, al igual que ella y Alice. Nunca le había desagradado tanto su tía como en ese momento.

—Qué deliciosa está la comida, milord —intervino Alice. Bendita fuera.

Él, por suerte y para sorpresa de Henrietta, decidió no indagar más al respecto. Quizás ya sabía todo y tuvo la amabilidad de ahorrarles el momento incómodo.

—Me alegra que sea de su agrado.

—Para no tener una mujer en casa, es evidente que hay un buen manejo de todas las actividades relacionadas con el hogar —comentó su tía, poco dispuesta a guardar silencio—. Pero una esposa siempre le da un toque especial a la casa con su manejo, porque es la que conoce a su marido y hace que todo quede a su gusto. Desde pequeña he educado a Alice para que note los pequeños detalles. No dudo que el hombre que se case con ella será muy afortunado.

A nadie le pasó desapercibido el doble significado de sus palabras. La tensión volvió al ambiente. Alice bajó la cabeza y Henrietta miró de reojo al marqués. Si estaba sorprendido, no lo demostró.

No entendía por qué su tía pretendía venderle al marqués a su hija, cuando esta ya lo había rechazado. ¿Acaso pensaba persuadirlo para que hiciera de nuevo otra oferta y obligar a Alice a aceptarlo? Era absurdo, y cruel. Alice tenía muchas oportunidades de casarse, Henrietta no. Y ella siempre les había echado en cara que eran unas recogidas.

—Henrietta también es muy atenta a los detalles —la defendió su madre. Tenía un brillo en los ojos que vaticinaba pelea—. Como dije, ha recibido muy buena educación y hará del hogar un sitio en donde su esposo siempre quiera estar.

—No lo dudo, querida. Quería comentarle, milord, que Alice es muy diestra en la música. Si tiene un piano, podría tocar después de la cena para amenizar la velada.

—Henrietta podría acompañarla —se apresuró a añadir su madre—. También es muy buena en la música, al igual que en el bordado, la pintura y todas las actividades que una dama debería saber.

Henrietta casi se ahoga con el trozo de cerdo que estaba tragando. Cuando su madre se cegaba por el ímpetu de competir, olvidaba detalles como que no era capaz de terminar una canción sin desafinar.

—Oh, Alice...

—Alice tiene razón —interrumpió Henrietta—. La comida está deliciosa, milord. Muchas gracias por habernos invitado.

Esperaba haber terminado con la disputa, antes de que su madre le atribuyera más dones que no poseía.

—A ustedes por aceptar venir.

Sonaba calmado. Ella estaba segura de que se había percatado de la pelea entre las mujeres, y había decidido ignorarlas. Dios gracias por ello. Solo esperaba que no hubiera tomado demasiado en cuenta las palabras de su madre.

—Milord, Henrietta no fue muy específica al relatarnos cómo se comprometieron. Quizás usted podría hacernos el honor —dijo la tía Roslyn.

Henrietta deseó que se hubiese quedado cuidando a su tío.

—Como sabrán, estoy en busca de una esposa. Conocí a la señorita Callen en una de las visitas a su casa, y consideré que era una buena candidata. Esta mañana la encontré en el parque y reflexioné que era buen momento para hacerle mi propuesta. Ella me hizo el honor de aceptar.

No sabía si la mención a que la había conocido cuando fue a pedir la mano de Alice fue a propósito o inconsciente. Se inclinaba por lo primero. El marqués quería recordarle a la tía Roslyn que la hija que intentaba ofrecerle ya lo había rechazado, a la vez que inventaba una

historia escueta pero creíble sobre su apresurada relación. No mintió, no declaró falso amor ni nada semejante, solo dijo la verdad y omitió muchos detalles.

La historia no dejó conforme a la tía Roslyn, pero el tono de Raymond debió de persuadirla para no preguntar más.

No hablaron mucho durante el resto de la cena. Raymond informó que al día siguiente conseguiría una licencia especial y que esperaba que la boda se llevara a cabo en una semana. Su madre mostró un efusivo acuerdo.

Al finalizar la comida, Raymond las llevó al salón principal. Él caminaba adelante, del brazo de Henrietta, y su familia estaba varios pasos atrás de ellos, lo suficientes para que no los escucharan.

—Sobre lo comentado por mi madre, creo que debería confesarte que...

—No sabes ni tocar el piano, ni bordar y mucho menos pintar, ¿verdad?

Parecía resignado.

—Sé hacerlo, pero no son mis talentos más destacados —comentó con recelo.

—Me lo imaginé en el momento en que parecías querer enterrar la cara en la comida. ¿Puedo saber en qué talentos sí destacas?

Por cada segundo que ella tardó en responder, la expresión de él se transformaba en pesar.

—Sé sacar cuentas —dijo con rapidez—. Solía llevar las cuentas de la casa cuando se tuvo que despedir al administrador. Gracias a mí, el dinero rindió por algunos meses más a pesar de que mi padre... Supongo que conoces esa historia —dijo, avergonzada.

Él asintió.

—Entonces, nadie ayudará a mis hermanas a desarrollar esos talentos, pero podré tenerte a mi lado en el despacho sacando cuentas. No dudo que podrá ser útil porque es un trabajo tedioso, pero espero que me des el hijo varón que me prometiste, ya que tendré que gastar en más profesores de los que pensé en un principio.

Intentó que su sarcasmo no la hiriera, porque parecía no ser su intención, pero no pudo evitar sentirse insuficiente. Además, la mención al hijo varón la puso nerviosa. Volvía a preguntarse qué pasaría entre ellos si no lograba dárselo.

Él se detuvo de improviso en la puerta del salón. Las demás los alcanzaron, y cuando todas habían entrado, dijo:

—Señora Callen, ¿me permite hablar con su hija unos minutos a solas? Será poco tiempo. Quiero concretar algo con ella.

Lo dijo en ese tono que no admitía réplica. Sabía que tenía el poder para hacer una petición semejante, y su madre ni siquiera consideró negarse.

—Por supuesto, milord. Pero que solo sean diez minutos.

Él asintió y condujo a Henrietta hasta la biblioteca. La estancia estaba a oscuras. Él encendió unas velas que estaban colocadas en las paredes, pero ni siquiera eso pudo iluminar bien el lugar.

—Lo lamento. Mis palabras han sido bruscas.

—Sé que no soy perfecta, y que hay muchas cosas que no sé hacer —murmuró ella sin atreverse a mirarlo—, pero me gustaría que no me recordaras el problema en el que me puedo convertir. Estoy haciendo mi mayor esfuerzo, y tú aceptaste el trato. Además, tampoco eres perfecto. Eres amargado y tienes un humor condenadamente cruel.

No supo de dónde sacó el valor para decir esas palabras, pero no titubeó. Lo miró a los ojos y, para su sorpresa, no encontró molestia en ellos, sino arrepentimiento.

—Tienes razón. Prometo que no volverá a pasar. Me disculpo.

En momentos como esos, Henrietta creía que todavía tenía un corazón. Se preguntó por qué era tan amargado. ¿Era su carácter natural o la carga de las responsabilidades lo volvió así? ¿De verdad mejoraría?

—¿Qué pasará si no logro darte el hijo varón? Si nace una niña, o si no logro quedar embarazada.

No había querido tratar ese tema hasta después de la boda, pero se obligó a hacerlo. Había cosas que tenían que quedar claras.

—Es una posibilidad que siempre he tenido en cuenta —respondió como si no fuera demasiado relevante—. Si temes que te culpe por ello, no lo haría jamás. No es algo que esté en tu control saber qué sexo tendrá el bebé o engendrarlo cuando desees. Siempre he sabido que todo esto es una apuesta arriesgada. Lo que te puedo asegurar es que no importa lo que suceda, no te dejaré nunca desamparada. Ni a ti ni a tu madre, aunque quizás tengamos que reducir un poco los gastos durante algunos años.

Para Henrietta, que había vivido gran parte de su vida con poco más que lo básico, no le importaba en lo absoluto.

—Ahora que lo pienso —continuó él—, quizás sí me sea muy útil esa habilidad que dices tener para sacar cuentas.

Ella se rio. Observó su cara tintada de dorado por las luces de las velas. Allí, gigante y envuelto por la oscuridad, podía parecer una criatura temible, pero esa vez no le causó miedo.

—¿Ese vestido es tuyo? —preguntó él de repente.

—No, Alice me lo prestó. ¿Por qué? ¿No te gusta?

—No se trata de eso.

Henrietta se percató de que no la estaba mirando a la cara, sino a su pecho, y se ruborizó.

—Me queda algo ajustado —dijo intentando acomodarse el escote—. Alice es más delgada que yo.

Él debió de percatarse de su incomodidad, porque desvió la mirada hasta su cara, esta vez particularmente interesado en sus labios.

—¿Puedo besarte?

Ella se sonrojó aún más. Dudó, pero concluyó que, si iba a ser su esposo, no tenía sentido negárselo. Al menos había aprendido a preguntar.

Asintió.

Alzó la cabeza y los labios de él se encontraron con los suyos. A diferencia de la última vez, fue un beso más suave que Henrietta tuvo la oportunidad de disfrutar. Sintió que su cuerpo respondía al toque con un cosquilleo agradable que iniciaba en su estómago y llegaba hasta un punto entre sus piernas, a la vez que despertaba la necesidad de profundizar el beso. Ella empezó a responderle, curiosa, y, sin saberlo, aumentaba la intensidad con el movimiento de sus labios. Él se separó un momento, gruñó y después la rodeó con un brazo en la cintura para atraerla hacia él. Se sentía diminuta pegada a ese cuerpo fornido, y a la vez tan segura. Una necesidad primitiva hizo que su cuerpo temblara y le rodeara el cuello con los brazos. La respiración se le aceleró, y cuando creía que no podía más, él la soltó. También estaba jadeando, y su mirada era oscura y penetrante, la de un depredador que apenas se estaba conteniendo para no lanzarse sobre su presa.

—¿No te ha dolido bajar tanto la cabeza para besarme? Eres demasiado alto.

Henrietta fue consciente de que acababa de decir un comentario muy tonto, pero no se le había ocurrido otra cosa para romper la tensión. Para su sorpresa, él se rio, alto y claro. Su risa era ronca como su voz, retumbó en el silencio como un grito en una cueva. Era la primera vez que la escuchaba y le gustó ser la causante, aunque fuera a costa de su dignidad.

—Valió el esfuerzo.

Ella no supo qué responder.

—Ve al salón. Yo iré en un momento.

—¿Por qué no conmigo?

—Después te explico, ve.

Sintió que la estaba despachando como hacía con sus hermanas, prometiéndole algo que después no cumpliría. Quiso insistir, pero notó que parecía agitado a pesar de intentar mantener la calma. ¿Sería por el beso? Ella también se sentía agitada, e insatisfecha. Quería más, aunque no sabía exactamente qué. A lo mejor, él estaba igual de perturbado y quería unos segundos para aclarar ideas.

Después de echarle una última mirada, salió. El frío del pasillo la golpeó y supuso un alivio para el ardor de su piel. No sabía por qué ese beso había tenido ese efecto en ella, pero le había gustado, y se aferró a esa idea para aumentar sus esperanzas de un futuro feliz.

Capítulo 12

Cuando llegó el día de la boda, a Henrietta aún le costaba creer que se fuera a casar. Se miró en el espejo, asombrada de la imagen que le devolvía. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan bonita. Tenía un hermoso vestido rosa pálido que su tío había mandado hacer para la ocasión. Había costado una fortuna, pues se tuvo que pagar para que estuviera listo a tiempo, pero el barón había insistido en que era su regalo de bodas. La doncella de Alice le había recogido los cabellos y colocado algunas flores en él y casi parecía una joven ilusionada a punto de casarse por amor.

—Estás muy bonita —comentó su prima sentada en su cama—. Te voy a extrañar. Esta casa no será lo mismo sin ti.

—Será más silencioso y el jardinero ya no temerá que arruine su trabajo —bromeó Henrietta.

—Sí, pero también será más aburrida. Nadie bailará cuando toque el piano.

Henrietta se rio. Era una risa nerviosa. Lo cierto es que esa noche casi no había dormido, pensando en ese día. Se convertiría en marquesa. Al fin tendría un esposo. Uno amargado y un tanto odioso, pero estaría casada. Su futuro estaría asegurado.

Temía que en cualquier momento el escote del vestido se rompiera por lo rápido que se movía su pecho. Tenía miedo. Mucho.

—Alice, déjanos solas. Tengo que hablar con Henrietta —dijo su madre desde la entrada.

Si ella estaba nerviosa, su madre apenas se podía controlar. Había estado entrando y saliendo de la habitación varias veces, observando el proceso de Henrietta mientras se arreglaba, a la vez que ella también se preparaba. Era como si temiera que todo fuera un sueño y desapareciera si no comprobaba que su hija seguía allí, alistándose para la boda.

—Las espero abajo en el carruaje —informó Alice antes de salir.

Henrietta asintió. La boda se realizaría en la casa del marqués. Debido a la premura del evento, no habría más invitados que la familia más cercana. Se realizaría una pequeña cena después y entonces tanto Henrietta como su madre se quedarían en su nueva casa.

Estaba aterrada.

—¿Qué sucede, madre?

Parecía más nerviosa que hacía un rato, como si quisiera decirle algo y no supiera cómo.

—Henrietta, este matrimonio es nuestra salvación. Tienes que portarte bien con el marqués, ¿lo entiendes? Y hacer todo lo posible por darle el hijo varón que te pide.

—Lo sé, madre —respondió, extrañada.

El marqués le había prometido que, aunque no le diera un heredero, él cuidaría de ellas. Henrietta le creía. Además, hiciese lo que hiciese, no era como que se pudiera deshacer de ellas

tan fácilmente. Una anulación o un divorcio eran prácticamente imposibles de conseguir. Ambos corrían un riesgo muy grande al atarse al otro con confianza ciega.

—Para conseguirlo, me imagino que sabes que tienes que cumplir con ciertos... deberes.

Ella asintió, cautelosa. Por supuesto que sabía que los niños no venían de la nada, y que el marqués esperaba ciertas cosas de ella, él mismo se lo había dicho durante el incidente en la biblioteca. Henrietta había escuchado hablar del acto que se llevaba a cabo entre marido y mujer, aunque no tenía demasiados detalles al respecto. Nadie le hablaba de eso a las señoritas, aunque fueran solteronas.

—Lo más importante de todo, es que hagas todo lo que él te diga —la instó su madre. Su tono era el mismo que usaba cuando le daba alguna orden de niña. No admitía réplica—. Y no te quejes. Será incómodo y doloroso, pero tienes que aguantar.

Henrietta se tensó al escuchar sus palabras.

—¿Incómodo y doloroso? —repitió.

Su madre asintió con pesar, como si fuera una carga dura que ellas tuvieran que llevar.

—Sí, la primera vez más que las demás, aunque alguien con la... corpulencia del marqués puede que haga que todo sea aún peor.

—¿A qué te refieres? —preguntó con un hilo de voz.

—Pues si el hombre es más grande, también es más fuerte, brusco y poco delicado. Sí, seguramente será muy incómodo recibirlo, pero como te dije, tienes que aguantar, y en lo posible, hacer que te visite todas las noches. Mientras más veces vaya a tu cama, más posibilidades habrá de que quedes embarazada, ¿entiendes?

—¿Quieres que pase por algo incómodo y doloroso todas las noches? —preguntó sin poder creérselo.

—Es algo necesario —respondió su madre—. Al menos hasta que quedes embarazada.

Los nervios de Henrietta aumentaron debido a esa nueva información proporcionada por su madre. En sus conocimientos de actos maritales no incluía que fuera doloroso o incómodo. Siempre tuvo en la cabeza que era algo que iba más allá de los besos y caricias, y estos no siempre tenían que ser malos. El último que le dio el marqués no lo había sido.

—Después que le des uno o dos hijos a tu esposo, dejará de molestarte, no te preocupes.

A Henrietta eso no le supuso ningún consuelo.

—Bien, tenemos que irnos. Recuerda, haz todo lo que te pida.

Ella no era buena haciendo lo que le pidieran.

Nerviosa bajó con su madre al salón principal, en donde todos la esperaban. Alice sonreía, su tía Roslyn tenía un semblante inexpresivo y su tío la miraba con ternura. Hacía unos días que había empezado a levantarse de la cama y caminaba con bastón. Había insistido en entregarla ese día a pesar de que ella le había dicho que no era necesario, pues la boda ni siquiera

se realizaría en la iglesia.

Se fueron en dos carruajes. En uno iba su tía, Alice y su madre, y en otro viajaba ella y su tío, pues este necesitaba espacio para estirar la pierna, aunque Henrietta sospechaba que era una excusa para tener una última conversación con ella.

No se equivocó.

—Hace un día muy bonito. Si pudiéramos tomarlo como presagio, podríamos decir que te espera un buen matrimonio.

Henrietta no creía mucho en señales, pero en ese momento estaba dispuesta confiar en lo que fuera. No se percató de que estaba arrugando su vestido hasta que su tío le colocó una mano encima de las de ella.

—Pero más que en los presagios, creo más en lo que uno es capaz de conseguir, y sé que tú puedes conseguir muchas cosas, Hattie.

Esperaba que una de ellas fuera un hijo.

—¿Aún estás segura de casarte?

Ella asintió. Tampoco creía que al marqués le agradara que cancelara la boda ese mismo día, teniendo como tenía el tiempo exacto para procrear un heredero.

—Entonces, mi único consejo es que seas tú misma. Creo que tu personalidad será el secreto de la felicidad de ese matrimonio.

—O la llave del fracaso —murmuró.

Después de todo, ¿qué sabía su tío acerca de su personalidad? Él pensaba que era una joven dulce, obediente y poco problemática. Para cualquier hombre sería la esposa ideal.

—Te menosprecias, Hattie —dijo con dulzura—. Sí, tienes tus defectos. No creas que no sé que, aunque intentas portarte bien, no siempre lo consigues, que a veces dices cosas raras y tienes tendencia a escuchar detrás de las puertas. —Ella se sobresaltó y él le guiñó un ojo—. Pero sigues siendo dulce, buena y amable. Es más de lo que puedo decir del marqués. —Frunció el ceño—. Quiero pensar que hay algo salvable en él. No lo conocí antes del incidente, sin embargo, comprendería que su amargura se debiera al dolor de la pérdida. A lo mejor logras que lo supere.

—¿Qué pérdida?

—¿No lo sabías? —Su tío pareció sorprendido—. Hace ocho o diez años que el marqués estuvo comprometido. Ella era hija de un conde, si mal no recuerdo. Murió de tisis poco después del compromiso. Dicen que en respeto a su memoria juró no casarse nunca, y por eso su padre puso esa condición en su testamento, temiendo que dejara sin heredero a la familia.

Henrietta no supo qué decir ante la noticia. Estuvo comprometido. ¿Cómo no se había enterado antes? Eso demostraba que estaba a punto de casarse con un hombre del que no sabía nada.

Le costaba imaginar al marqués enamorado hasta el punto de jurar no volver a contraer matrimonio con nadie. ¿Sería esa la verdadera razón de su carácter? Si era así, todo era peor de lo que se había imaginado. Nunca había esperado que la quisiera, pero convivir con un hombre sabiendo que siempre tendría a otra en su recuerdo era un tanto deprimente.

«No importa, serás marquesa y estarás segura» le dijo la voz en su cabeza, pero no le supuso demasiado consuelo.

Su tío debió notar el repentino cambio de ánimo porque dijo:

—Hattie, un hombre no puede estar eternamente enamorado de un fantasma. Estoy seguro de que, si te lo propones, podrás hacer que te quiera.

Ella se conformaba con que la respetara, pero no se lo iba a decir. No se había puesto a pensar mucho en su vida marital, pero no sabía si Raymond sería el tipo de hombre que tendría amantes y esperaría que ella lo tolerase. Henrietta no sabía si podría tolerarlo, aunque quizás no tuviera opción. A lo mejor ni siquiera sería tan malo. Si su madre tenía razón y el acto marital era horrible, sería bueno que se distrajera en otros lados.

Sonrió para calmar las preocupaciones de su tío.

—Tengo una visión optimista del futuro, tío. Sé que todo saldrá bien.

A lo mejor, si lo manifestaba mucho, se cumpliría.

Llegaron a la casa del marqués y Henrietta tuvo que respirar hondo varias veces para no demostrar su inquietud. Él los recibió en el gran salón, en donde también se encontraban sus hermanas y un hombre calvo que supuso era el vicario, estaba detrás de una mesa y tenía un libro en la mano. Una pareja, a los que reconoció como los Leinster, charlaban animadamente. Lady Leinster fue la primera en acercarse a saludar.

—Señorita Callen, qué bella está. Le dije a lord Rhodesay que usted sería una excelente elección de esposa y me alegra haya tomado en consideración mis palabras.

La saludó con un abrazo, como si se conociesen de toda la vida. Henrietta ya podía ubicar su cara, pero no entendía por qué le tenía tanto cariño. Para ella, solo le había hecho un favor, nada demasiado relevante, sino lo que cualquier mujer con decencia haría si sabía que otra persona podía estar en peligro. Aun así, se alegró de saber que podía tener a alguien semejante a un amigo.

Miró a Raymond. Estaba muy apuesto. Vestía una camisa blanca, chaleco gris con frac y pantalones negros. Tenía los cabellos bien peinados hacia atrás. Era la personificación de la elegancia y el buen gusto. Henrietta se sintió insignificante a su lado cuándo él le tendió la mano para saludarla. No pudo evitar pensar en las palabras de su madre.

Después de los saludos protocolarios, Raymond le presentó al vicario y este propuso iniciar la ceremonia. Se formó un silencio en todo el salón, como si todos temieran aceptar la propuesta. Su madre y los Leinster eran los únicos que parecían ansiosos, pues incluso las

hermanas de Raymond la miraban con recelo. No las culpaban. A partir de ese día una desconocida viviría en su casa. Lo que ellas no sabían era que esa desconocida también tenía mucho miedo.

Finalmente, se acercaron al párroco, quien inició la ceremonia. Henrietta pronunció los votos con una seguridad que no sentía, y Raymond hizo lo mismo sin titubear, como si no acabaran de tomar la decisión más apresurada de su vida.

Al finalizar, cuando el vicario los declaró formalmente casados, Henrietta sintió un mar de emociones recorrerla. Alivio porque al fin estaba casada, miedo por el futuro, curiosidad por su nueva vida y preocupación por no poder cumplir con las expectativas.

Mientras esperaban la cena, se quedaron un rato conversando en el salón. Su madre la había apartado, apenas terminó la ceremonia para decirle lo orgullosa que estaba y lo feliz que se sentía por esa unión. Henrietta apenas escuchó su parloteo, a pesar de que sería probablemente la única vez que su madre manifestara por ello algo aparte de decepción.

Raymond estaba hablando con su tío, los Leinster comentaban algo entre ellos, el vicario se había ido y Alice y la tía Roslyn hablaban aparte. Le daba la impresión de que estaban reclamando algo a su prima. Era como si los papeles se hubieran invertido.

Las gemelas estaban en una esquina conversando, y Alison estaba en otra, sola.

Henrietta la miró durante un rato hasta que se decidió a ir con ella. Murmuró una disculpa a su madre y se acercó a la niña, que se encontraba sentada en ese sillón apartado, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos.

—Hola —saludó.

La niña la miró con desconfianza.

—Hola.

Henrietta se sentó a su lado.

—Estás aburrida, ¿verdad? A mí de niña me aburrían mucho las reuniones de adultos, sobre todo si no tenía a nadie con quien hablar. Puedes hablar conmigo, si quieres. Yo también estoy aburrida.

—¿En serio? —Estaba verdaderamente sorprendida—. Pero es tu boda.

—No por eso tengo que entretenerme. Mi madre no da buenas conversaciones, y tu hermano no me ha dirigido la palabra desde que terminó la ceremonia. Tampoco creo que sea muy comunicativo.

—No lo es —admitió Alison—. O por lo menos conmigo nunca habla. Siempre que me encuentro con él me mira como si se acabara de acordar que existo, y cuando le pido algo casi nunca lo hace. A veces creo que no me quiere.

—Oh, no digas eso. Yo tengo la teoría de que los hombres no saben mostrar afecto. Te puedo asegurar que sí te quiere, solo que no sabe cómo decírtelo.

Henrietta esperaba no estar mintiéndole. No conocía lo suficiente a Raymond para asegurar que adoraba a sus hermanas, pero sí le daba la impresión de que su indiferencia se debía más a no saber cómo tratarlas que a falta de afecto.

—¿En serio lo crees?

—Estoy segura —mintió—. Está amargado, pero tiene corazón, te lo prometo.

—¿A ti también te quiere?

La pregunta fue inocente, pero tocó una fibra sensible en Henrietta. Le recordó toda la situación.

—Quiero pensar que al menos le agrado —bromeó.

La niña se rio. Sus ojos se posaron en donde estaban sus hermanas y su sonrisa se borró.

—Ellas tampoco me quieren. Siempre me apartan. Dicen que soy muy pequeña para jugar o estar con ellas. No soy pequeña, solo bajita. Ya tengo ocho años.

—Yo también soy bajita —dijo Henrietta y suspiró con melancolía—. Entiendo cómo te sientes, pero puede llegar a ser una ventaja. Es más difícil que te vean si quieres escabullirte, o puedes ocultarte en varios lugares para escuchar conversaciones, o...

—Algo me decía que no era buena idea dejarte a solas con mi hermana.

Ambas levantaron la mirada para encontrarse con Raymond. No lo había sentido acercarse, lo cual era extraño, porque les estaba bloqueando toda la visión. No era alguien que pasase desapercibido.

Henrietta no pudo definir si estaba molesto, le daba igual o estaba bromeando. No parecía estar enfadado, pero tampoco que se lo estuviera tomando con humor.

—Solo le decía que ser bajita no era malo.

—Le dabas consejos cuestionables, como jugar con cuchillos.

Alison y un jadeo de indignación cortó su respuesta.

—Entonces sí eras la mujer que vino vestida de luto aquel día.

Henrietta le hizo un gesto con la mano para que guardara el secreto.

—Sucede que ese día venía de incógnita —dijo en voz baja—, por eso nadie podía enterarse de que era yo. ¿Prometes guardarme el secreto?

—Podíais habérmelo dicho desde el principio —se quejó la niña—, y no hacerme creer que estaba loca.

Henrietta no lo había pensado así.

—Lo lamentamos —dijo con sinceridad—. No fue nuestra intención, ¿verdad, Raymond?

—No.

Henrietta lo miró con dureza.

—¿Verdad que también lo lamentas?

—Por supuesto —respondió, confundido. No parecía entender por qué era necesario

aclararlo.

Hombres.

—Alison, ¿me permites hablar un momento con Henrietta?

La niña lo miró como si le pareciera injusto que la echaran de su lugar cuando ella había llegado primero, lo cual era entendible.

—Más tarde, puedo decirte cómo conseguir que tus hermanas quieran pasar más tiempo contigo —le dijo Henrietta para aplacarla.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

—¿No son promesas falsas como las de Ray?

La pregunta fue seguida de un silencio incómodo. Henrietta miró a Raymond, quien parecía no saber qué decir. Abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Nunca lo había visto quedarse sin palabras.

—No, sí lo haré, confía en mí.

La niña asintió y se marchó sin saber la tensión que dejaba tras ella.

—¿Qué querías comentarme? —le preguntó Henrietta.

Él tardó en responder, parecía sumido en sus pensamientos.

—Alison está enferma —informó, recuperando el control—. Cualquier cosa que le sugieras, no debe incluir actividad física intensa. Nació con problemas respiratorios. Por eso las gemelas no la incluyen en sus juegos, creen que no puede seguirles el ritmo, y tienen razón.

—Debe haber otra forma de fomentar la unión entre ellas. ¿De qué sirve tener hermanas si no comparten? Creo... creo que deberías hablar con las gemelas y explicarles que no pueden alejar así a su hermana.

Dijo lo último con recelo, consciente de que esa era la promesa no cumplida que Alison le había reprochado.

Él no respondió, solo asintió. Ella no entendía por qué no quería hablar con las niñas. ¿De verdad se le olvidaba, o tenía miedo de algo? Quizás no sabía cómo hacerlo. Por lo que le acababa de informar sobre Alison, no creía que sus hermanas no le importaran.

—También me gustaría que evitaras consejos moralmente inaceptables, como instarla a esconderse para escuchar conversaciones ajenas. No puedes negarme ahora que las veces en que te encontré haciéndolo fue todo un malentendido.

De nuevo, Henrietta no sabía si estaba bromeando o no. Debería aprender a sonreír.

—Fue un malentendido —aseguró, pues era fiel creyente de que las mentiras se llevaban al final—. No estaba escondida en un rincón, así que no fue intencional.

—¿Eso significa que a veces sí te escondes en los rincones y escuchas intencionalmente conversaciones ajenas?

—No, claro que no.

—Supongo que ya es muy tarde para cuestionarme tu educación.

—He sido bien educada.

—¿Y en qué lección te dijeron que escuchar detrás de las puertas era adecuado?

—Yo no...

Fue entonces cuando se percató de que sus labios temblaban y los ojos le brillaban por risa contenida. Se estaba burlando de ella.

Idiota. Pero al menos ya sabía que todavía era capaz de bromear.

El mayordomo se detuvo en la entrada del gran salón y le hizo un gesto a Raymond. Este asintió.

—Señores, la cena está lista. Si gustan seguirnos —anunció Raymond.

Le ofreció el brazo a Henrietta y ella lo aceptó. Ahora que estaban casados, había algo diferente en el contacto, como si su cuerpo supiera que él tenía más derechos que antes y respondiera ante eso. La conversación con su madre regresó a su cabeza y con ella los nervios. Después de la cena, se quedarían solos.

—Debo darte las gracias por haberte acercado a Alison —dijo mientras caminaban—. De las tres, es la que más necesita alguien con quien hablar.

Ella quiso preguntarle por qué él no hablaba con ellas, pero temía no recibir respuesta.

—Los niños siempre me han agradado.

—Sin duda, es una buena noticia.

Las comisuras de su boca se elevaron. De nuevo estaba bromeando. No obstante, el comentario la puso aún más nerviosa. Seguramente querría iniciar la búsqueda del heredero esa misma noche.

Él debió notar su inquietud, porque colocó una mano sobre la de ella y la apretó.

—¿Estás bien?

Henrietta asintió. El contacto la había hecho sentir segura, quizás porque, así como sabía que ahora él tenía más derechos sobre ella, también lo veía como esa figura protectora que siempre deseó, pero nunca se atrevió a pedir. Le generaba seguridad, y la seguridad inspiraba paz. No todo tenía que ser tan terrible. Quiso ser optimista y pensar en que estaría bien y lograría sobrellevar todo.

De verdad lo esperaba.

Capítulo 13

Ella estaba nerviosa.

Raymond estuvo observando a Henrietta durante toda la cena y su inquietud era evidente. Comía rápido, no miraba a nadie y estaba muy callada. Todos estaban callados, excepto Charlotte, quien, de alguna manera, era capaz de llevar una conversación ella sola, con la ocasional intervención de Roger o de la señora Callen. Raymond se dijo que había hecho bien en invitarlos, aunque lo hizo más por obligación que por gusto. Roger no le hubiese dejado en paz si se enteraba de que se había casado y no había sido invitado, sobre todo después de la desinteresada ayuda que su mujer le brindó. Gracias a ellos, la cena no estaba envuelta en un silencio que se podía cortar con el filo de una navaja.

Cuando terminaron de cenar, Henrietta pareció reacia a abandonar el comedor. Raymond tenía la impresión de que estaba retrasando algo. ¿Temía la partida de sus familiares? Supuso que era normal. Estaba dejando atrás una vida para comenzar otra con un hombre que apenas conocía y toleraba. Esperaba que la presencia de su madre en la casa ayudara a mitigar ese sentimiento, aunque Raymond no estaba muy contento de tenerla allí. La señora Callen no le agradaba del todo. Era la clase de mujer que halagaba sin medida solo para caerle bien a alguien y obtener su favor. Él estaba acostumbrado a tratar con ese tipo de mujeres, pero le disgustaba la falta de sinceridad. Siempre supo que si se casaba con Henrietta tendría que tolerarla a ella también, pero tenía la esperanza de que si lograba mantener todas sus propiedades podría convencerla de pasarse unos meses en alguna de sus casas de campo.

De nuevo, en el salón principal, los pocos invitados se reunieron en grupos para hablar. Latimer, quien antes de la cena le había hecho una educada advertencia sobre tratar bien a su sobrina o tener una conversación con él, mantenía una charla con Roger. Charlotte tenía acorralada a la señorita Callen y la señora Callen parecía estar vanagloriándose ante lady Latimer. Sus hermanas habían subido a acostarse y Henrietta estaba en una esquina con la mirada perdida. Se acercó a ella.

—¿Qué te sucede? —preguntó sin tapujos.

Ella se sobresaltó, como si no se hubiese percatado de su presencia.

—Nada.

—Mientes.

—No.

—Sí. Llevas toda la tarde nerviosa y callada.

—Toda novia está nerviosa el día de su boda, ¿no? Hay muchos cambios que pueden alterarnos.

—¿Y cuán en particular te tiene así?

—Pues...

Lo miró de arriba abajo. Le daba la impresión de que esa era su respuesta, pero él no lograba entenderla.

—Ray, Charlotte y yo tenemos que irnos. Gracias por invitarnos.

Roger se había acercado a ellos, y su esposa estaba colgada de su brazo.

—A ustedes por venir —respondió de forma automática.

—Lady Rhodesay —dijo Roger inclinando la cabeza hacia Henrietta, quien tardó en darse cuenta de que se estaba refiriendo a ella—. Espero que este sea un matrimonio lleno de felicidad y muchos niños.

Roger sonrió ante su propia broma, pero ella se tensó. Raymond le dedicó una mirada de advertencia a su amigo. ¿Sería eso lo que la preocupaba? ¿No poder darle el heredero que necesitaba? Creía que había sido explícito cuando le dijo que sabía que había un riesgo de que eso no sucediese, y que no la iba a culpar de nada. No era tan irracional. Supuso que quizás ella sí se pudiera sentir culpable.

—Lady Rhodesay, cuando quiera puede venir a tomar el té a mi casa —dijo lady Leinster sonriendo—. Tengo muy buenos consejos sobre cómo sobrevivir en un matrimonio con maridos difíciles.

Eso consiguió sacarle una sonrisa a Henrietta.

—Esteré encantada de aceptar su invitación, milady.

Ambos hicieron una venia de despedida y se encaminaron a la puerta. Raymond pudo escuchar a Roger preguntar:

—¿Soy difícil, querida?

—Eres imposible —respondió esta, con más sequedad de la que se esperaba en una pareja enamorada.

—Creo que es hora de que nosotros también nos marchemos —dijo Latimer levantándose con dificultad del sofá en dónde estaba sentado.

—Oh, tío. —Henrietta corrió hacia él y le dio un abrazo que casi lo hace caer—. Gracias por lo que has hecho por nosotras todos estos años.

—Puedes buscarme siempre que me necesites, querida —dijo este dándole unas palmaditas en la cabeza—. Estoy seguro de que Rhodesay te tratará muy bien, ¿no es así, milord?

—Por supuesto.

A Raymond le causaba risa que, un hombre que era la mitad de corpulento que él y que tenía casi el doble de su edad, tuviera la valentía de amenazarlo. No era como que pudiera hacer mucho si él decidía hacer la vida de Henrietta un infierno, pues no tenía ni la fuerza ni la naturaleza combativa. Pero tampoco cometería el error de subestimarlo. Se notaba que quería a

su sobrina y el amor a veces lograba que las personas cambiaran radicalmente.

—La casa no será lo mismo sin ti. Prométeme que irás de vez en cuando a tomar el té —dijo la señorita Callen.

—Claro que sí, Alice.

Lady Latimer no comentó nada, se limitó a inclinar la cabeza a modo de despedida.

Cuando todo se marcharon, la señora Callen comentó:

—¡Estoy tan cansada! Milord, si alguno de sus criados pudiera hacerme el favor de decirme cuál es mi habitación.

Raymond llamó a un criado y le pidió que llevara a la dama a su cuarto. Antes de marcharse, esta le lanzó a Henrietta una mirada significativa que hizo que ella se estremeciera.

Raymond estaba empezando a perder la paciencia.

—¿Te gustaría tomar una copa? —le preguntó a su nueva esposa.

Todavía le costaba un poco asimilar que se había casado con una mujer que conocía hace menos de un mes y que no era ni de cerca lo que esperaba en una esposa. Había pensado que quizás podría arrepentirse después de pronunciar los votos, pero hasta el momento, no había sucedido. De hecho, la observaba, y sentía cierta paz, tal vez porque una parte de su objetivo ya estaba cumplido. Se había casado, solo faltaba tener la suerte de tener un heredero a final de año. Dejaría todo su empeño en ello.

—No, creo que... Bueno, sí —dijo como si se le acabara de ocurrir algo—. Me gustaría.

Desistió de preguntarle qué le pasaba y se propuso averiguarlo de otra manera. La llevó a la biblioteca, donde guardaba gran parte de sus mejores reservas de bebida.

—¿Brandy, coñac, oporto o vino?

—¿Cuál es la más fuerte?

A Raymond no le gustó esa respuesta.

—El brandy, pero no creo que sea prudente que...

—Solo tomaré un poquito —prometió ella—. Ha sido un día muy pesado y necesito relajarme.

—Está bien.

Se dirigió a la estantería donde se encontraban las bebidas y destapó una botella de Armagac. Sirvió dos copas y las llevó a la mesa.

Ella tomó la bebida y dio un sorbo largo que le generó tos. Él se abstuvo de hacer comentarios porque ella se ruborizó.

—¿Qué clase de libros tienes aquí? —preguntó ella empezando a caminar por las estanterías—. Géneros, me refiero. ¿Todos son de ciencia? Me gusta la ciencia, me parece divertida.

—Algunos —contestó él sin quitarle la vista de encima.

El vestido le quedaba muy bien. Se ajustaba a su cuerpo como un guante sin resultar vulgar, pero sí muy provocativo. Tomó un sorbo de su copa mientras se imaginaba cómo se vería sin él. Saber que ya tenía ese derecho hacía que cierta parte de su cuerpo se entusiasmara.

—No es que me encante leer, pero sí hay libros que llaman mi atención. Los de misterio me gustan, y también los de ciencia, y algunos de historia, sobre todo los que narran las guerras. Sabías que...

—No sé por qué no me sorprende que tus intereses vayan hacia allí. Entonces, ¿no aprecias el romance? —preguntó al recordar la primera vez que la vio.

—Solo cuando estoy muy aburrida —admitió ella y tomó otro sorbo. Lo toleró mejor que el primero—. Aquel día, cuando nos conocimos, estaba muy aburrida, por eso iba a intentar leer ese libro de *Orgullo y prejuicio*, pero no es mi estilo, sino más el de Alice. Tampoco me gusta demasiado la filosofía. Me cuesta entenderla. Entonces, ¿qué otros libros tienes?

—Literatura clásica, griega, romana. Libros de ciencia, quizás alguno de filosofía. Temo que no hay nada de misterio, pero sí de historia, matemáticas, y otros más. Algunos han estado en la familia por generaciones, no sabría decirte todos.

—Oh. ¿Puedo revisarlos? Me mantendría un rato entretenida.

—Ahora también es tu casa, Henrietta. Puedes hacer lo que quieras.

—Oh.

Parecía que también le estaba costando asimilar ese hecho. ¿Sería eso lo que la tendría nerviosa? Se tomó lo que quedaba en su vaso y miró la copa vacía con disgusto, como si le molestase que se hubiese acabado.

—¿Puedo tomar más? Solo un poco.

Él asintió, no muy convencido. Si bien su plan original era que el alcohol la volviera más receptiva y comunicativa, tampoco deseaba emborracharla.

Ella fue a la estantería y se sirvió una cantidad bastante generosa. Se preguntó si tenía idea de cuánto costaba ese brandy.

—Está bueno —comentó tomando un sorbo—. No quiero que pienses que bebo con frecuencia, es solo que creo que, si hay un día en que debería permitírmelo, es hoy. —Tomó otro sorbo—. El resto, soy muy controlada, te lo prometo.

Raymond no lo dudaba, sobre todo porque era su segunda copa y se empezaba a notar que ya el alcohol le estaba haciendo efecto. Beber no era algo que hiciera con frecuencia. No tenía demasiada tolerancia.

—Henrietta, ¿sucede algo? Has estado hoy muy nerviosa, y no creo que sea solo por la boda.

—Es por la boda —aseguró—. ¿Qué novia no está nerviosa el día de su boda? Es una nueva vida y muchas cosas más. No lo entiendes porque la vida de los hombres no cambia

demasiado, siempre somos nosotras las que nos apartamos de la familia.

Se acabó el contenido de la copa con rapidez y, sin pedir permiso, empezó a servirse más. Raymond le arrebató la botella cuando ya casi había llenado la copa.

—Es suficiente, ¿no crees?

—Esta es la última —prometió y tomó un sorbo—. Es para relajarme.

—¿Por qué quieres relajarte? Ya la boda pasó. No hay vuelta atrás.

—No, no la hay —dijo con tristeza.

—¿Te arrepientes?

—¡No! —exclamó y lo miró como si fuera tonto—. Esta es la oportunidad que he estado esperando siempre. Al fin tengo seguridad. Y sí, no eres el hombre con el que me hubiera gustado casarme, pero peor es no casarme, así que no me quejaré.

Raymond no se lo tomó personal, aunque le golpeó un poco el ego saber que era el menor de los males. Supo que ya estaba por completo borracha, porque, aunque era imprudente por naturaleza, sobria no se habría atrevido a ser tan directa.

—Henrietta, creo que es mejor que te lleve a tu habitación.

Estiró su mano con la intención de arrebatarle la copa, pero ella se alejó y tomó otro trago.

—Eh… ¿No podemos hablar un poco más? Casi no nos conocemos.

—Es tarde.

Ella bajó la cabeza, resignada.

—Sí, supongo que quieres... Está bien, yo te lo prometí, y como dije, no me quejaré. Toleraré lo que sea necesario.

Entonces, por fin, entendió qué la tenía tan nerviosa. Se sintió idiota por no haberlo considerado antes.

—Tienes miedo de la noche de bodas, por eso estás tan inquieta —musitó.

—No... Bueno sí. —Tomó un trago largo y alzó la cabeza con decisión—. Pero estoy lista. Y no me quejaré, te lo prometo. Aunque sea muy desagradable, lo toleraré. Haré lo que me digas.

Raymond dio un paso hacia atrás. Ese comentario sí que lo afectó. ¿Desagradable? ¿Por qué creía que sería desagradable? ¿Acaso le había disgustado su beso? ¿Estaría perturbada por el incidente que ocurrió en ese mismo lugar cuando fue a proponerle matrimonio? A lo mejor le había dejado una mala impresión. Quería creer que había algún malentendido, y que su miedo era producto del desconocimiento y no de que le tuviera asco.

—Henrietta, ¿por qué crees que será desagradable? —preguntó. Por primera vez en su vida le tenía miedo a una respuesta.

—Eso me dijo madre —respondió con inocencia. Sus ojos brillaban como los de un

corderito asustado—. También dijo que dolería, mucho, sobre todo porque eres demasiado grande, pero lo toleraré, de verdad que sí. Y puedes visitarme todas las veces que quieras, no me negaré. Seré una buena esposa como te prometí para que no te arrepientas del matrimonio y no nos dejes desamparadas.

Hacía tiempo que Raymond había endurecido su corazón para que pocas cosas le afectasen, pero sus últimas palabras rompieron cualquier barrera y le despertaron instintos primitivos de protegerla. Quería decirle que todo estaría bien, que él siempre velaría por ella y por su madre. Sentía su miedo, su desespero y vulnerabilidad. Era una niña que había llevado una carga muy pesada sobre sus hombros.

Se acercó a ella y le quitó con suavidad la copa vacía de la mano.

—Henrietta, ven, necesitas descansar —le dijo con suavidad.

No quería asustarla más, pero tampoco sabía muy bien cómo comportarse para no hacerlo.

Ella se tensó, pero asintió. Seguramente creía que la iba a llevar a la habitación a consumar el matrimonio. Ese había sido su plan inicial, pues aún estaba la necesidad patente de tener un heredero, pero tendría que ser otra noche. No la tomaría mientras estuviera borracha y asustada. Tenía que hablar con ella cuando estuviera sobria sobre ese tema. No quería a una novia obligada en su cama, le quitaba la satisfacción al acto.

Se preguntó qué le habría dicho su madre. Las conversaciones entre madres e hijas antes de la boda deberían estar prohibidas.

Tomó su mano y la llevó hasta su habitación, que era contigua a la suya. La doncella que había contratado para que se encargara de ella la había estado esperando y se sobresaltó cuando los vio. Raymond le hizo un gesto para que se fuera.

—¿Quién era ella? —preguntó Henrietta arrastrando las palabras.

—Tu doncella. Mañana la conocerás.

—Nunca he tenido una doncella —comentó—. No había dinero para esos lujos.

—Ahora tienes una.

Entonces, se le ocurrió que no debió haberla despedido. ¿Quién ayudaría a Henrietta a cambiarse para dormir? Sin duda podía hacerlo él, pero en ese momento no era una tarea que le gustase si no tenía un fin, y no creía que ella se lo tomase con calma.

Ella empezó a pasar su peso de un lado a otro y casi se cae cuando perdió el equilibrio. Él la sostuvo por los hombros antes de que terminara en el suelo.

—Date la vuelta —le pidió con resignación.

Ella lo hizo, nerviosa. Él pensó en explicarle que no tenía intención de consumar el matrimonio esa noche, pero no estaba seguro de que ella lograra comprender sus motivos. Empezó a desatar los lazos de su vestido. Sería una tortura.

—¿Podrías hacerlo rápido? —pidió ella en un hilito de voz.

—Admito que no soy un experto deshaciéndome del vestuario femenino.

—No, eso no, me refiero a... lo demás.

Oh.

La imagen de él haciéndolo rápido no le supuso ningún alivio a su tortura. Logró desatar los lazos del vestido y procedió a hacer lo mismo con el corsé. Dudaba que se atreviera a desnudarla toda para ponerle un camisón. Le quitaría lo más pesado y ella podría dormir cómodamente en medias y camisola.

—O lento. Como duela menos, por favor. Igual, como te dije, no me quejaré, es solo que...

—Basta.

Él dio dos pasos hacia atrás. Había desatado los lazos del corsé, pero no se atrevía a bajarle las prendas, que colgaban precariamente en su torso.

—¿He dicho algo que te molestara? —preguntó. Giró la cabeza y lo miró de nuevo con esos ojos de animalito asustado.

—No vamos a consumar el matrimonio hoy. Puedes quedarte tranquila.

—¿No? ¿Por qué no?

—Porque estás borracha.

—No estoy borracha.

Dio un paso hacia él y se tambaleó. Raymond tuvo que sostenerla de nuevo y la retó con la mirada a que repitiera su afirmación. Ella bajó la vista.

—Solo tomé un poquitooo... ¿Por eso ya no te gusto? No lo volveré a hacer.

Parecía una niña ansiosa de complacer a su padre. Lo odió. Aunque su actitud rebelde nunca le había gustado, verla así, sumisa, lo enfurecía más, porque sabía que no era su naturaleza, que era el miedo lo que la impulsaba a actuar así. Quería proteger el matrimonio, tenía miedo de quedar desamparada.

La empujó suavemente por los hombros hasta llevarla a la orilla de la cama.

—Termina de quitarte la ropa y duerme. Hablaremos mañana.

—Estás enfadado.

—No.

—Sí, lo estás. No importa que esté borracha, yo... —Un bostezo la interrumpió—. Yo haré lo que me digas —susurró.

—Henrietta...

Ella le rodeó el cuello con los brazos y alzó la cabeza, tomándolo por sorpresa.

—Si no fueras tan alto te besaría, te demostraría que sí puedo cumplir lo que te dije. ¿Por qué eres tan alto?

La mirada de él se fue a sus labios. Los tenía en forma de puchero, le rogaban que la besara, y él estuvo a punto de ceder. La deseaba. La había deseado desde la primera vez que la conoció y su voluptuosa figura captó su atención. Quería rodearla con sus brazos, cubrirla con su cuerpo y desatar sus ganas en ella. A pesar de lo que Henrietta pudiera pensar, él estaba seguro de que se amoldarían bien.

Inclinó la cabeza y fue entonces cuando se dio cuenta que ella había cerrado los ojos. Hubiera pensado que estaba esperando su beso si no fuera porque su agarre sobre sus hombros se suavizó. La tomó por la cintura antes de que cayera, y en menos de un minuto estaba dormida. Le tocó quitarle con cuidado el vestido y el corsé que ya había desatado. Apenas terminó, la arropó. No se atrevió a fijarse demasiado tiempo en la curva de sus caderas ni en la generosidad de sus pechos, cuyas aureolas se traslucían en la camisola y apuntaban hacia él, llamándolo.

La observó dormir y sus labios se curvaron en una sonrisa triste. Esa pobre niña tenía más necesidades de las que había dejado entrever en un principio. Él creía haberse puesto en su lugar, comprender su posición, pero jamás se imaginó su nivel de desesperación por alguien que la cuidara.

Se inclinó y colocó un mechón de cabello detrás de su oreja. Él no podía prometerle una vida feliz, llena de amor, como sin duda se merecía, pero sí se encargaría de que supiera que a su lado nunca le faltaría nada. Era una promesa que tenía toda la intención de cumplir.

Capítulo 14

Cuando Henrietta abrió los ojos se percató de dos cosas: la primera, que esa no era su habitación. La segunda, le dolía horrores la cabeza.

Se incorporó con lentitud y notó que estaba vestida con camisola, enagua y medias. Miró a su alrededor. El cuarto estaba decorado en blanco y azul celeste. La gran cama con dosel ocupaba un tercio de la habitación, y frente a esta había un tocador, una chimenea y un armario cerca de la ventana.

Empezó a recordar poco a poco todo lo sucedido el día anterior. Se había casado. Había cenado con su esposo, sus amigas, y después habían ido a la biblioteca a tomar unas copas. No recordaba qué había sucedido después. ¿Habrían consumado el matrimonio? No podía creer que no se acordara de algo como eso.

Se levantó de la cama y movió sus brazos y piernas. No se sentía diferente. Puesto que su madre le había dicho que dolía mucho, habría esperado levantarse con secuelas, pero aparte del dolor de cabeza no sentía nada. Además, seguía medio vestida. No sabía bien cómo funcionaba la dinámica íntima entre las parejas, pero no había esperado quedar con alguna prenda de ropa que no fuera su camisón.

Estaba claro que, si había sucedido algo, no había habido el debido protocolo.

Quiso echarse a llorar ante el presentimiento de que lo había arruinado todo. Los nervios la habían hecho beber demasiado y no estaba acostumbrada. ¿Qué pensaría Raymond de ella?

Buscó entre su baúl y sacó un vestido de día color lila que era uno de sus preferidos. Estaba algo pasado de moda, pero serviría por el momento. Era uno de los menos desgastados. Se lo colocó sin ayuda, como estaba acostumbrada, y se recogió el cabello en un moño alto. Cuando abrió la puerta para salir, casi tropieza con una joven rubia que no debía tener más de veinte años. Se le hacía vagamente familiar.

—Milady —murmuró y la miró de arriba abajo con horror. Henrietta se preguntó si habría arrugado el vestido cuando se lo colocó—. Ya se ha vestido.

—Sí —contestó sin entender el comentario.

—¿Por qué no me ha llamado? Iba a venir más temprano, pero no quise molestarla. Sin embargo, si hubiese tocado la campanilla, yo habría venido de inmediato.

Entonces comprendió que la joven había sido designada para ser su doncella. Henrietta nunca había tenido una, así que había aprendido a valerse sin ella. Supuso que ahora que era una marquesa eso no era lo más apropiado. Como no quiso ofender a la joven, pero tampoco quería dar la impresión de que no sabía cómo se movía ese mundo, inventó:

—Oh, es que estaba algo apurada, y el vestido que quería era fácil de poner. Además, no sabía que ya me habían asignado una doncella.

—Pero estuve aquí anoche.

La joven parecía de verdad muy confundida y Henrietta quiso desaparecer. ¿Cómo le explicaba que no recordaba nada de lo que había sucedido la noche anterior sin quedar como una tonta?

—Aunque supongo que pudo no haberme visto —continuó la joven, pensativa—. Cuando milord me pidió que me fuera, salí muy rápido.

Entonces, Raymond sí había subido con ella.

—Sí, eso debe ser. Anoche estaba un poco dispersa. Pero ya que sé que eres mi doncella, no dudaré en llamarte. ¿Cuál es tu nombre?

—Hannah, milady.

—Un gusto, Hannah. ¿Me podrías indicar dónde toma milord el desayuno?

—Por supuesto, milady.

La doncella la guio hasta la planta de abajo, atravesaron algunos pasillos y estancias hasta que le señaló la puerta a un pequeño salón.

—Es ahí donde suele desayunar milord y las niñas, aunque milord ya debe haber desayunado porque suele levantarse temprano.

—Gracias, Hannah.

Henrietta entró en el pequeño salón. Había una mesa para un máximo de seis personas. Sobre esta, se encontraban varios platos llenos de tocino, huevos, pan y mermelada. Un criado estaba en una esquina atento a cualquier petición, mientras que las gemelas estaban inmersas en una discusión.

—Yo no quiero ver hoy matemáticas —protestó una—. Debes apoyarme y decirle a la institutriz que mejor nos hable sobre arte.

—Yo sí quiero ver matemáticas, el arte me aburre —dijo la otra.

—Pero yo no entiendo los números.

—Y para mí las pinturas se me hacen incomprensibles. Renacimiento o barroco. El nombre da igual, son solo dibujos.

—No son solo dibujos, es lo que expresas con ellos.

Henrietta carraspeó para hacerles saber su presencia. Ellas callaron de inmediato.

—Hola —saludó con ánimo.

—Hola —respondieron al unísono, no sin recelo.

Ella se sentó en la cabecera de la mesa. Ya que las gemelas estaban ubicadas una frente a la otra, desde allí podía verlas a ambas. Le pidió a un criado que le sirviera una taza de té.

—A mí también me gustan más las matemáticas que el arte, Rebecca, pero la gente siempre espera que tengas conocimientos básicos sobre pinturas famosas, así que nunca está de más aprenderla.

La joven la miró como si le hubiese salido un tercer ojo. Henrietta se preguntó si se le habría zafado alguna horquilla del peinado.

—¿Sucede algo? —le preguntó.

—¿De verdad sabes que soy Rebecca o lo has adivinado?

—Sé que eres Rebecca. Cuando se presentaron, noté que tienes un espacio vacío en la ceja que no tiene tu hermana.

—Impresionante —dijo Rosemary—. Raymond lleva conviviendo con nosotras desde que nacimos y aún no puede distinguirnos.

—Yo no diría que vernos por obligación unas cuantas veces al día sea «convivir» con nosotras, pero sí, que ella nos haya visto una vez y nos reconozca con más facilidad que nuestro hermano es muy impresionante —dijo Rebecca con pedantería—. Volviendo a la discusión, no se trata de si el arte es o no importante, sino de que hoy toca matemáticas y quieres cambiar la clase solo porque no te gusta. Yo no pido cambiar las clases de arte solo porque no me gusten.

—Es un favor a tu hermana. ¿Por qué nunca me apoyas?

—En la vida nadie te apoya. Te estoy enseñando esa lección.

Henrietta se tensó ante la brusquedad de su respuesta, pero la gemela debía de estar acostumbrada, porque se limitó a hacer un puchero.

—Yo te puedo ayudar con matemáticas —le ofreció a Rosemary—. Se me dan bien.

La joven la miró como si no supiera qué esperar de ella.

—Gracias —respondió, aunque Henrietta supo que por el momento su oferta había sido declinada.

—¿Dónde está Alison? —preguntó Henrietta.

—Siempre se levanta tarde —dijo Rebecca—. O desayuna en su cuarto.

—No jugáis mucho con ella, ¿verdad? —les preguntó, como si el tema no tuviera tanto interés.

—Está enferma, no puede seguirnos el ritmo —contestó Rebecca. Henrietta se estaba dando cuenta de que el tacto no era lo suyo.

—No queremos que se enferme por nuestra culpa —añadió Rosemary, conciliadora.

—¿Y no habéis pensado que excluirla de esa manera la hace sentir mal? Es vuestra hermana. Imaginaos que están en su lugar, y que su única compañía la excluya intencionalmente. Ella no tiene la culpa de estar enferma.

Las hermanas guardaron silencio, y mientras lo asimilaban, Henrietta tomo un trozo de pan y le untó una cantidad generosa de mermelada.

—A nosotras nos gusta correr, escalar árboles, y Alison no puede hacerlo —dijo Rebecca —. Tampoco es justo que nos privemos de lo que queremos por ella.

—Podéis darle algún papel que no implique actividad física, como ponerla a dictaminar

quién es la más rápida. Y no siempre estaréis corriendo o escalando árboles, debe haber otras actividades en las que puedan involucrarla. Vosotras siempre se han tenido la una a la otra para compartir, pero Alison no tiene a nadie, lo más cercano sois vosotras. Si no entiende algo, explicádselo, si no puede con algo, ayudarla. Entiendo que al ser la más chica pueda no seguir siempre su ritmo, y que no quieran que esté todo el tiempo con ustedes, pero incluirla de vez en cuando estoy segura de que la hará muy feliz.

Le dio una mordida a su pan y compuso una expresión de placer. Fingió no darse cuenta de que las gemelas se lanzaban miradas interrogantes, hablaban entre sí. No respondieron nada, pero Henrietta se conformó con haber sembrado la duda.

—Te llamas Henrietta, ¿no? —preguntó Rosemary.

—Podéis llamarme Hattie —dijo.

—¿Cómo mi hermano ha terminado casado contigo? Sois muy diferentes —comentó Rebecca.

No supo si era un halago o un insulto.

—La vida nos juntó porque éramos lo que el otro necesitaba —contestó. Una verdad a medias. No sabía cuánto podía decirles.

—¿Le darás el heredero que le pidió mi padre? —preguntó Rosemary.

Henrietta las analizó.

—¿Cuánto sabéis? —preguntó sin tapujos.

—Más de lo que Ray cree que sabemos —dijo Rosemary.

—Y menos de lo que seguramente tenemos derecho a saber —añadió Rebecca.

—Sabemos que, si no hay un niño en la casa a final de año, nos quedaremos en la ruina —culminó Rosemary.

—No nos quedaremos en la ruina —dijo Henrietta—. Y esperemos que sí pueda darle el niño que necesita.

Aunque hubiese comenzado haciendo un muy mal trabajo. Pasado el momento inicial, estaba más que convencida de que no había sucedido nada. Su madre la asesinaría si se enteraba. ¿Y Raymond? ¿Estaría molesto?

—Si no comeremos papas y pan todos los días —comentó Rebecca—. Nada demasiado grave.

—Yo odio las papas —dijo Rosemary.

—¿Sabéis dónde puedo encontrar a vuestro hermano?

—Suele salir en las mañanas —contestó Rebecca—. Supongo que hoy hizo lo mismo.

—Es probable que venga para el almuerzo —dijo Rosemary.

—Y también es probable que no —comentó Rebecca—. No se pasa mucho tiempo en la casa.

—Y cuando está aquí, se mete en su despacho y no quiere que nadie lo moleste —añadió Rosemary.

Henrietta no supo qué responder y las niñas tampoco lo esperaron, porque terminaron su comida, murmuraron una despedida y se fueron. Ella se quedó sola, masticando su tostada ya sin demasiado ánimo. Estaba por retirarse del salón cuando entró su madre.

—Oh, aquí estás —dijo con entusiasmo—. Esta casa es gigante. Debe ser al menos el doble de grande que la de tu tío. ¡Qué emoción vivir aquí!

—Sí, es estupendo —respondió sin ánimo. No quería hablar con su madre porque sabía a dónde llegaría la conversación—. Disculpa, madre, pero voy a pedirle al ama de llaves que me informe sobre el manejo de la casa.

Quería ser útil en algo.

—Oh, sí, tienes que empezar a involucrarte en eso —aprobó su madre—. Debes volverte indispensable, Hattie. Haz que el marqués aprecie la buena adquisición que ha hecho contigo.

—No soy un objeto que haya comprado, madre —dijo con tristeza. Ella no quería sentirse así. Estaba cansada de tener que hacer ver su valía y, sin embargo, tenía que seguir esforzándose.

Su madre hizo caso omiso a su queja.

—Pero lo más importante de todo es que le des ese hijo varón. Espero que hayas cumplido con tus deberes anoche, Henrietta.

—Por supuesto que sí, madre —mintió con la mayor convicción que pudo.

Su madre le creyó, porque asintió, satisfecha.

—Bien. ¿Fue muy desagradable?

—Bastante —dijo con exageración—. Pero lo he soportado bien.

—Se soportará mejor las otras veces —comentó su madre a modo de consuelo—. Con el tiempo te acostumbrarás.

—¿A qué se acostumbrará?

La voz profunda y potente de Raymond llenó el comedor. Tanto Henrietta como su madre se ruborizaron. Se preguntó cuánto habría escuchado.

—A la nueva casa —se apresuró a responder su madre—. Hattie me estaba comentando que no podía creer lo grande que era.

Por algún motivo, el comentario provocó que él curvara los labios y sus ojos brillaran con malicia.

—Sí, estoy seguro de que te acostumbraras al su tamaño. ¿Puedo hablar contigo un momento, Henrietta?

—Oh, sí. Si nos disculpas, madre...

—Vaya, no se preocupen por mí. Desayunaré y después haré un recorrido por la casa, si no le importa, milord.

—Siéntase como en su casa. ¿Henrietta?

Le ofreció el brazo y ella lo tomó, dubitativa.

—Tus hermanas me comentaron que quizás habías salido, que sueles hacerlo en la mañana.

—Hoy no, estaba en el despacho. Esperaba a que te despertaras. ¿Has dormido bien?

Ella lo miró, preguntándose si sería una clase de trampa o interés verdadero.

—Me duele un poco la cabeza.

—Cómo no, si te has bebido media botella de Armagnac. Me gustaría aclararte que ese brandy no es nada barato, así que no lo vuelvas una costumbre.

Ella se ruborizó.

—Lo siento.

—No lo dudo. —Él se detuvo frente a la puerta de su estudio y le abrió la puerta para que pasara. Ella lo hizo—. Respecto a los deberes que le has informado a tu mamá que cumpliste, si son los que yo creo, me temo que hay una confusión.

Henrietta miró a la puerta y consideró la posibilidad de huir de esa conversación. Sentía que se moría de la vergüenza, no solo porque confirmó que no había pasado nada, sino porque él había escuchado la conversación con su madre y pensaba sacarla a colación sin vergüenza.

—No recuerdo mucho de la noche anterior —se excusó.

—Es normal, como dije, te acabaste media botella de uno de mis mejores brandy.

—No tenía intención de beber tanto, yo solo... estaba algo nerviosa.

—Lo que me lleva al tema que quería tratar contigo. —Le señaló la silla frente a su escritorio y ella se sentó. Estaba arrugando su vestido con las manos, pero no pudo evitarlo, menos cuando él, en lugar de sentarse frente a ella, se quedó de pie—. Anoche mencionaste ciertas cosas que me dieron a entender que tu madre te comentó sobre lo que iba a pasar.

Ojalá se abriera la tierra y la desapareciera. No quería saber qué había confesado teniendo el sentido del raciocinio alterado, pero él de todas formas se lo diría.

—Me parece curioso, ¿sabes? —continuó. Su tono era casual, como si no estuvieran hablando de un tema que la mataba de vergüenza—. Desconozco cómo son esas conversaciones entre madre e hija, pero siempre supuse que les informaban sobre la forma en que se realizaba el acto y no sobre la corpulencia del caballero y lo desagradable que podía resultar la consumación.

Henrietta se tapó la cara con las manos para ocultar su vergüenza. No, no pudo haberle confesado eso.

—No sé si me indigna más eso, o que le hayas confirmado que fue una de las peores experiencias de tu vida.

Si se lanzaba por la ventana, ¿cuántas probabilidades tendría de morir? Lamentablemente, pocas, pues estaban en planta baja.

—No podía decirle que no habíamos hecho nada —se defendió—. Me hubiera regañado.

—Al menos pudiste haberle dicho que fue increíble, o por lo menos mejor de lo que pensabas. Ya sabes, por consideración a tu esposo.

Ella estaba a punto de disculparse cuando se percató del brillo burlón de sus ojos.

—Te estás burlando de mí —lo acusó.

Él inclinó la cabeza a modo de asentimiento. Ella se levantó, furiosa.

—Eres un idiota. Estabas disfrutando de mi malestar.

—Pocas veces te he visto avergonzada por alguno de tus actos, tenía que aprovechar.

Ella quiso replicar, pero no supo cómo. Se dejó caer otra vez en la silla.

—Entonces, ¿no estás molesto?

—No. Aunque sí me gustaría hablar seriamente del tema. —Se apoyó en el borde del escritorio y la miró con un sentimiento semejante a la ternura—. ¿Alguna vez te he dado razón para pensar que podría dañarte físicamente?

—No —respondió, dubitativa—. Pero según madre, no es que quieras hacerme daño, sino que es inevitable.

—No soy quién para contradecir a tu madre, ni para juzgar a tu padre, aunque se lo merezca. Sin embargo, tengo que rebatir lo que ella considera una verdad infalible. Sí se puede evitar. Si no quiero hacerte daño, no te lo haré. Y no quiero hacerlo.

Lo último lo dijo en un susurro suave y persuasivo, de esos que compraba la confianza y hacían que el corazón se encogiera.

—Las primeras veces pueden ser incómodas —cedió él—. No te puedo decir con exactitud cuánto, pero estoy seguro de que, si se toma con calma, no entrará en la categoría de desagradable. ¿Lo entiendes?

Ella asintió sin saber qué responder. Era muy incómodo tener esa conversación con él, pero a la vez sentía que era necesaria. Ahora tenía dos perspectivas sobre el acto. ¿Quién le decía la verdad, él o su madre? No veía por qué alguno de los dos tenía que mentirle. A su madre no le convenía que ella huyera del lecho matrimonial, y él no era la clase de caballeros que se tomaban la molestia de envolver a una dama con mentiras para volverla más sumisa.

Él se inclinó hacia ella y sus ojos la apresaron, privándola de cualquier movimiento.

—Lo más importante es que confíes en mí y en que no te haré daño. En circunstancias menos complicadas pospondría la consumación hasta que te acostumbraran a mi presencia, a mi tacto, pero...

—No hay tiempo —culminó ella, ruborizada—. Lo sé. Cumpliré, te lo prometo.

Él apretó los puños y torció la boca, como si no hubiese sido eso lo que quería escuchar.

Le hizo un gesto para que se levantara y Henrietta obedeció. Él tomó su lugar en la silla y la tiró de ella para sentarla sobre su regazo.

—¿Qué estás haciendo?

—Quiero demostrarte por qué la próxima vez que ella te pregunte qué tal la consumación no debes responder que fue desagradable.

La besó antes de que ella pudiera contestar, o entender el significado de sus palabras. El beso fue lento y persuasivo, pero no carente de intensidad. Henrietta sintió que algo de ella empezaba a despertar, un cosquilleo en su cuerpo que la hacía desear seguir probando sus labios, compartir la proximidad.

Los labios de él bajaron hasta su cuello y la sensación se incrementó al punto de llevar las manos a su pecho y apretarle la tela del chaleco. Gimió.

—¿Qué sientes? —preguntó él.

Había alejado los labios de su piel, pero su mano acariciaba la porción de sus pechos que quedaba al descubierto y eso impedía que el cosquilleo se detuviera. Sintió los pezones endurecerse contra su corsé.

—Respóndeme —exigió él.

Bajó la mano hasta abarcar todo su seno e hizo presión.

—Yo... siento como un cosquilleo en todo el cuerpo y una punzada en...

—¿En dónde? —animó él. Bajó la mano por su abdomen hasta la unión entre sus piernas —. ¿Aquí? —Ella asintió, sonrojada. Él la acomodó hasta situarla delante de él, con su espalda pegada a su pecho—. Abre las piernas.

Henrietta dudó, dividida entre la necesidad de obedecerle y el pudor por lo que él planeara hacerle.

—Hazlo.

Ante la orden, sus piernas cedieron. Él posó su mano justo en la unión entre sus muslos y presionó. Ella echó la cabeza hacia atrás y gimió.

—Dime, ¿te parece desagradable?

Negó con la cabeza.

—Quiero escuchártelo decir.

—No.

—¿Quieres que siga?

—Sí —jadeó.

Él comenzó a mover los dedos sobre un punto en particular. A pesar de que la tela impedía el tacto directo, Henrietta sentía que algo dentro de ella estaba a punto de romperse.

Y entonces, tocaron la puerta.

—Henrietta, ¿estás ahí? —preguntó la voz dulce de Alison.

—No le respondas —le susurró él al oído.

Pero Henrietta era incapaz de ignorarla.

—Sí —dijo. No reconoció su voz de lo ronca que estaba.

—¿Puedo pasar?

No supo de dónde sacó la fuerza para levantarse del regazo de Raymond y lograr mantenerse de pie a pesar de que las piernas le temblaban.

—Por supuesto.

La niña abrió la puerta y asomó la cabeza. Cuando vio a su hermano, se sobresaltó. Henrietta también lo miró, y entendió por qué la pequeña se había asustado: tenía una expresión fúnebre.

—Si estáis ocupados...

—Oh, solo hablábamos. Dime, ¿qué deseabas?

—Hoy practico dibujo con la señorita Smith. Quería que me acompañaras y me dieras tu opinión sobre cómo lo hago, si quieres —pidió con timidez.

—Claro que sí. Dame un momento y voy. ¿Dónde es la clase?

—Segundo piso, salón del fondo.

—Allí nos vemos.

Alison asintió y se marchó.

—¿Por qué le has respondido? —se quejó Raymond.

—Hubiese sido grosero ignorarla. Además, ¿te has dado cuenta de lo que me ha pedido? Creo que empiezo a agradarle. ¿No es genial?

—Supongo.

—Deberías hacer un esfuerzo para qué tú también les agrades.

—Soy su hermano.

—Eso no significa que les caigas bien. Creo que les das miedo.

—Imposible. Nunca les he hecho nada.

—No les prestas atención, ni siquiera reconoces a las gemelas. Eres como un extraño para ellas, y es normal que le teman a lo desconocido.

Él abrió la boca y la volvió a cerrar, incapaz de responder.

—Podemos hablarlo después —sugirió ella—. Me tengo que ir.

Él le tomó la mano para detenerla.

—Al menos, ¿dejé claro el punto?

Ella se sonrojó. Aún sentía el centro de su feminidad arder y estaba un poco... frustrada, como si le hubiese faltado algo.

—Sí —musitó.

Salió para no seguir con el tema.

Lo había dejado tan claro, que no dudaba de que la que le había mentido fue su mamá.

Y se alegraba enormemente por ello.

Capítulo 15

Raymond observó a Henrietta marcharse y se convenció de que la intervención de Alison, aunque inoportuna, sí resultó prudente. De haber continuado con ella encima de sus piernas, habrían terminado consumando el matrimonio sobre la silla, lo cual no era la opción más cómoda para la primera vez de una dama. No podía permitirse asustarla de nuevo cuando apenas había logrado calmar sus medios.

O al menos esperaba haberlo hecho. Raymond siempre había sido más de persuadir con acciones que con palabras.

Respiró hondo hasta que se serenó lo suficiente para salir del despacho. Camino a la salida, se topó con las gemelas.

—¿No deberíais estar en clase? —les preguntó.

—Sí, sí, ya vamos —le respondió la que creía que era Rosemary.

—Tu esposa es capaz de diferenciarnos —dijo Rebecca en tono acusador.

—¿Y…?

—¿Cómo ella es capaz de diferenciarnos y tú no? —reprochó la joven.

—Os diferencio —protestó Raymond, que no estaba de ánimo para discusiones—. Solo que a veces os confundo. Es normal.

—A ver, ¿quién soy yo?

—Rebecca.

La joven frunció el ceño y por su disgusto él supo que había atinado. No era mentira que a veces las confundía, pero en general, había aprendido que Rebecca era más autoritaria que Rosemary por lo que si hablaba un rato con ellas las diferenciaba con más facilidad que a simple vista.

—A lo mejor Henrietta le dijo su truco —observó Rosemary.

—¿Te lo dijo? —indagó Rebecca.

No sabía de qué truco hablaban, pero tendría que preguntárselo.

—No. ¿A qué viene este reclamo?

—No lo entiende —dijo Rosemary con tristeza.

—Era esperar demasiado —espetó Rebecca.

Ambas pasaron por su lado, dejándolo confundido. Qué complicadas eran las mujeres. ¿Qué tenía de malo que de vez en cuando las confundiera? Eran idénticas. Para él, era normal no diferenciarlas.

Salió de la casa y se dedicó a dar su paseo matutino por el parque. Le gustaba sentir el aire fresco porque le despejaba la mente.

Pensó en su reciente matrimonio. Aún le costaba un poco asimilar que estaba casado.

Después de la muerte de Margaret, no había querido volverse a comprometer, en parte por el dolor que le generaba su pérdida y en otra parte para fastidiar a su padre, quien había sido demasiado insensible a su sufrimiento para que él fuera condescendiente con sus necesidades. Raymond siempre supo que tarde o temprano tendría que pasar por el altar, pues era muy responsable para obviar por siempre su deber, pero quiso posponerlo todo lo que pudiera para fastidiar al viejo marqués. Al final, el anciano había presionado hasta obtener lo que quería, como siempre.

A pesar de eso, no estaba molesto. Había tenidos sus recelos iniciales respecto a Henrietta, pero ella le estaba demostrando que su vida podía no volverse tan caótica como se la había imaginado. Se estaba ganando la confianza de sus hermanas y eso él lo apreciaba, aunque no se lo dijera. Era muy consciente que desde hacía años las niñas necesitaban una figura femenina con la que pudieran contar. Podía no tener las habilidades que debía poseer una dama, sin embargo, él empezaba a verle otras cualidades, como su empatía y buena disposición. Era una mujercita de lo más curiosa: terca y complaciente, chismosa y educada, amigable, pero también se irritaba con facilidad. Todo en ella era una contradicción que le generaba curiosidad y algo de ternura. Desde la noche anterior, cuando le había confesado su lado más vulnerable, Raymond no podía verla de la misma manera. Era inocente, pero a la vez tenía sobre sí la madurez provocada por tener un deber que cumplir en esa vida y la determinación de hacerlo a toda costa. Había despertado en él admiración, porque eso significaba que, si se quedaba sin nada, no tendría que cargar con una esposa que se lo reprochara, sino con una que vería la situación con objetividad y buscaría la mejor solución.

Henrietta no era lo que buscaba, pero estaba empezando a creer que sí era lo que necesitaba.

En el camino, se topó con algunos conocidos que se habían enterado de la boda y querían felicitarlo o, mejor dicho, saber los pormenores. Raymond no les dio el gusto. Nunca le había gustado darle explicaciones a nadie. Sabía lo que todos pensaban, era consciente de que se regocijaban de su situación y hasta dónde había llegado para solventar su problema, pero no le importaba. Él había tomado su decisión y por el momento estaba conforme con ella.

Pensó en ir a almorzar en el White’s, sin embargo, decidió que mejor volvía a casa. Quería ver a Henrietta, hablar otro poco con ella, y quizás robarle uno que otro beso para que en la noche no se escondiera de él. No estaba de más reafirmarle que sus ideas sobre la consumación eran erróneas.

Sonrió con malicia. Esa parte del matrimonio tampoco sería un problema, estaba seguro.

Cuando llegó a su hogar, un criado le informó que Henrietta se encontraba en la estancia que usaban sus hermanas para ver las clases, lo cual le pareció extraño, porque las lecciones se suspendían por dos horas en el almuerzo y se retomaban en la tarde. Subió hasta allí y las

encontró a las cuatro tiradas en el suelo, con envases de pinturas regados en varios lados. Reían mientras comentaban los dibujos que habían dejado en el centro.

Fue incapaz de decir nada por la sorpresa.

—¡Ray! —exclamó Alison, que fue la primera en percatarse de su presencia—. Has regresado temprano.

—¿Qué estáis haciendo?

—Hicimos unos dibujos y hablamos sobre ellos —comentó con alegría—. Henrietta propuso la idea.

Eso explicaba qué hacían las gemelas allí. No recordaba haber visto a las tres hermanas juntas en otro momento que no fueran las comidas. Se acercó a ellas y se acuclilló a su lado.

—Yo he hecho una rosa —dijo Rosemary mostrándole un dibujo muy preciso de una rosa.

—Yo dibujé un cuervo —observó Rebecca. No era tan preciso como el de Rosemary, pero se entendía el concepto.

Se fijó en uno que parecía un paisaje, aunque no estaba seguro. Los trazos eran imprecisos y algunos colores se mezclaban imposibilitándole distinguir formas.

—¿Es tuyo, Alison?

La niña se rio.

—Es de Henrietta.

Raymond esperaba que fuera una broma, pero el rubor de sus mejillas le indicó que no lo era. Él ya sabía que su fuerte no era pintar, pero no imaginó que careciera de tanto talento.

—¿Es una corriente de arte que no conozco? —preguntó esperanzado.

Ella frunció el ceño y lo miró con disgusto.

—Lo importante no es el resultado, sino lo que se ha querido expresar.

—¿Y qué has querido expresar? ¿El caos de la naturaleza?

—No su... —Calló un momento, como si ni ella misma supiera, lo que era probable—. No importa, no lo entenderías.

—Creo que nadie.

Las niñas intentaron contener la risa.

Antes de que se diera cuenta, algo frío le atravesó la cara. Cerró los ojos por instinto, y cuando los abrió, ella tenía un pincel en la mano, cargado con pintura azul.

No se había atrevido.

—A lo mejor conectarte con el arte te haga entender mejor —dijo, satisfecha.

Se hizo el silencio. Sus hermanas tenían diferentes expresiones de incredulidad en su rostro. Estaban expectantes, esperando su reacción. A él aún le costaba creer que se hubiera atrevido a hacerle esa jugarreta. Le dedicó su mirada más intimidante, pero ella no se inmutó,

convencida de que había hecho lo correcto. Había mucho valor en un cuerpo tan pequeño.

—Sin duda, ha resultado una pincelada inspiradora —replicó, sabiendo que tenía la batalla perdida.

Al ver que no se molestaba, sus hermanas tuvieron la confianza para reírse. ¿Sería verdad lo que ella le dijo sobre que le tenían miedo? Raymond jamás había pensado en ello hasta el momento. No se acercaba mucho a ellas porque no sabía cómo tratar con niñas, pero siempre supuso que ellas sabían que él nunca les haría daño. Sintió una opresión en el pecho al pensar que podía generar miedo en su familia. Su padre habría estado orgulloso, él no.

—¿Cuál es el tuyo, Alison? —preguntó.

La niña lo miró con emoción y le mostró. Era un animal, marrón y con cuatro patas. Raymond se debatía entre un perro, un zorro o un gato. Aun siendo incomprensible definirlo, estaba mejor que el dibujo de su esposa.

—Una mascota. —Optó por lo seguro.

Ella asintió, satisfecha de que lo hubiera entendido.

—Es un perrito. ¿Raymond, podemos adoptar un perrito?

Él empezó a negar con la cabeza cuando Henrietta se sentó y exclamó:

—Sería una idea magnífica. Raymond, adoptemos un perrito.

Él empezaba a sospechar que acababa de adoptar otra niña más en su casa.

—Los perros son muy alegres —protestó Rebecca—. Mejor un gato.

—Los gatos son muy antipáticos —intervino Rosemary—. Yo voto por el perrito.

—Yo preferiría que no tuviéramos una mascota —dijo Raymond.

—Pero si los perritos son muy adorables —dijo Henrietta—. Cuando era niña me encontré uno en el parque y lo llevé a casa, era lo más hermoso que había visto, y muy juguetón, pero mi padre me obligó dejarlo marchar. Desde entonces siempre he querido uno. Por favor, Ray.

Era la primera vez que la escuchaba llamarlo por el diminutivo de su nombre. Le gustó. Implicaba más confianza, intimidad.

—Lo pensaré.

Y su conclusión sería que no, pero ellas no tenían por qué saberlo por el momento. Alison y Rosemary asintieron, satisfechas. Él sabía que pronto se les olvidaría el tema. Henrietta, en cambio, lo miró de forma acusadora, seguramente había deducido su plan.

—Yo creo...

—¡Henrietta! —exclamó la señora Callen desde la entrada—. ¿Qué haces en el suelo?

El regaño tuvo el mismo efecto que habría tenido si Henrietta tuviera ocho años. Esta se levantó de un brinco y la miró con nerviosismo.

—Dibujamos.

—¿En el suelo? ¿Cómo se os ocurre? ¡Te has ensuciado todo el vestido!

—¿Por qué no bajáis al comedor? —le dijo él a sus hermanas, que miraban la escena con extrañeza—. Ya el almuerzo debe estar por servirse. Nosotros os acompañamos en un momento.

Ellas asintieron. La señora Callen estaba tan inmersa en su regaño que no notó cuando sus hermanas se marcharon.

—No puedes estar dando ese ejemplo a las niñas. Eres la señora de esta casa y...

—Y como señora de la casa puede hacer lo que quiera —intervino él. ¡Cómo le desagradaba esa mujer! Tenerla en su casa sería una prueba de paciencia—. Incluso sentarse en el suelo a dibujar con mis hermanas.

—¡Milord! —La señora Callen recién parecía haberse percatado de su presencia—. Disculpe. No quería insinuar... Solo procuro que Henrietta pueda ser el mejor ejemplo para sus hermanas y una esposa ideal.

—No dudo que lo será. Estoy seguro de que usted ha sido parte fundamental en su buena educación, señora Callen, y ahora ella es una mujer perfectamente capaz de llevar su nueva vida como lo crea más conveniente, y que, si necesita algún consejo, irá a solicitárselo, pero no creo que sea el caso.

Como supuso, la dama no se atrevió a replicarle. No era tan valiente cuando le plantaban cara.

—Por supuesto. Yo... venía a comentarle que el almuerzo estaba listo. Los espero abajo.

Se marchó con premura.

—Perdón, mi madre a veces puede ser un poco...

—¿Impertinente? ¿Autoritaria?

—Complicada —culminó ella en voz baja.

—No puedes dejar que te siga regañando como si tuvieras ocho años.

—Lo sé, pero con el tiempo he aprendido que es mejor no llevarle la contraria y fingir que tiene razón.

Se encogió de hombros, como si no le importara. A Raymond sí le importaba.

—Hacer eso le dará motivo para seguir creyendo que tiene autoridad sobre ti y tratarte como una niña. Eres una mujer, Henrietta. Y la señora de esta casa.

Ella lo miró con esos ojos de cachorro curioso.

—¿De verdad puedo hacer lo que quiera? —preguntó con voz dulce.

—Dentro de lo razonable, por supuesto, pero sí. Es tu casa, si quieres estar acostada en el piso dibujando, puedes hacerlo. Asumo que tienes el sentido común para comportarte mejor en público. También puedes tomar decisiones.

—¿Y tengo que consultártelas todas?

—Si son prudentes, o relacionadas al manejo de la casa, no. —De pronto, cayó en la

cuenta de a dónde quería llegar ella—. Antes de que lo preguntes, no, no puedes traer un perrito sin mi autorización.

Ella hizo un puchero.

—Pero son tan lindos y amigables.

—Son ruidosos, muerden cosas y causan desorden.

—Lo educaremos bien —prometió Henrietta.

—No.

—¡Qué amargado eres! ¿Ni siquiera puedes ceder para darle placer a tu esposa?

Él sonrió.

—¿Y qué hace la esposa para darme placer? —preguntó con voz ronca.

Ella era tan inocente que no captó su indirecta.

—¿No te basta con que tolere tu humor endemoniado?

Él se rio. Se acercó a ella hasta que estuvieron a un palmo de distancia.

—No. Y puedo darte placer sin necesidad de traer un perro a esta casa —le susurró cerca del oído. Ella se ruborizó.

—Raymond —musitó.

A él le sonó como una súplica. Sus ojos fueron a sus labios y se inclinó para besarla. Casi los toca cuando una voz en la puerta los interrumpió.

—¿No vais a venir? Tengo hambre.

Raymond consideró con seriedad mandar a Alison a vivir a otra propiedad.

—Sí, ya vamos —se las arregló para decir Henrietta y se alejó. Su respiración sonaba igual de frustrada que la de él.

La niña desapareció y Henrietta se dirigió con prisas a la puerta, casi huyendo. Se preguntó si aún seguiría asustada.

Esperaba que no, porque el deseo que sentía por ella se activaba apenas la veía. Quizás fuera que llevaba demasiado sin una mujer, pero deseaba aprisionarla, besarla, perderse entre sus generosos pechos y enterrarse en su cálido interior. Solo imaginarlo le causaba un dolor en la entrepierna. Dudaba que pudiera pasar otra noche sin hacerla suya. Y esperaba no tener que hacerlo.

Capítulo 16

El día estaba pasando con más rapidez de lo que Henrietta esperaba. En un parpadeo pasaron de almorzar a cenar y la noche cubría con su oscuridad los últimos resquicios de sol. Las niñas habían terminado hacía tiempo y se habían ido a acostar, al igual que su madre. Raymond también había acabado, pero observaba con paciencia y una copa de vino en la mano cómo ella jugaba con la mitad de su plato que aún quedaba lleno.

—¿Estás segura de que te vas a comer eso? Me da la impresión de que ya no tienes hambre.

—Oh, claro que tengo hambre. Sucede que yo como lento. Muy lento.

—Pero hoy estás comiendo más lento que de costumbre, mucho más que ayer, me atrevería a decir. ¿Algún motivo en particular?

Él sabía tan bien como ella que estaba retrasando el momento de subir a su habitación. Puesto que estaba segura de que no pensaba invitarla a tomarse una copa, los nervios de Henrietta habían conseguido otra solución para retrasar lo inevitable. No sabía por qué seguía tan inquieta. Él le había demostrado que no era tan malo como se lo imaginaba, pero una parte de ella insistía en que aún había una parte del acto que desconocía, y, por lo tanto, no podía fiarse.

Era muy consciente de que no podía quedarse allí toda la noche. Tarde o temprano Raymond se hartaría de seguirle el juego y hablaría sin tapujos.

—Ninguno.

—¿Segura?

¡Qué odioso era! Henrietta todavía no podía discernir si se burlaba de ella o estaba irritado. Su semblante parecía tallado en piedra: ninguna expresión cruzaba por su cara.

—Está bien, no tengo hambre. Solo no quería hacerle un desprecio a la cocinera.

Entonces, él sonrió. La sonrisa más sincera que le había visto hasta el momento, sin malicia o picardía, sino pura diversión.

—Mentirosilla. ¿Alguna vez se te quitará esa mala costumbre?

—¿Cuál?

—Mentir.

—No mien...

Calló cuando él arqueó las cejas. Era ridículo negarlo. Sí, mentía a menudo, a veces incluso de forma inconsciente. Era una costumbre que había adquirido para liberarse de los reproches, inicialmente de su madre, y después de todos los demás.

Raymond se levantó y le ofreció una mano que ella aceptó. Estaba cálida y el tacto le produjo un pequeño estremecimiento de placer. Recordaba cómo se sentía el tacto de esa mano en diferentes partes de su cuerpo. Quería volverlo a sentir.

Su cuerpo se encontró en una paradoja. Estaba nerviosa, pero el tacto de él le causaba un cosquilleo tranquilizante, que le decía que todo estaría bien, que se animara a seguir.

Caminaron en silencio. Cuando llegaron al pasillo de las habitaciones, empezó a respirar con dificultad. ¿Irían a su habitación o a la de él? ¿Había alguna diferencia? ¿Una regla que desconocía? Los pensamientos le atropellaban la cabeza. Estaba tan inquieta que era la única forma que encontraba de distraerse, aunque eso la pusiera aún más nerviosa.

Dejó que él la guiara, y cuando las dos habitaciones quedaron a la vista, Raymond también pareció dudar de a dónde llevarla. Después de debatirlo unos segundos, optó por la de él.

A diferencia de la suya, que estaba decorada en bonitos tonos rosas pastel, en la habitación de él predominaban el gris y el negro. Solo resaltaba la gran cama de dosel que estaba cubierta con sábanas blancas y ocupaba gran parte de la habitación.

El sonido de la puerta al cerrarse la sobresaltó.

«Todo estará bien», se recordó. No tenía por qué ser terrible. No lo había sido hasta el momento y si todas las mujeres pasaban por ello, sin duda debía ser, al menos, tolerable.

Se giró hacia él y lo encontró a solo un palmo de distancia. Su sola altura bastaba para intimidarla, pero eso no era lo único que sentía su cuerpo al tenerlo tan cerca.

—Un penique por saber qué estás pensando —dijo él para aligerar el ambiente.

Ella intentó sonreír.

—Pienso muchas cosas. Necesitarás al menos una libra.

Él curvó los labios sin llegar a sonreír. Henrietta se sobresaltó cuando una de sus manos fue a parar a su mejilla.

—No te voy a hacer daño —murmuró con sinceridad a la vez que la acariciaba con el pulgar—. Tienes que confiar en mí.

—Lo hago —respondió con rapidez.

La expresión de él se tornó seria. Algo lo había disgustado. Sintió la mano que tenía en su cara tensarse.

—No tienes que ser así conmigo.

Henrietta lo miró con confusión.

—¿Así cómo?

—Complaciente por temor a mi reacción. No tienes que ocultarme si te sientes incómoda o no confías en mí. Sé que no eres así por naturaleza, y ya lo sabía cuándo accedí a casarme contigo. El matrimonio no cambia nada. No tienes la obligación de agradarme. Resulta incluso molesto.

Henrietta parpadeó con perplejidad. Cuando había respondido, lo había hecho por instinto. Era demasiado pronto para confiar ciegamente en él, aunque quisiera, pero su lado

sensato la había impulsado a decir lo que supuso que él quería escuchar. La necesidad la obligaba con frecuencia a adoptar ese comportamiento y tenía miedo de que, si no le cumplía, dejara a su madre y a ella desamparada. Él le había dicho que siempre se ocuparía de ellas, pero no quería arriesgarse. No podía.

No supo qué responder.

Él le colocó la mano sobre los hombros.

—Pase lo que pase, a ti y a tu madre nunca os faltará nada, te doy mi palabra —dijo con solemnidad.

La palabra de un caballero era sagrada.

Henrietta sintió que le quitaban el peso de la responsabilidad. Por primera vez en mucho tiempo, sintió alivio y paz. Necesitaba tanto confiar en eso que decidió creerle. Necesitaba creer que era libre, que ella estaría bien, y su madre también. Que se había acabado todo.

Su cuerpo empezó a temblar y sintió que los ojos se le aguaron. No se había percatado de lo mucho que la afectaba esa situación hasta ese momento. No se había atrevido a bajar la guardia ni con el matrimonio, pero él había sonado tan sincero, que sus barreras cedieron ante la necesidad de que alguien más compartiera su carga, la ayudara. Y estaba muy agradecida por ello.

Podía ser un gruñón insoportable, pero era un caballero honorable y bueno.

Lo abrazó.

Al principio, él se quedó tenso ante su toque, hasta que sus brazos la envolvieron para devolverle el abrazo. A pesar de que ella sentía su recelo, él no se apartó y se lo agradeció. Le hacía bien sentir el calor de su cuerpo. Su abrazo le inspiraba la seguridad que necesitaba.

—Quizás sea mejor que vayas a dormir —le susurró él cerca del oído.

Ella se alejó lentamente. Sentía sus mejillas bañadas en lágrimas y supuso que esa era la razón por la que él la miraba con preocupación. Esbozó una sonrisa.

—Estoy bien —le aseguró limpiándose la cara—. Es solo que... yo... Eh... Gracias —musitó con sinceridad.

Sentía que la palabra se quedaba corta para decirle todo lo que quería expresar, pero también supuso que quizás él se sentiría muy abrumado si ella le confesaba el peso que había quitado de sus hombros. No era un hombre que supiera manejar las reacciones emocionales. Además, Henrietta había pasado años siendo víctima de lástima por parte de aquellos que la rodeaban y estaba cansada. Quería olvidar todas las veces que tuvo que humillarse, que fingir para agradar a alguien solo por necesidad. Ya no la tenía y quería disfrutar el momento.

—¿Estás segura que...?

Ella no lo dejó continuar. Colocó las manos sobre los hombros de él y los usó de impulso para saltar y darle un beso. Como era tan alto, apenas pudo rozarle los labios antes de que su

coronilla volviera a quedar debajo de su barbilla. No obstante, ese pequeño contacto bastó para que él bajara la cabeza y tomara posesión de sus labios. El beso fue lento al principio, y después fue subiendo de intensidad hasta que ella se encontró rodeada por completo por los brazos de él. Era tan grande y ella tan bajita que sentía que él podía aplastarla en cualquier momento, pero no tenía miedo. Le gustaba esa sensación de ser rodeada por él. Le inspiraba protección, seguridad.

Las manos de él recorrieron su cuerpo en lentas caricias. Sus dedos se deslizaban por sus brazos desnudos con suavidad. Apenas se sentía como el roce de una pluma, pero se le erizaron los vellos y sintió la necesidad de tenerlo más cerca. Sus labios se separaron para buscar aire y aprovecharon para mirarse a los ojos. Henrietta se estremeció ante el deseo que vio en esas profundidades azules, tenían la misma agitación que un mar en plena tormenta. La respiración de ambos era agitada.

—Date la vuelta —le pidió él en un susurro.

Ella obedeció sin pensar. Una punzada de miedo la invadió cuando él empezó a desatarle los lazos de su vestido, pero se obligó a controlarla. Podía hacer eso. No tenía por qué ser tan malo. El beso no fue malo, entonces, ¿por qué lo demás lo sería?

Un cosquilleo en el cuello la distrajo. Él la estaba besando allí, y el punto era tan sensible que no pudo evitar un jadeo. Su cuerpo se vio recorrido por un estremecimiento de placer y estaba tan concentrada en ello que no notó cuando su vestido cayó al suelo. Tampoco fue consciente del momento en que desató su corsé, y solo se percató de que este no estaba porque el aire frío le endureció los pezones. Enrojeció y quiso cubrirse, pero él colocó sus manos sobre los hombros y presionó. Ella sintió que le temblaban las piernas. La instó a girarse.

Cuando vio sus pechos cubiertos solamente por la camisola, se quedó sin palabras. Henrietta podría describir su expresión como la de un lobo hambriento al que le acababan de poner frente a un pedazo de carne.

Él extendió las manos y las tocó. Gimió cuando lo hizo, y Henrietta también.

—No es muy caballero de mi parte admitirlo, pero quise tocarlas desde la primera vez que las vi.

Empezó a apretarlas y a rozar sus pezones, por lo que a ella se le hizo difícil elaborar una respuesta.

—Son muy grandes. —Fue lo único que se le ocurrió decir, porque era lo que siempre le decía su madre. Solía comentar que le quitaban delicadez a sus apariencias.

—Son perfectas —musitó con voz ronca.

Para sorpresa de Henrietta, se inclinó para tomar uno de los pezones en la boca. A pesar de la tela, ella sintió que todo su cuerpo recibía una descarga de placer. Posó las manos sobre sus hombros para no perder el equilibrio porque las piernas empezaban a fallarle. Él no tuvo piedad, chupó uno y luego el otro, hasta que la camisola lo fastidió y se deshizo de ella para disfrutar de

su manjar sin ninguna interrupción. Ella pasó las manos por su cabeza e inconscientemente lo atrajo más hacia sí. Él la rodeó con sus brazos y la llevó a la cama, donde tuvo mayor comodidad para dedicarse a torturarla.

—Raymond —musitó.

No sabía qué quería, pero tenía una presión entre las piernas que la instaban a apretarla para que desapareciera.

Él se alejó solo para quitarse su ropa. Henrietta lo miró hasta que empezó a quitarse los pantalones. Entonces, desvió la vista, avergonzada. La habitación estaba bien iluminada debido al fuego de la chimenea y unas cuantas velas. No había nada que ocultar. De pronto, cayó en la cuenta de que ella solo estaba cubierta por unas medias, ya que incluso su enagua había desaparecido. Extendió la mano para tomar la sábana y cubrirse.

—No —ordenó él.

Ella lo miró. Fue un error. Estaba completamente desnudo, y una vez sus ojos se posaron en él, se vio incapaz de apartarlos. Llena de curiosidad, lo examinó. Nunca había visto un cuerpo masculino sin ropa y le pareció fascinante. Su mirada se vio atraída por el gran miembro entre sus piernas y la punzada en su centro aumentó, como si supiera algo.

Él se recostó a su lado. Tenía una sonrisa arrogante, pero no dijo nada, sino que volvió a apoderarse de su boca. El cuerpo de Henrietta no tardó en abandonar otra vez los recelos para responder.

Mientras su boca exploraba su cuello, la mano de él viajó hasta la unión entre sus piernas.

—Ábrelas —ordenó.

Sonrojada, Henrietta lo hizo. La caricia de sus dedos en esa zona íntima se sintió como el primer bocado de su postre favorito. Su cuerpo estalló en sensaciones placenteras que se incrementaron cuando rozó el punto específico que le molestaba.

Gimió.

—Estás húmeda —musitó él cerca de su oído.

Sí, lo estaba. Ella no sabía porqué, pero él sonó muy complacido por ello.

—Tu cuerpo está listo para mí. ¿Tú lo estás?

Henrietta tardó en responder. Era difícil concentrarse cuando él seguía rozando de vez en cuando ese punto sensible. Que palpitaba por atención. Sentía que necesitaba algo, pero nunca se quedaba el tiempo suficiente ahí para dárselo. Estaba tan ansiosa que estaba dispuesta a rogar, si tan solo supiera lo que quería.

—Raymond, por favor.

—¿Qué quieres, cariño?

Él volvió a rozar ese punto, demostrándole que sabía exactamente lo que quería. Era perverso. Ella lo miró mal, pero él no cedió.

—¿Quieres que te toque? —preguntó en un susurro.

—Sí.

—¿Dónde?

Ella enrojeció.

—Tú sabes dónde.

—Dímelo. ¿Quieres que te toque entre las piernas?

—Sí.

—Dímelo.

—Quiero que me toques entre las piernas. —Y al carajo el orgullo.

Él empezó a acariciarla, pero no dónde quería. Rodeaba deliberadamente ese punto.

—¿Por aquí? —preguntó.

—No.

—¿Aquí? —Rozó su entrada.

—No —lloriqueó—. Por favor.

—Entonces a lo mejor es aquí.

Y por fin la tocó donde quería. Su respuesta fue un gemido. Se sentía tan bien que no tomó en cuenta la satisfacción de su mirada. Podía creerse lo que quisiera mientras la siguiera haciendo sentir así.

—¿Quieres que vaya más rápido?

—Sí.

Y él la rozó con más rapidez. Ella sintió que una presión se acumulaba dentro de su cuerpo hasta que esta estalló en una ola de placer que la hizo temblar y jadear.

Cuando abrió los ojos, él la estaba mirando, ya no con satisfacción, sino con ternura. Le acarició la mejilla.

—¿Todavía tienes miedo?

Ella negó con la cabeza.

—Lo que viene puede ser incómodo, pero pasará, te lo prometo. ¿Estás lista?

Henrietta asintió.

Él se puso encima de ella. Su cuerpo la cubría por completo. Le abrió un poco más las piernas y la instó a rodearle la cadera con estas. Sintió la punta de su miembro presionar su entrada y se tensó cuando un dolor punzante la atravesó ante la invasión.

—Pasará —musitó él y le dio un largo beso para relajarla.

El dolor sí pasó, aunque requirió de cierto tiempo hasta que se acostumbró a la sensación de tenerlo dentro. Él empezó a moverse con lentitud y después aumentó el ritmo. Henrietta sintió que la presión volvía a crecer y pronto se encontró jadeando de nuevo, disfrutando de las embestidas masculinas y perdiéndose en el placer del acto.

No solo no había sido tan terrible como lo imaginaba, sino que superaba cualquier cosa que hubiera sentido jamás, y estaría muy dispuesta a hacerlo cuantas veces fueran necesarias.

Capítulo 17

Físicamente estaba agotado, pero no tenía sueño. Henrietta tampoco, porque lo estaba mirando como si intentara descifrar un misterio en su cara.

—Es tarde, deberías dormir.

—Supongo.

Ella miró hacia la puerta y suspiró. Empezó a incorporarse, pero él la detuvo.

—Te puedes quedar aquí.

No tuvo que repetírselo, ella acomodó la almohada y se arropó. Después, continuó mirándolo como una niña pequeña observaría algo que acaba de encontrar particularmente interesante. Raymond no pudo resistirse a tomarle el pelo.

—¿En qué piensas? Espero que no sea en que fue la peor experiencia de tu vida, porque hice mi mayor esfuerzo.

A pesar de la oscuridad, él notó su sonrojo y sonrió. Le gustaba molestarla porque su expresión avergonzada era única. Se ponía roja como una fresa y fruncía el labio para hacerle saber su disgusto, eso cuando no se tomaba en serio sus palabras. También le divertía cuando lo hacía. Siempre buscaba una manera ingeniosa de salir del problema. A Raymond empezaban a fascinarle cada uno de sus gestos. Sentía la necesidad de explorarlos y llevarla al límite. Sabía que ella era una pequeña tormenta a quien la sociedad tenía contenida en una burbuja. Cuando explotaba, podía ser fascinante. A Raymond le gustaba ver a la gente perder el control, solía decir mucho de las personas cómo reaccionaban a una provocación.

—Nunca me dejarás olvidarlo, ¿verdad?

—Quizás algún día.

Él se giró para poder observarla mejor. Tenía la sábana hasta el cuello, un gesto de pudor que consideraba innecesario dado lo que acababa de pasar, pero esa noche optaría por no incomodarla más. También sabía hasta donde llegar antes de que ella decidiera marcharse. Él no quería que se fuera.

—Qué odioso eres.

—Tú me das demasiado material.

Ella no contestó e hizo el puchero que estaba esperando. Sí, a veces estaba seguro de que había adoptado a una niña con el cuerpo de una mujer.

Se miraron en silencio por varios segundos. No sabía qué estaba pensando ella, pero a Raymond sí se le vinieron muchas ideas a la cabeza, entre ellas, que ya habían comenzado la última fase del plan: intentar engendrar un heredero.

Reducir lo que acababan de hacer a eso le provocó asco. No era que viera el acto como algo mágico, pero sí quería verlo como algo más que un deber. Sabía que ella había disfrutado;

sin embargo, el sentimiento de que se había entregado a él por obligación le generó incomodidad. En otras circunstancias, se habría tomado el tiempo para seducirla durante días. A Raymond le encantaban los juegos de causar expectación, dejar frustraciones acumuladas. Hubiese visto hasta donde podía aguantar ella antes de pedirle que consumaran el matrimonio. O hasta donde podía aguantar él, porque visto lo que ella le provocaba, dudaba que hubiese soportado mucho. Pero al menos no hubiera tenido que usar sus mejores palabras de persuasión y firmeza para subirla a su cuarto ese día. Era decepcionante.

Y todo por un heredero.

—Raymond, ¿tú quieres tener hijos?

Él parpadeó sin entender.

—No me refiero a que debes tener hijos —aclaró ella al ver su confusión—, te pregunto si los quieres de verdad.

Él nunca se había puesto a pensar en ello. En su educación como heredero, tener hijos era una obligación, y sabía que casarse siempre implicaría lo segundo. Nunca tuvo la opción de elegir, y de tenerla no sabría qué escoger.

—¿Quieres verlo crecer? ¿Enseñarle a caminar? ¿Ayudarle a decir sus primeras palabras? ¿Lo escucharás cuando tenga un problema? Sé que no es común en nuestro mundo interactuar demasiado con los niños si se tiene quien los cuide, pero sí me gustaría que nuestro hijo sintiera que su papá lo ve como algo más que el heredero.

El comentario lo descolocó, y ni siquiera supo por qué. Quizás porque su padre siempre lo vio a él solamente como un heredero. De adulto ya no le importaba, pero cuando era más pequeño siempre luchó por obtener un poco de atención de su progenitor. Con el tiempo descubrió que eso no pasaría, y se convenció de que así funcionaban las familias. Por eso, lo que le planteaba Henrietta le sonaba ajeno y le costaba procesarlo. ¿Quería hacer todo eso? ¿Comprometerse hasta ese punto? ¿Obtendría una satisfacción en ello?

Esta lo miraba esperando una respuesta, así que se aclaró la voz y dijo lo que pensaba.

—Sí lo querría, más allá de que fuera el heredero, sería mi hijo.

Eso Raymond sí lo tenía muy claro. No trataría a su hijo igual que su padre lo trató a él, pero tampoco sabía si sería capaz de darle la dedicación que Henrietta le estaba planteando. No sabía cómo.

Ella se incorporó un poco y colocó la cabeza sobre su mano, con el codo apoyado en el colchón. Lo miró como si supiera exactamente lo que estaba pensando, y su expresión compasiva lo incomodó.

—¿Y se lo demostrarías?

Él no respondió. Henrietta sonrió.

—No basta con querer a una persona, Ray, hay que demostrárselo.

—¿Cómo? —preguntó, sin siquiera pensarlo.

—Diciéndoselo, dándole atención, escuchándolos. Antes de que llegue el niño, podrías practicar con tus hermanas.

Raymond no supo si gruñir o reírse. Empezaba a darse cuenta de que esa mujercilla nunca abandonaba un tema, y la relación con sus hermanas parecía preocuparla mucho. Raymond admitía que no era un hermano demasiado amoroso, pero tampoco consideraba que hubiese sido malo. No les gritaba ni las trataba mal.

Su expresión debió delatar lo que pensaba, porque ella dijo:

—Las ignoras. No puedes ignorar a los niños, Ray, se sienten muy mal.

Él lo sabía, y por el tono triste en que lo dijo, ella también.

—No sé cómo tratar con ellas —admitió.

Las mujeres en general siempre le habían parecido complicadas, y las niñas aún más. Nunca sabía qué querían, y sentía que cualquier cosa que dijese estaría mal. Como no era un hombre acostumbrado a equivocarse, optaba siempre por lo seguro, que solía ser no centrarse demasiado en ellas.

—Yo puedo ayudarte. Me gustan mucho los niños, ¿sabes? Siempre quise una familia numerosa. Es muy triste ser hija única.

—¿Entonces quieres más de un hijo?

—Si la vida me los concede, sí. Quiero al menos tres. Y uno o dos perritos —añadió con picardía.

Él gruñó.

—Me temo que solo podré complacerte con los niños.

—¿Puedes asegurarme que me vas a dar tres?

Él se inclinó hacia ella.

—Pondré mi mayor esfuerzo para que así sea.

Y la besó para demostrárselo.

***

Era más de media tarde y Henrietta estaba aburrida. Raymond había salido, y ella en la mañana ya se había dedicado a recorrer lo que le faltaba de la casa. También había hablado con el ama de llaves para ponerse al día con el manejo del hogar, tal y como le había sugerido su madre, pero no perdió mucho tiempo en eso porque, a su parecer, todo funcionaba perfectamente. Decidió ir a la biblioteca a buscar esos libros que Raymond le había dicho sobre ese tal Volta que le habían mencionado en una ocasión, y cuando entró, se encontró a Alison recostada en la butaca mirando por la ventana con expresión triste.

—Alison —la llamó. La niña la miró con ojos aguados—. ¿Qué sucedió?

—Rosemary y Rebecca estaban jugando a las carreras, y yo era quien decidía quién

ganaba. Pero me aburrí y les dije que yo también quería correr. No me dejaron, discutimos y me dijeron que mejor me marchara.

A Henrietta se le encogió el corazón al escucharla. Sabía que las gemelas no habían actuado de mala fe, pero le dolía ver a Alison llorar. Ella también sabía lo que era sentirse excluida.

—Oh, querida —le dijo mientras se sentaba a su lado—. Sabes que no puedes hacer mucho esfuerzo porque te pones enferma. Tus hermanas solo querían cuidarte.

—¡Estoy cansada de ser defectuosa! —chilló. Sus mejillas estaban bañadas en lágrimas —. Quiero correr como ellas, subir a los árboles como ellas, nadar en el lago. ¡Quiero ser normal! ¡Nadie me querrá si no puedo igualarlos!

Henrietta le rodeó los hombros con los brazos.

—No eres defectuosa, no digas eso —la reprendió—. Solo tienes una condición especial y hay que aceptarlo porque no se puede cambiar. Puede que no puedas hacer muchas cosas, pero hay muchas otras que sí puedes hacer y hay que centrarse en ellas.

—¿Cómo cuáles? ¿Pintar? ¿Bordar? ¿Ser quién solo ve cuando los demás se divierten?

Henrietta pensó en la situación. Entendía lo que era sentirse apartada, diferente, y sabía que en el caso de Alison era peor, porque lo suyo era una condición que no podía cambiar. Tenía que buscar actividades que le permitieran integrarse sin ponerla en riesgo, y sin que ella sintiera que no estaba haciendo nada importante.

—Ven conmigo —dijo levantándose. Se le acababa de ocurrir una idea.

Alison se limpió las lágrimas.

—¿A dónde?

—A jugar a algo que te gustará, y no te pondrá en riesgo. Tus hermanas se nos unirán.

—¿Qué es?

Henrietta sonrió.

—Ya lo verás.

Salieron al jardín, donde las gemelas estaban jugando a las carreras. Henrietta silbó para llamar su atención. Ellas regresaron corriendo.

—No podíamos dejar que se uniera a la carrera —se justificó Rebecca—. Se iba a enfermar.

Alison abrió la boca para protestar, pero Henrietta pidió silencio alzando una mano.

—Alison ya es consciente de que no puede poner su vida en riesgo por un juego. Sin embargo, hay muchas otras cosas que pueden jugar juntas, y se me acaba de ocurrir una increíble. —Guardó silencio para generar expectación y luego dijo—: ¡Vamos a crear una obra de teatro!

La respuesta no fue tan entusiasta como Henrietta esperó. Las niñas, incluso Alison, la

miraron como si se hubiera vuelto loca.

—Será divertido —dijo Henrietta—. Inventaremos una historia, unos personajes, e iremos improvisando los diálogos a medida que vayamos haciendo la obra. Es un gran ejercicio de creatividad, y no requiera de mucho esfuerzo.

Las gemelas se miraron entre sí, considerándolo. Alison seguía dudosa.

—¿Cuál sería el escenario?

—Aquí mismo, por supuesto.

—Podemos hacer la historia de una princesa que se enamora de un caballero y hace todo lo posible para casarse con él —sugirió Alison, más emocionada.

—Uy, no, romance no —protestó Rebecca—. Mejor una princesa a la que persiguen para asesinarla porque ella es la única que sabe un secreto que podría destruir el reino.

—No me gustan los asesinatos —replicó Rosemary—. Prefiero la historia de amor.

—Me niego a participar en una historia de amor. Todo es tan insípido —dijo Rebecca.

Las niñas siguieron discutiendo hasta que Henrietta intervino.

—Quizás no quieran matar a la princesa, sino encerrarla en una torre para siempre. Y mientras escapa, un caballero con brillante armadura la rescata y la ayuda a deshacerse del cruel perseguidor.

Rosemary y Alison asintieron en conformidad. Rebecca accedió con más recelo. Finalmente, quedaron en que Alison sería la princesa, Rosemary la perseguidora, Rebecca el rey malvado que la manda a encerrar en una torre para que no revele su terrible secreto y Henrietta el caballero de brillante armadura.

—Y cuando la encontréis, traedla como sea —dijo Rebecca a una Rosemary que estaba arrodillada frente a ella—. Arrastradla por los cabellos si es necesario...

—Yo no quiero que jalen el cabello —se quejó Alison.

—Arruinas mi discurso —protestó Rebecca.

—Continuad —dijo Henrietta—. Nadie te va a jalar por los cabellos —le prometió a Alison.

—Ve por ella, leal hombre, y no me falléis.

Y así continuó la obra. Henrietta se dio cuenta de la presencia de Raymond cuando le estaba haciendo su declaración de amor y fidelidad a Alison. Su semblante intentaba parecer imperturbable, pero ella notó la risa bailando en sus labios.

—¿Habéis perdido el juicio?

—Es una obra de teatro —explicó Rosemary—. Fue idea de Henrietta.

—No se me hubiese ocurrido otro autor de tan extraño entretenimiento.

—Ahora que Ray está aquí, ¿puede ser el caballero de brillante armadura? Lo has hecho

muy bien, Henrietta, pero ha sido raro escuchar cómo te me declaras. No pareces un caballero.

—Sin duda vuestro hermano lo haría mejor.

—Ni lo soñéis —advirtió Raymond ante la mirada significativa que le lanzó Henrietta.

—Por favor, Ray —pidió Alison—. Tú sí pareces un caballero de brillante armadura.

—No.

—A mí se me haría raro ver como Ray te declara amor, Alison —dijo Rosemary—. Mejor que Henrietta sea la princesa.

—¿Y dónde quedaría yo? —preguntó la niña, enfurruñada.

—Puedes ser su escudero —dijo Rebecca.

—O la doncella que escapó con la princesa para cuidarla —añadió Rosemary—. La que protegerá su honor y se asegurará de que el caballero tenga buenas intenciones con ella.

Alison lo pensó un momento antes de asentir.

—Entonces, repetimos la escena del encuentro con el caballero —preguntó Rosemary.

—Sí —dijo Henrietta—. Raymond, ¿a dónde vas?

—Adentro.

—¿No vas a jugar con nosotras? —preguntó Alison.

—La verdad me hubiese sorprendido de que lo hiciera —comentó Rebecca.

La niña no lo había dicho con malicia, pero la frase consiguió que Raymond se detuviera. Las miró, y Henrietta intentó que su mirada le dijera: «recuerda lo que hablamos anoche». De alguna manera, él lo entendió, porque cerró los ojos, masculló algo que sonó como una maldición y caminó otra vez hacia ellas.

—¿Qué tengo que hacer?

Alison soltó un chillido de alegría.

—Henrietta es la princesa, pregúntale si está bien

—¿Estás bien? —preguntó con el ceño fruncido.

—¡Así no! —se quejó Alison—. Con pasión. Dile: «Honorable dama, la he visto correr a lo lejos y mi instinto me dijo que me acercara. ¿Necesita ayuda?». O algo así.

Raymond miró a Henrietta con súplica y esta le sonrió, animándolo. Él suspiró con resignación.

—Honorable dama. La he visto correr a lo lejos y presentí que necesitaba ayuda. ¿Se encuentra bien?

Lo dijo con el mismo ánimo con el que hubiera podido dar los buenos días, pero al menos se esforzó en el diálogo.

—Oh, mi señor, alguien me persigue —dijo Henrietta con dramatismo, mirando a los lados como si temiera que la encontraran—. Mi malvado padre me ha mandado a secuestrar porque teme que confiese el secreto que supondrá su caída. Ayúdenos, por favor.

—Mi señora necesita su ayuda, honorable caballero. Por favor, brídenos su protección. ¡Ahí viene el atacante!

Rosemary se paró frente a ellos, con la rama que hacía de espada apuntando amenazadoramente.

—Princesa, venid conmigo o pereceréis.

—Caballero, por favor, sálveme.

Alison le hizo entrega a Raymond de una espada que este aceptó con recelo.

—Lucha contra él —siseó Alison.

Rosemary gritó y corrió hacia ellos rama en mano. Por instinto, Raymond bloqueó el ataque y todos los que le siguieron.

—Ataca —dijo Henrietta.

Pero él no sabía cómo. Rosemary cada vez atacaba con más fuerza, hasta hacerlo retroceder. Finalmente él, a Rosemary se le resbaló el arma.

—Oh, mi espada. Ahora qué voy a hacer.

—Ataca —lo instó Alison—. Es tu momento.

Él, dubitativo, tocó con la rama a Rosemary, quien cayó al suelo con dramatismo.

—Oh, muero sin cumplir mi misión, pero Dios sabe que he luchado por ello.

Y cerró los ojos.

—Brillante caballero, ¡ha salvado a la princesa! —exclamó Alison.

—Y le estoy muy agradecida —dijo Henrietta con dulzura.

Esperó que él entendiera que sus palabras iban más allá de la obra.

Él se inclinó en reconocimiento.

—Encantado de servirla.

—Caballero —dijo Alison—. Usted ha salvado a la princesa y puede, por eso, optar a su mano. ¿Está dispuesto a casarse con ella, amarla y protegerla para siempre?

—Daré mi vida si es necesario para que nunca le falte nada. La acepto como esposa y estaré eternamente agradecido por ese honor.

Lo dijo con tal solemnidad que Henrietta quiso creer que sus palabras iban más allá de la interpretación.

—¿Me concede un beso, alteza?

Henrietta se estaba inclinando hacia él cuando Alison se interpuso entre ambos.

—No, no hasta la boda.

—Oh, vamos —protestó Rosemary desde atrás. Incluso Rebecca parecía decepcionada.

—Me dijiste que debía proteger su honor —le recordó Alison.

—Ellos ya están casados —dijo Rosemary.

—En la obra no.

—¿Quién tiene hambre? —preguntó Rebecca. Ambas hermanas levantaron la mano—. Vamos a la cocina por galletas.

—¡Sí!

Las gemelas empezaron a alejarse y Alison las siguió. Henrietta miró a Raymond, que había vuelto a tener su típica expresión de fastidio.

—¿Ya me puedes dar el beso? Al menos por haber aceptado someterme a esta vergüenza pública.

Henrietta rio.

—No hay nadie mirándonos.

—Eso crees tú. Sin duda la servidumbre debe estar riéndose escondidos por algún lado.

Ella se pudo de puntillas y alzó la cabeza. Él le dio un beso largo y lento.

—Gracias —murmuró ella—. Tus hermanas lo han pasado muy bien.

—A ti. No las veía divertirse tanto desde hace mucho tiempo. Has... has dado vida a esta casa —admitió. Si no lo conociera, aseguraría que lo dijo con un poco de vergüenza.

«Y tú me has dado paz» quiso decirle ella, pero se limitó a darle un abrazo que él le devolvió. Y más que paz, también la hacía sentir diferente. A lo mejor era muy pronto para asegurarlo, pero Henrietta incluso se sentía querida. Quizás se equivocaba y él solo cumplía con su deber de esposo, pero ella quería creer que empezaba sentir algo por ella casi tan grande como lo que ella empezaba a sentir por él.

Esperaba no estar equivocada, porque presentía que era muy tarde para hacer retroceder a sus sentimientos. Y, a decir verdad, tampoco quería que desaparecieran.

Capítulo 18

Estaba nerviosa, muy nerviosa.

Henrietta observó el gran salón de baile que tenía ante sí y respiró hondo. No era la primera vez que estaba presente en una gran fiesta, pero sí la primera ocasión en la que la observaban con tanta atención. No estaba acostumbrada.

Sintió que Raymond apretaba ligeramente el brazo que tenía enlazado al suyo. Ella lo miró, y leyó en sus ojos las palabras «todo estará bien, calma», pero eso no logró tranquilizarla en lo absoluto. No solo se sentía observada, sino también juzgada. Ella, la simple sobrina de un vizconde, ¿cómo osaba a casarse con un marqués? Él podía estar en la quiebra, y desesperado, pero ella seguía sin ser suficiente.

Mientras se adentraban en el salón, echó un vistazo a su vestido para verificar que al menos eso estuviera en orden. Como toda su ropa estaba pasada de moda y no eran dignas de una marquesa, Henrietta había optado por ponerse el mismo vestido que usó el día de su boda. Sabía que tenía que decirle a Ray que necesitaba ropa, pero aún no sentía la confianza suficiente para pedírselo. Había guardado la esperanza de que él se diera cuenta, lo que todavía no sucedía. Ella era consciente de que no podría atrasar demasiado tiempo esa conversación. Ya habían empezado a llegar a la casa invitaciones que incluían su nombre, y no podría evadir a la sociedad por demasiado tiempo.

Ni siquiera había podido evadir esa fiesta.

Todavía recordaba el momento en que le llegó la carta. Estaba en la biblioteca, viendo qué manuscrito le llamaba la atención, cuando fueron a entregarle la correspondencia del día. La mayoría era de damas con las que nunca había cruzado palabra, pero que con oraciones amables y exageradas la felicitaban por su reciente matrimonio. Una en particular, lady Nolfork, había agregado que estaba encantada de fuera a su velada. Cuando le había preguntado a Ray a qué se refería, este había respondido, no sin pesar, que ya había aceptado la invitación a esa velada semanas atrás, y que tendrían que asistir, porque con esa nota lady Nolfork se los estaba recordando sutilmente. Entonces, Henrietta entró en un estado de ansiedad que aún no se desvanecía.

Los primeros saludos no fueron tan terribles como se los imaginó. Los caballeros fueros amables y las damas educadas, aunque Henrietta sabía que no decían ni la mitad de lo que pensaban. Sentía la curiosidad, desprecio e incluso envidia en las miradas. No obstante, ella se vio obligada a sonreír y fingir que todo estaba bien.

El verdadero problema fue cuando la separaron de Ray y quedó a su suerte. Henrietta estaba acostumbra a vagar sola por los salones, no a ser asediadas por mujeres que de pronto estaban muy interesadas en ser sus amigas. No se le daba bien entablar conversaciones con

desconocidas, y deseó que su madre hubiera podido acompañarlas. O que por lo menos estuvieran allí Alice, o su tío. Pero por lo que supo, no habían sido invitados.

Estaba sola.

Al principio, la conversación se fue por lo común, el clima, la moda, la fiesta. Henrietta respondía solo cuando estaba segura de que no diría una tontería, y sabía que las damas podían oler su incomodidad. Eso no impidió que, cuando consideraron que habían cumplido con la introducción protocolar, llegaran las preguntas más personales.

—Dinos, querida —comentó la dama más joven de todas, debía ser solo unos años mayor que ella. Lady Albans, si mal no recordaba—, ¿qué opinas de la vida de casada?

—Bueno, yo…

—Sin duda, estarás de acuerdo en que es lo mejor que puede pasarle a una mujer —comentó la dama más anciana, lady Martins—. Nada como la protección de un esposo.

—Y espera a que lleguen los niños —dijo la otra, cuyo nombre no recordaba—. La felicidad entonces será completa. Además, los esposos se vuelven más complacientes si les das descendencia.

—Especialmente si es un varón —añadió lady Martins, maliciosa.

Henrietta se obligó a sonreír. No supo qué decir, pero ellas tampoco le dieron tiempo de contestar.

—Tú debes estar anhelando mucho un niño, ¿no? —comentó lady Albans con descaro.

Henrietta se tensó.

—Así es. Mi mayor deseo es darle un heredero a mi esposo —se obligó a responder.

—Eso es lo que se espera de una buena esposa —dijo lady Martins—. Debes darte prisa, muchacha. Escuché que lord Rhodesay está… impaciente.

—¿Qué hombre no está impaciente por un heredero? El mío en particular también insiste mucho en el tema.

El comentario vino de lady Leinster, que se integró con una facilidad que a Henrietta le habría sido imposible. Quizás fuera por su sonrisa amable, o sus palabras firmes, que retaban a cualquiera a su alrededor a oponerle resistencia.

Ninguna de las damas fue capaz de expresar su desagrado por la interrupción. Al contrario, todas la recibieron con sonrisas tensas e hipócritas.

—Es que usted también está recién casada, lady Leinster —dijo lady Albans—. Dele el primer niño y verá como su insistencia se reduce.

—Espero que pronto se dé —contestó lady Leinster con naturalidad—. Lady Rhodesay, ¿me acompaña a buscar una limonada?

Henrietta ni siquiera lo dudó.

—Por supuesto.

Se despidieron de las damas y se alejaron caminando. Cuando ya no podían escucharlas, Henrietta dijo:

—Gracias.

Lady Leinster asintió.

—El truco para combatir la impertinencia es intentar darle la vuelta a la conversación, y si no se puede, buscar una excusa y huir. Puede parecer de cobardes, pero con el tiempo una se da cuenta de que da mucha paz. ¿Cómo está, querida? Me alegra verla.

—A mí lady Leinster.

—Me gustaría que me llamara Charlotte, y si no le parece imprudente, me gustaría tratarla con la misma familiaridad.

Henrietta lo pensó y no encontró nada de malo en su petición. La dama le agradaba.

—Está bien, Charlotte.

Ella asintió, satisfecha. Se detuvieron frente a la mesa de bocadillos y Charlotte se sirvió un vaso de limonada. Henrietta la imitó.

—¿Qué te ha parecido la fiesta, querida? Te he notado un poco… agobiada.

—Lo estoy —confesó Henrietta.

Sabía que no era prudente ser tan sincera. Después de todo, conocía poco a Charlotte, que bien podía ir a comentarle a otras damas que la marquesa no soportaba un simple baile, pero estaba tan agotada que se vio incapaz de mentir. Para alguien acostumbrada a ello, era ya mucho decir de su estado de ánimo. Necesitaba que alguien la escuchara y le diera su apoyo, aunque fuera falso.

Para su sorpresa, la dama le colocó una mano sobre el hombro y le dio unas palmaditas reconfortantes. Su mirada transmitía la más pura compresión.

—Cuando una está soltera, es difícil porque todos esperan de ti que consigas un buen partido, y cuando lo haces, se vuelve aún más complicado porque ya ni siquiera tienes tu nombre, sino el de alguien más, y la gente espera que seas digna de él, y evalúa cada uno de tus errores. Por no decir que suelen ser bastante impertinentes. No te preocupes, querida, con el tiempo aprenderás a llevarlo mejor. Yo puedo ayudarte.

Henrietta quería llorar de la alegría.

—¿Por qué?

Ella le sonrió.

—Te debo un favor, ¿recuerdas?

Henrietta se sonrojó.

—Lo hice con buena intención. Jamás planeé que estuvieras en deuda conmigo.

—Considerando que no te acordaste ni de mi nombre la primera vez que nos vimos esta temporada, no lo dudo. Yo también te ayudaré con buena intención, porque me agradas, y porque

sé que no es fácil siempre fingir que eres perfecta.

Henrietta presentía que había un trasfondo tras esa declaración, pero la sonrisa de Charlotte no dejaba entrever nada, así que descartó la idea. Iba a darle nuevamente las gracias cuando un comentario a sus espaldas llamó su atención.

—Lord Rhodesay sí que debió estar desesperado para casarse con alguien como ella —dijo una voz femenina—. Esa joven tan simple… y tan rara. Si supieras lo que dicen de ella los caballeros que se atrevieron a acercársele, comentan que es extraña.

Henrietta y Charlotte se giraron. A unos pasos de la mesa, y de espaldas a ellas, una mujer y una joven, que parecía su hija, hablaban sin percatarse de su presencia. Charlotte hizo ademán de hablar, pero Henrietta le hizo un gesto para que guardara silencio.

—La desesperación es mala consejera. Qué bueno que lord Rhodesay no atrevió a cortejarte a ti, querida. Sus arcas deben estar en verdadero riesgo si accedió a casarse con ella solo con la esperanza de tener un heredero rápido. No solo no es bonita, sino que tampoco tenía dote o una buena posición social. El título de marquesa le queda grande.

—Pero si le llega a dar un heredero, su economía y posición serán lo suficientemente buenas para volverse una mujer influyente —replicó la hija, no sin cierto resquemor.

—Dudo que se lo dé. Tiene muy poco tiempo y cierta edad. No quisieras estar en su lugar, querida, si no se lo da, no solo lo decepcionará a él, sino que toda la sociedad hablará de ello.

—Tienes razón, madre.

—Además —continuó la dama con altanería y malicia—, aunque se lo dé, no sé si la sociedad pueda llegar a aceptarla.

Las mujeres caminaron, alejándose de ellas. Henrietta parpadeó para alejar las lágrimas. No iba a llorar, no podía permitírselo.

—No les hagas caso, querida. Hablan guiadas por la envidia —dijo Charlotte dándole un apretón de manos.

Henrietta dejó la limonada en la mesa. Forzó una sonrisa que salió temblorosa.

—Discúlpame. Necesito un poco de aire.

Caminó hacia el balcón con paso rápido, sintiendo como a cada segundo perdía la batalla con las lágrimas. No solía ser una dama dada a los lamentos, pues de dedicar su tiempo a llorar, jamás se habrían solucionado sus problemas. Sin embargo, se dijo que si había un momento para permitírselo era ese. Por fin había conseguido el esposo que todo el mundo le había exigido, estaba haciendo su mayor esfuerzo por ser digna del título y darle el heredero que él esperaba, y aun así no era suficiente. Parecía que nunca podría llenar todas las expectativas.

Apoyó los codos en la baranda del balcón y miró hacia el jardín. El aire frío de la noche le secó las lágrimas y ella se contuvo para no derramar más. Aunque era tentador deshacerse en

llanto, su precaria situación en la sociedad no mejoraría si alguien la observaba llorar.

Respiró hondo varias veces, y estuvo a punto de girarse para regresar cuando sintió una mano sobre su hombro. Se sobresaltó, y al girarse, sus ojos se toparon con un pecho amplio cubierto por una camisa blanca y un chaleco gris.

—Oh, Ray, me has asustado.

—No deberías estar sola aquí.

—Solo… necesitaba un poco de aire fresco —mintió.

Él arqueó las cejas. Henrietta suspiró.

—Charlotte te lo ha contado, ¿verdad?

—Con mucho detalle. —Raymond se recortó en la baranda. Era tan alto bloqueaba gran parte de su campo de visión. Tomó una mano de Henrietta y le acarició el dorso con los dedos—. Los comentarios maliciosos siempre estarán, Henrietta, lo importante es saber ignorarlos cuando no aportan nada.

Ella asintió, sabiendo que era verdad, pero sin atreverse a explicarle por qué le dolía tanto. No sabía cómo decirle que se había pasado toda su vida intentando cumplir expectativas que le quedaban grandes. No sabía cómo expresarle que hacía lo mejor que podía y que detestaba que nadie lo viera. No se atrevía a decirle que ella quería hacerlo quedar bien porque la había salvado y le frustraba dejarlo en ridículo.

No pudo decirle nada de eso, pero él, de alguna manera, lo entendió. La atrajo hacia él y le dio un abrazo. Henrietta se sorprendió por el gesto de consuelo poco propio de él; sin embargo, no lo cuestionó. Dejó que sus brazos le infundieran la seguridad que necesitaba para regresar a ese salón como si nada, para sonreír y volver a hacer su mayor esfuerzo.

—Eres más de lo que ellos dicen de ti, solo tienes que convencerte de ello.

Sus palabras la enternecieron. Quiso agradecerle, decirle muchas cosas, pero al final se limitó a quedarse entre sus brazos. Dentro, se escuchó el inicio de los compases de un vals. Él se separó de ella, le tomó la mano y la instó a caminar.

—Vamos a bailar —le dijo.

—¿A bailar? No soy muy buena bailando —le advirtió con nerviosismo.

Henrietta solo bailaba en la casa con parejas invisibles.

—Yo te guio.

—No estoy segura de que sea buena idea…

No logró terminar la oración, Ray la arrastró a la pista de baile, le puso una mano en la cintura empezó a moverse al ritmo del vals. Estaban más cerca de lo debido, y la mano de él podría considerarse ubicada muy por debajo de lo apropiado, pero a él no solo no le importaba, sino que ella supo que era intencional.

—Todos nos están viendo —murmuró mientras intentaba seguirle el paso. Su cercanía la

volvía aún más torpe de lo que era.

—Esa es la idea.

—¿Escandalizarlos?

Él la acercó más, si es que era posible. Ella sintió el roce de su aliento en el oído cuando le respondió.

—Si quiere hablar, que lo hagan, pero en lugar de decir que no eres suficientemente buena para mí, que murmuren sobre lo mucho que nos atraemos, que diga que no podemos estar separados, y que somos más felices de lo que ellos lo serán jamás.

No supo si fue la declaración, o la mano que apretaba con malicia muy cerca de sus glúteos, pero Henrietta se quedó sin aliento. Le costó toda su fuerza de voluntad seguirle el ritmo, y solo lo logró porque estaba decidida a disfrutar de ese baile tan íntimo que Ray le estaba regalando. Quizás su única intención era darles a todos de que hablar, pero ella lo sentía como algo más. Quería creer que él empezaba a apreciarla igual que ella a él, quería pensar que su matrimonio podía ser más que un simple acuerdo.

Quería imaginar que podía ser tan feliz como pocas veces se atrevió a imaginar, porque si ese simple baile era una prueba de que tan dichosa sería al lado de ese hombre, lo que le esperaba era un futuro más benevolente del que hubiera esperado.

Y Henrietta lo ansiaba mucho.

Capítulo 19

A medida que pasaban los días, Henrietta sentía que su cariño por Raymond crecía y, en lugar de preocuparse, había optado por dejar que todo fluyera. Si alguna vez se había permitido soñar con el hombre que hubiera deseado como esposo, Raymond cumplía varias de sus características. Sí, era gruñón, amargado y un tanto insoportable, pero ella ya estaba empezando a manejar y aceptar esos rasgos de su carácter, y creía poder sobrellevarlos con éxito durante el resto de su vida.

Se estaba enamorando de él, si no lo había hecho ya.

La revelación le llegó una semana después de haberse ido al baile. Estaba paseando por los jardines cuando se encontró a las gemelas y a Alison formando un círculo alrededor de algo. Henrietta se había entusiasmado de ver cómo su relación iba mejorando y se acercó para ver qué las tenía tan entretenidas. Cuando se percató de lo que era, soltó un grito.

—¡Pero qué cosa más hermosa! —chilló. Las gemelas, que se habían sobresaltado al oírla gritar, relajaron los hombros. Alison se movió un poco para hacerle espacio y Henrietta se acuclilló a su lado—. ¿Dónde lo habéis conseguido?

—Uno de los arrendatarios los trajo para ver si alguien del servicio los quería adoptar —dijo Rosemary acariciando la cabeza del perrito que era solo un poco más grande que su mano—. Su perra los tuvo hace como dos meses, pero son muchos y no pueden cuidarlos a todos. Si no le consigue casa, los van a matar. Estábamos en las caballerizas cuando fue a ofrecérselos a uno de los mozos de cuadra. Le pedí que nos prestara uno por un rato.

—Yo les advertí que no era buena idea —comentó Rebecca. A pesar del tono de desdén, dejo que el cachorro le olisqueara la mano—. No podemos quedárnoslo.

—¿Por qué no? —preguntó Alison—. Es tan bonito.

—Sí, ¿por qué no? —apoyó Henrietta. Las gemelas la miraron como si fuera tonta. Ella se aclaró la voz—. Yo hablaré con Ray.

—Eres demasiado optimista si crees que te dejará tener un cachorro en la casa —dijo Rebecca—. Alison se lo ha estado pidiendo por meses.

—Raymond la quiere, a lo mejor accede si se lo pide ella.

El comentario de Alison fue inocente, pero Henrietta no pudo evitar sentir que algo le apretaba el pecho. El anhelo de que fuera verdad. Ella nunca se había atrevido a esperar que el hombre con el que se casase la quisiera, pero la sola posibilidad de que sucediese hacía que la esperanza y la alegría revoloteasen por todo su cuerpo, llenándola de una extraña inquietud.

—Decidle al arrendatario que nos los quedamos, yo hablaré con Raymond —anunció.

Rosemary y Alison chillaron con alegría. Rebecca se limitó a encogerse de hombros y sonreír.

Estaba haciendo una apuesta arriesgada y lo sabía. Conocía lo suficiente a Raymond para saber que era implacable con ciertas decisiones, pero quizás fuera la necesidad de saber si las palabras de Alison tenían algo de razón, o simplemente el hecho de que ella siempre había querido un cachorrito, que la instó a tomar el riesgo.

Se llevaron al perrito al salón donde solían tomar el té y le pidieron a la cocinera que le llevara unas galletas para alimentarlo. Mientras tanto, jugaron con él y se percataron de que el animalito era bastante inquieto. Tuvieron que hacer malabares para evitar que rompiera la vajilla valiosa o que tumbara los estantes con floreros importados.

Le hacía falta una buena educación.

—Pero ¿qué hace ese animal aquí?

Todas se sobresaltaron ante la interrupción, sobre todo Henrietta, quien no necesitó girarse para saber que era su madre la que acababa de entrar en el salón. Se levantó con lentitud y esbozó una sonrisa cautelosa.

—Es nuestra nueva mascota —anunció.

—Se llama Robbie —añadió Alison.

El susodicho empezó a ladrarle a su madre y luchó por liberarse de los brazos de Rosemary.

—Henrietta, ¿cómo se te ocurre traer a ese perro aquí? Son escandalosos, causan desastres y...

—Lo educaremos para que nada pase —dijo Henrietta.

—No importa cuánto lo eduques, su naturaleza siempre prevalecerá. El perro se va. Tú, niña —dijo refiriéndose a Alison—, llévatelo a dónde sea que lo hayan conseguido.

Su madre usó el mismo tono que había aplicado la vez que le llegó con un perrito a la casa. Era ese tono autoritario que no admitía réplica; el de la señora de la casa.

Solo que ella ya no era la señora de la casa. Miró a las niñas que la observaban esperando su reacción. No obedecían a su madre, la obedecían a ella.

Recordó las palabras de Ray cuando le dijo que no podía dejarle tanto poder a su progenitora. Ella ya no la gobernaba. Henrietta había cumplido con su deber, se había casado y les había garantizado seguridad, ahora esa era su familia y su responsabilidad.

—Robbie se queda, madre, no tienes autoridad para echarlo —dijo con serenidad.

Su madre reaccionó como si la hubieran golpeado. Dio un paso y Henrietta tuvo que morderse el labio para no empezar a justificarse como si fuera una niña.

—¿Sabe tu esposo que has traído a este animal a la casa?

—Yo me encargaré de hablar con Raymond.

Ella apretó los labios, enderezó los hombros y se marchó, no sin antes mascullar:

—Niña malagradecida, ojalá lord Rhodesay lo eche.

—¿Crees que mi hermano nos obligué a devolverlo? —preguntó Alison.

—Es lo más probable —respondió Rebecca, aunque no hablaban con ella.

—Yo hablaré con vuestro hermano —prometió Henrietta—. Estoy segura de que será razonable.

—Yo no haría esa apuesta —respondió Raymond desde la puerta con su respectivo sarcasmo—. Me acabo de tropezar con la señora Callen, quien me pidió muy alterada que viniera a sacar a la bestia que tú y mis hermanas habíais traído a la casa. Sin duda es menos amenazante de lo que me imagino, pero no por ello más bienvenido.

Todos guardaron silencio, incluso Robbie, quien parecía saber que de su buen comportamiento dependía si se quedaba o no. Se limitó a mirar a Raymond con una súplica que este ignoró.

—El arrendatario que lo trajo dijo que si no le consigue casa lo iban a matar, Ray —dijo Henrietta con una mirada igual de suplicante que la del cachorro—. No podemos permitirlo. Míralo, ¿podrías vivir en tu conciencia con el hecho de que lo mataron porque no dejaste que nos lo quedáramos?

Raymond le echó una mirada al perro, pero no parecía en lo absoluto empático con su situación.

—Ya sabéis lo que opino de los perros.

—Nosotros lo cuidaremos y el mozo de cuadras se ofreció a ayudarnos a educarlo —se apresuró a decir Henrietta—. Ni siquiera sentirás que está aquí.

Raymond le dijo con la mirada que no le convencía en su argumento. Henrietta se acercó a él y le hizo un puchero.

—Por favor, Ray, como regalo de bodas.

Él lo consideró. Si era sincera, ella esperaba recibir una negativa. Siempre las recibía. Era muy consciente de que no era lo suficientemente adorable para persuadir al género masculino para que hiciera lo que quisiese. Por eso, no pudo sorprenderse más cuando él dijo:

—Está bien, pero como rompa algo, se va.

Las niñas chillaron y Henrietta sonrió. Y ahí fue cuando lo supo. Estaba enamorada de él. Y no porque hubiera decidido cumplirle el capricho de tener un perrito, sino la razón por la que lo había hecho: ella le importaba. O al menos eso quería creer Henrietta. Había sido algo de lo que se había ido dando cuenta poco a poco. Primero, con su promesa de que no la dejaría desamparada. Después, cuando había decidido hacerle caso y convivir más con sus hermanas. También cuando había armado todo un espectáculo en el baile solo para hacer callar a todos. Además, todas las noches, antes de acostarse, se la pasaban hablando de algún tema en particular en la biblioteca, y después de hacer el amor, continuaban con alguna otra conversación antes de dormir. Ella había creído que el matrimonio con él sería complicado, en cambio, había

conseguido en esa casa un lugar donde se sentía segura y feliz. Había encontrado un hombre que no la consideraba extraña, con el que podía conversar sin miedo y que en cierto modo había llegado a apreciarla. Era todo lo que Henrietta alguna vez se atrevió a soñar.

Le dio a Ray un abrazo que él no dudó en devolverle, y ella no pudo estar más feliz.

***

—Entonces —dijo Henrietta sentada al lado de Raymond—, según Volta, ¿la electricidad no es la fuente de vida de los seres vivos, sino que puede ser estimulada por factores externos?

—Exactamente —respondió Raymond acariciando su brazo.

Esa noche, al igual que las anteriores, estaban en la biblioteca hablando de algún tema que otros considerarían extraño, como teorías científicas y datos extraños. En esa ocasión había retomado, por fin, la teoría de Galvani y el descubrimiento de Volta.

—Pues está más interesante la versión de Galvani —opinó Henrietta—. Las cosas interesantes que se podrían hacer si fuera verdad, como revivir muertos, al igual que en ese libro que me comentaste...

—Frankenstein —aclaró—. Y te recuerdo que no terminó bien.

—Faltaba perfeccionar la técnica.

Él se rio. Ella lo miró con curiosidad.

—Últimamente te ríes con más frecuencia —le comentó con dulzura—. Y pensar que hace un tiempo creí que tenías algún impedimento físico para sonreír.

Él puso los ojos en blanco y ella se rio. Le acarició la mejilla y lo miró con tanta ternura que Raymond sintió un ligero cosquilleo en el cuerpo. Hacía tanto tiempo que nadie lo miraba así...

De pronto, el semblante de ella cambió y se volvió cauteloso. Abrió y cerró la boca varias veces, como si no supiera cómo expresarse.

—Ray, ¿puedo hacerte una pregunta incómoda?

Raymond se recostó en el sofá.

—Debe ser realmente incómoda si te molestas en pedir permiso. Hazla, ya queda de mí si respondo o no —se burló.

Ella hizo un mohín que le pareció de lo más dulce. Era de esas damas que, aunque intentaran mostrar seriedad, su expresión siempre era tierna.

—¿Es verdad que estuviste comprometido? —preguntó de sopetón.

La pregunta lo sobresaltó, pero no lo sorprendió. Supuso que ella en algún momento se enteraría de esa parte de su vida. De ser otra persona, u otro tiempo, quizás habría cortado la conversación. Recordar a Danielle nunca había sido agradable, y hablar de ella menos, pero Raymond ya no se sentía tan incómodo cuando la traía de vuelta a su mente, tal vez por el tiempo que había pasado, o porque la herida ya no dolía tanto desde que Henrietta entró a su vida.

—Sí. Hace ocho años. Se llamaba Danielle.

Por primera vez, le fue difícil leer su reacción.

—Y... ¿la amabas?

—Como nunca había amado a nadie en la vida.

A Raymond no le avergonzaba confesarlo. Con Danielle había conocido ese amor bonito y juvenil, puro. Ella era esa mujer que le había dado la dulzura que tanto había necesitado en esos momentos, cuando su madre acababa de morir y su padre estaba más distante que nunca. Había sido la ilusión de una vida mejor, de una familia más estable de la que tenía. La vida no había demorado en demostrarle que los sueños son efímeros.

—¿Por eso no te habías casado? ¿Es verdad que juraste honrar siempre su memoria no tomando por esposa a nadie más? —preguntó ella. Notó cierto nerviosismo en sus palabras.

Raymond se sorprendió.

—¿Eso es lo que dice la gente? Qué visión tan romántica —dijo con sarcasmo.

—¿No es verdad?

—No hice un juramento frente a su tumba, al menos que yo recuerde. Quizás fue algo más inconsciente.

Raymond pocas veces se había puesto a pensar en ello, pero, en realidad, sí tenía muy claro por qué no se había casado. Sí, en parte era porque había temido no conocer a nadie como Danielle, o sufrir por la pérdida del amor otra vez, pero la razón principal era un viejo rencor a su progenitor.

—Cuando Danielle enfermó, quise ir a verla —confesó con la mirada perdida—. Todos sabían que no sobreviviría, estaba muy grave. Mi padre se negó. Dijo que no podía arriesgarse a que enfermara y perder a su único heredero. Él sabía que yo no lo obedecería, así que me encerró en la habitación hasta que ella murió y ya no tuviera sentido ir a verla.

Henrietta jadeó, horrorizada. Con el tiempo, Raymond había aprendido a no apretar los puños cada vez que recordaba eso, aunque el odio no desaparecía.

—Fueron cuatro días muy desesperantes —dijo con voz ronca—. Una vez empujé a la criada que me fue a llevar la comida solo para poder escapar, pero dos lacayos me detuvieron en la entrada y me devolvieron a la habitación. El viejo me tenía vigilado. Comprenderás que desde aquel momento no me mostré muy predispuesto a caerle en gracia, y yo sabía que un heredero era lo que más deseaba en la vida.

—Oh, Ray —musitó ella y le dio uno de sus inesperados abrazos.

A Raymond le gustaba cuando lo hacía. Despertaba una tranquilidad extraña de explicar. Le indicaba que ella le tenía confianza, que se sentía segura a su lado, y a él le gustaba eso porque ella también le generaba sentimientos similares.

—Así que, como ves, es menos romántico de lo que cuentan —dijo intentando quitarle

importancia al relato—. Aunque no negaré que durante mucho tiempo temí volver a comprometerme. Cuando se quiere con mucha intensidad, y se pierde ese amor, se genera un miedo inconsciente al dolor. No creía que nadie más pudiera despertarme lo que Danielle me hacía sentir.

Sintió que los brazos de ella se tensaban a su alrededor. Se separó con lentitud, y bajó la mirada cuando preguntó:

—¿Aún lo crees?

—Creo que todas las personas son tan diferentes que es imposible sentir con una lo mismo que sentiste con otra. Simplemente no hay comparación —respondió con sinceridad.

Ella lo miró. Raymond no supo interpretar la emoción que leyó en sus ojos. ¿Esperanza?

Quiso decirle muchas cosas más, pero no supo cómo, capaz porque ni él mismo podía organizarlas en su cabeza. Sin duda, lo que empezaba a sentir por Henrietta no era parecido a la tranquilidad que le inspiró Danielle. Era diferente, porque su historia tampoco era la misma. No le generaba la paz calmada que le producía estar cerca de Danielle, pero ella había organizado su vida, lo había ayudado a entender cosas que antes ni hubiera considerado, y todo eso lo había logrado poniendo su existencia de cabeza.

Aún no superaba haber accedido a tener un perro en esa casa.

—¿No estás molesto por haber tenido que ceder al final a los deseos de tu padre?

—Al principio estaba que hervía de rabia, el viejo me había puesto contra la espada y la pared, pero como todo en la vida, llegó la resignación. —La miró con intensidad—. Y todo ha resultado mejor de lo que pensaba.

Henrietta se sonrojó. Él le acarició la mejilla y se inclinó para besarla.

—Si le voy a cumplir sus caprichos —dijo entre besos—, al menos voy a disfrutar haciéndolo.

No le dio tiempo de responder antes de volverla a besar. La tomó entre sus brazos y la apretó contra sí. Disfrutaba tenerla cerca, besarla, tocarla. Se había vuelto en poco tiempo un gusto del que no podía prescindir. Cuando sus cuerpos se tocaban, Raymond sentía que no necesitaba más en la vida.

Y eso lo emocionaba en la misma medida en que lo asustaba.

Capítulo 20

—Henrietta, qué bueno que te veo, tenemos que hablar.

Henrietta tuvo que abandonar toda idea de pedir que se subieran el desayuno a su habitación en cuanto su madre habló. Estaba sentada en el comedor, sola, y aunque sabía que pensar en dejarla ahí y no hacerle compañía era ser mala hija, había una razón particular por la que la estaba evitando.

Con pesar, se adentró en el comedor y se sentó frente a ella. Empezó a servirse el desayuno con desgana y esperó.

—Henrietta, ¿has sangrado este mes? —preguntó sin tapujos.

Ella consideró su respuesta. Podía decirle la verdad, o podía mentirle. De una u otra manera se metería en problemas. Con la primera, se llevaría un regaño, y no sabía cuánto tiempo podría mantener la segunda.

Lamentablemente, tardó demasiado en responder y ella leyó la verdad en su duda.

—¡No puede ser! —se lamentó—. Ahora qué vamos a hacer.

—Todavía tenemos tiempo —se apresuró a decir Henrietta.

—Debías quedarte embarazada en estos días. Si esperas hasta el próximo mes, nada nos garantiza que el niño nazca en el plazo establecido —objetó su madre—. Tu esposo se molestará.

—Raymond sabe que no es algo que pueda controlar —dijo Henrietta con paciencia—. Él me prometió que, pasase lo que pasase, no nos dejaría desamparadas.

—¡Pero se quedará sin dinero!

—No seremos pobres, madre. Hemos pasado penurias peores. Raymond nos dará una buena vida.

—Pero podría ser aún mejor si nace ese niño. Oh, Henrietta, solo tenías que hacer una cosa y ni con eso has podido.

Henrietta se tensó. En otro momento, hubiera hablado a su madre con paciencia, o habría buscado la forma de desviar el tema, pero ese día no quiso hacerlo. Estaba cansada de que nada de lo que hiciera fuera suficiente. La trataba como si no se hubiera casado con un hombre que apenas conocía por ellas, como si no hubiera cumplido sus deberes de esposa a pesar de que estaba aterrorizada y como si no estuviera haciendo todo lo que estuviera a su alcance para tener una vida en paz.

—¡No es mi culpa! —explotó—. Yo también quiero darle un hijo a Ray. Y lo hemos intentado.

Todas las noches. A veces incluso más de una vez por noche.

No había concebido un niño no por falta de compromiso, sino porque la providencia no se lo había dado. Y era verdad. Ella también quería darle un hijo a Raymond. Sentía que se lo

debía por todo lo que había hecho por ella. Además, quería una familia. A Henrietta le encantaban los niños.

—¡No me hables así! —respondió su madre, indignada—. Está claro que no lo has intentado lo suficiente. Hay unos tés que promueven la fertilidad, voy a pedir que te los hagan. Con un poco de suerte, quedarás embarazada el próximo mes y el niño nacerá a tiempo. Oh, espero que lord Rhodasay no se moleste con la noticia.

—Ya te lo dije, Raymond sabe que es algo que no se puede controlar. Él me prometió que…

—¿Qué importa lo que te haya prometido? Es un hombre de honor y quizás nos tolere aunque no le des el heredero que desea, pero no estará contento, y no es bueno cuando un hombre no está contento. Escúchame bien, Henrietta, si no le das ese niño, puede que no nos deje desamparadas, pero nunca te querrá y los próximos años serán un infierno.

Henrietta se sobresaltó. Su madre, sin saberlo, había tocado un punto sensible. «Nunca te querrá». Ella no dudaba de la palabra de Raymond. Sabía que él no las dejaría en la calle, pero ¿y si por no darle el niño que esperaba se decepcionaba y no llegaba a amarla como ella a él? No fue una perspectiva agradable cuando acababa de descubrir que él era el hombre de su vida. Henrietta sabía que quizás él no la amaba, pero había decidido esperar con paciencia a que sucediera, conquistarlo. La sola posibilidad de que se quedara toda su vida queriendo a un hombre que nunca podría quererla igual le hizo un nudo en el pecho.

Quiso pensar que Ray no era así. Le había dicho varias veces que era consciente del riesgo de no tener un heredero ese año, y que todo estaría bien. Sin embargo, Henrietta empezaba a creer que, en el fondo, se sentiría decepcionado, y eso arruinaría su relación. Él se había casado, a pesar de la reticencia que tenía a cumplir los deseos de su padre, solo para tener ese niño y no perder su fortuna, para que sus hermanas no se vieran afectadas. Por supuesto que lo entristecería no haber logrado su objetivo. Y quizás, de forma inconsciente, la culpara a ella.

Siempre la culpaban a ella.

Henrietta se pasó el resto del día nerviosa. Apenas se concentró en lo que le decían las niñas, y durante la cena comió poco. Raymond lo notó, lo supo porque la miró con expresión pensativa, como si intentara adivinar qué le pasaba. Cuando llegó el momento de regresar a su habitación, estaba igual de inquieta que en su primera noche juntos, pero por motivos distintos.

—Ray —musitó cuando ya estaban en el pasillo de las habitaciones—. Esta noche preferiría dormir sola.

Raymond la observó. Había algo particular en su mirada que hacía que Henrietta se sintiera escrutada hasta lo más profundo de su alma, como si no le pudiera mentir porque él lo sabría.

Aunque él siempre lo sabía.

—¿Qué sucede?

Y, aun así, ella lo intentaba.

—Nada —dijo nerviosa—. Es solo que… eh... me encuentro un poco indispuesta.

—¿Te duele algo? —preguntó preocupado.

—No, no es eso, es que...

De pronto, el rostro de él brilló con compresión.

—Entiendo. ¿Estás en esos días?

No supo si fue su impresión o si de verdad parecía decepcionado. Como fuera, la duda y la inquietud la instó a decir:

—No, solo estoy cansada.

Henrietta sabía que estaba mal mentir, pero, como solía suceder cuando preveía una situación de peligro, le había salido de forma automática. Como supuso, Raymond la miró con recelo.

—¿Cuándo deberías sangrar?

El tema en general era incómodo, pero estar hablándolo con un hombre lo hacía aún vergonzoso. Se ruborizó.

«Dile la verdad» la instó la voz en su cabeza, pero Henrietta no creía que fuera prudente cuando acababa de mentirle. Si una cosa había aprendido con los años, era que la mentira se mantenía hasta el final. O hasta que pudiera solucionarla sin quedar mal.

—Eh… en estos días —dijo mirando al suelo. Esperaba que interpretara su gesto como vergüenza por hablar del tema.

—¿Tienes retraso?

—No... bueno sí… es decir, nada raro todavía.

Él le colocó la mano bajo la barbilla y la instó a mirarlo.

—Me dices cualquier cosa, ¿está bien?

Ella asintió.

—Descansa.

Él se dirigió a su habitación y Henrietta suspiró, aliviada.

Una vez en su cuarto, se puso a pensar. No podía mentirle por siempre. En los siguientes días, él querría llevarla de nuevo a la cama, y ella no podía fingir estar indispuesta todo ese tiempo. Tenía que decirle la verdad y arriesgarse a su decepción. No era tan difícil, estaba acostumbrada a decepcionar a la gente.

Solo de pensarlo se le aguaron los ojos.

Ella no quería decepcionar a Raymond.

Pero no serviría de nada ilusionarlo. Si no lograba concebir después de que su sangrado se fuera, ¿cómo podía explicarle que todo fue un error? Sería peor, lo sabía, y, aun así, se veía

incapaz de decirle la verdad. No quería enfrentarse a ello.

¡Qué cobarde era!

Al día siguiente su ánimo no era ni de cerca tan bueno como acostumbraba. Estaba en el patio con sus cuñadas, jugando con Robbie. Las niñas intentaban enseñarle a sentarse, y ni siquiera sus intentos fallidos le causaban risa. Estaba demasiado preocupada. Si ella no le daba a todos el niño que esperaba, ¿también le guardarían ellas rencor?

—¿Tan pronto te aburriste del perro? —preguntó una voz a sus espaldas.

Henrietta se sobresaltó y miró a Raymond con acusación.

—No. Superviso que no haya problemas.

—No sé si estás cualificada para ese trabajo.

Ella resopló y él se rio. Le gustaba tanto su risa y le daba esperanza que sonriera con más frecuencia en su presencia. Tampoco quería arruinar eso.

Raymond se sentó a su lado. Robbie corrió en ese momento hacia ellos y, para sorpresa de todos, Raymond lo acarició. El animal le lamió la mano y regresó a donde estaban las niñas, contento. Ellas tardaron en ocultar su sorpresa y centrar su atención en el perro.

—Debo admitir que es simpático —comentó.

Ella asintió, distraída. Estaba pensando en si esa noche debería decirle la verdad o no.

—¿No vas a decir que me lo dijiste?

Henrietta parpadeó.

—Oh, sí. Te lo dije.

—Henrietta —dijo con dureza—. ¿Qué sucede?

—Nada.

Y seguía mintiendo como una estúpida. Y él lo sabía.

—Puedes decirme lo que sea —dijo con más suavidad.

—¿Aunque la noticia no te vaya a gustar?

—Estoy acostumbrado a noticias que me desagradan. —Se encogió de hombros.

Henrietta abrió la boca, pero ninguna palabra salió de esta, como si inconscientemente se negara a provocar una discusión.

—Puedes confiar en mí —continuó él.

Aunque ya se estaba acostumbrando a su lado más dulce, sus palabras la desarmaron. La hicieron sentir como una traidora por no decirle la verdad.

Pero ¿cómo podía decirle que se había enamorado y que temía que lo que le fuera a decir impidiera que la quisiera? No estaba preparada para mostrarse tan vulnerable.

No respondió, sino que recostó su cabeza sobre el hombro y cerró los ojos. Él le rodeó los hombros con un brazo y la dejó disfrutar de la sensación de sentirse querida.

No duró demasiado.

Esa noche, al igual que las otras, se habían quedado hablando en la biblioteca, esa vez sobre Hipócrates y los inicios de la medicina. Al menos, estuvieron hablando hasta que Raymond la besó hasta robarle el aliento. Para cuando Henrietta cayó en la cuenta de que debía detenerlo, él ya le estaba subiendo las faldas.

—Vamos arriba —dijo después de darle un beso en el cuello.

Ella se separó de él con dificultad.

—Yo… eh… esta noche también estoy algo cansada.

Él parpadeó, como si no tuviera en esos momentos la suficiente capacidad para entenderla.

—Henrietta, ¿qué pasa? ¿Por qué ya no quieres estar conmigo?

—No es eso, es que ha sido un día agotador y…

—No me mientas. No me gustan las mentiras.

La severidad de sus palabras la sobresaltó y ella supo que, si seguía intentándolo engañar, él se molestaría más.

—Estoy sangrando —confesó con la mirada baja.

Él tardó en responder, como si procesara sus palabras. Henrietta no se atrevió a observarlo por temor a ver su decepción. Esperó que le dijera muchas cosas, sin embargo, él solo preguntó:

—¿Desde cuándo?

Ella consideró decir que desde ese día, pero supo por su mirada que él ya sabía la verdad y solo le estaba dando la oportunidad de ser sincera.

—Desde ayer.

—Maldita sea.

Se levantó y se colocó frente a ella. La evidente diferencia de tamaño, sumado a su ceño fruncido, la intimó.

—¿Por qué me mentiste?

—Yo… no lo sé. Tenía miedo, supongo.

—Henrietta. Te he dicho que haya o no haya niño, siempre me haré cargo de ti y de tu madre.

«Hacerse cargo no es lo mismo que quererme», pensó ella, pero no era un buen momento para decirlo. Él estaba muy molesto y, tal y como temió, también decepcionado. Veía el sentimiento como si se hubiese impreso en su expresión.

—Lo sé, es solo que...

—¿Hasta cuándo pensabas ocultar la verdad?

Sí, estaba muy molesto. No gritaba, pero sus palabras eran tan heladas como el invierno. Se lo merecía por tonta.

—No iba a hacer por mucho tiempo, Ray, lo juro. Ni siquiera sé por qué lo hice, yo…

—Hasta ahora he tolerado esa manía tuya de mentir porque han sido detalles sin importancia, pero esto es un nuevo nivel. ¿Ese es el ejemplo que les piensas dar a mis hermanas o a un niño?

—Lo siento.

—Va a ser muy difícil sacar esto adelante si no eres sincera conmigo. ¿Te he dado algún motivo para creer que no puedes hablarme siempre con honestidad?

Henrietta no supo cómo tomarse eso. No sabía qué responder, y Raymond tampoco le dio la oportunidad. Se marchó sin decir nada y ella se quedó sola, acurrucada en el sillón y con la duda de si él podría perdonarla.

Capítulo 21

Al día siguiente, Raymond salió temprano y no regresó para almorzar, cosa extraña, pues desde que se casaron, casi nunca faltaba a las comidas. Supo por la expresión disgustada de su madre que intuía la razón, pero Henrietta no se quedó el tiempo suficiente a su lado para dejar que le hiciera el reproche. Jugó un rato con Robbie en el jardín y después pasó por la biblioteca. Iba a empezar a leer un libro cuando le informaron que Charlotte había ido a verla.

—Ah, ¿sí? —preguntó emocionada.

Nunca había tenido mucha práctica con ser anfitriona porque recibía muy pocas visitas, por no decir ninguna. Así que se emocionó, sobre todo porque consideraba a la condesa su amiga. Observó su vestido y dudó en si ir a cambiarse o no. No quería hacer esperar a quien se había tomado el tiempo de ir a verla, pero tampoco deseaba aparecer con el dobladillo y la falda llenos de tierra. Aunque, se dijo, no creía que a ella le importase demasiado. Siempre podía decir que estuvo en el jardín, pero no quería hacerla esperar. Ella había sido la que había ido sin avisar.

—Llévala al salón del té y pide que nos preparen galletas. Iré en un momento.

El mayordomo asintió y se marchó. Ella se tomó unos segundos para verificar que su peinado estaba en buen estado e intentó limpiar un poco la tierra de su vestido. Enderezó los hombros y caminó hacia el salón.

—Charlotte, qué placer tenerte aquí —dijo con lo que esperó fuera un tono muy educado y elegante.

Ella se levantó e hizo una inclinación de cabeza.

—Pedí que nos trajeran té y galletas —añadió Henrietta.

—Excelente, porque tengo mucha hambre.

Henrietta rio y Charlotte se sentó. Sus movimientos eran tan elegantes que una reina los envidiaría. No pudo evitar sentir un poco de envidia. Al igual que Alice, era la clase de dama que llamaba la atención por donde pasara. No tenía una belleza extraordinaria, pero sí esos rasgos delicados y dulces imposibles de ignorar. Sin embargo, lo que más destacaba era su sonrisa amable y la percepción de que encajaba donde sea que entrase.

—Mi visita no tiene ningún motivo en particular —comentó—. Suelo salir los viernes a visitar a mis amigas y decidí que podía pasar por aquí. Lamento no haber avisado, pero me alegra que hayas podido recibirme.

Henrietta se abstuvo de comentar que no tenía nada que hacer. Deseó ser tan sociable como ella.

—Me alegro de que hayas venido —comentó con sinceridad.

Nunca había tenido muchas amigas, y tampoco creyó necesitarlas, hasta ese momento. Se había centrado en conseguir un esposo que había olvidado todo lo demás.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Charlotte con amabilidad—. No creas que me he olvidado de mi promesa. Aunque no era la intención inicial, creo que podría ser un buen momento para hablar sobre cómo moverte en sociedad, ¿no crees?

A Henrietta le tembló la sonrisa. A decir verdad, no tenía ánimos en ese momento de enfrentar otro de sus temores. Era de las personas que prefería resolver un problema a la vez, y ya tenía encima uno lo suficientemente grande como para impedirle pensar en otra cosa. No obstante, no podría rechazar su ofrecimiento. No cuando lo necesitaba tanto.

—Por supuesto.

Pero su capacidad de ser creíble cuando mentía, ya de por sí deficiente, se había apagado por completo. Y Charlotte se dio cuenta.

—¿Estás bien, querida? ¿Hay… algún problema?

—Algunos —dijo, evasiva.

El té y las galletas llegaron en ese momento. Henrietta lo sirvió con la mayor gracia posible.

—¿Con el matrimonio? Puede llegar a ser complicado, pero con el tiempo uno se acostumbra a convivir con seres tan complicados como los hombres —dijo Charlotte antes de tomar un sorbo de té—. Se necesita mucha paciencia, pero se logra. Podría decir incluso que llega a valer el esfuerzo.

—No ha sido tan terrible como esperé —confesó con sinceridad.

De hecho, de no haber sido por ese tema del niño, Henrietta estaba segura de que todo estaría perfectamente bien entre ellos. ¡Qué tonta había sido! Una estúpida mentira les había complicado todo.

—Me alegra saberlo. No conozco mucho a lord Rhodesay, así que hablo por experiencia y por la de algunos conocidos. Tener un esposo es difícil, pero me alegra que él sea un buen marido.

—Lo sé.

Ella era la que no podía ser una buena esposa. No pudo evitar ceder a la melancolía ante ese pensamiento. No conforme con no haberle dado un niño, le había mentido porque parecía incapaz de hacer otra cosa. Supuso que su expresión debió delatar sus sentimientos, porque los ojos azules de Charlotte pasaron de mostrar amabilidad a preocupación.

—Sé que no nos conocemos demasiado, pero si quieres contar algo, puedo escucharte. Soy buena haciéndolo, aunque Roger diga lo contrario.

Henrietta sonrió, esta vez de verdad. Le agradaba, aunque no sabía cuánto podía confiar en ella. Aunque tampoco había tenido nunca a nadie con quien hablar, y era frustrante.

—¿Nunca… nunca has sentido que eres tú la que falla?

El rostro de ella se volvió serio. Henrietta supo que comprendía muy bien la pregunta, y

se tomó su tiempo para responder.

—Lo dices, quizás, ¿porque no has podido concebir el niño que lord Rhodesay necesita? —preguntó con cierta incomodidad.

—Entre otras cosas.

Ya no era solo el tema del niño, sino que creía que su forma de ser empezaba a desagradarle a Raymond hasta un punto intolerable. Y no lo culpaba. Ella sabía que tenía sus defectos, al igual que él, pero era muy triste pensar que eran tan terribles que él no se podía enamorar de ella a pesar de eso, como a ella le pasó con él.

—Creo que nunca se podrá cumplir por completo las expectativas de otras personas —dijo Charlotte con cautela—. Todos somos, a fin y al cabo, diferentes. El matrimonio es difícil, sobre todo si la razón de la unión no fue el amor, como suele suceder. Te encuentras conviviendo con una persona que tienes que conocer y aceptar, y eso siempre es un proceso complicado.

—¿También te pasó?, ¿aunque tu matrimonio fuera por amor? —preguntó con curiosidad.

Ella desvió la mirada y consideró su respuesta. Finalmente se inclinó hacia ella como si fuera a confesarle algo.

—No fue por amor —murmuró. Antes de que Henrietta pudiera hablar, continuó—: Sí, sé que eso es lo que todos piensan, porque eso es lo que hemos querido aparentar, pero todo es mucho más complicado. Lo cierto es que yo nunca me hubiera enamorado a primera vista de alguien como Roger. Su arrogancia es tan grande que podía llenar toda esta casa y la fama de no tomarse nada en serio me causaba más repulsión que interés. Nuestro matrimonio fue un acuerdo que hemos aprendido a llevar de la mejor forma posible, y hasta el día de hoy todavía tendemos a pelearnos bastante. Por eso te puedo asegurar que no es algo fácil, y no debes sentirte mal si hay cosas en ti que a él no le gustan. Lo importante es evaluar si vale la pena cambiar esas actitudes para que todo mejore. A fin y al cabo ya están casados. Llevarse mal toda la vida no es alentador.

Henrietta estaba tan sorprendida por lo que acababa de escuchar que no supo qué responder. Ella se enderezó.

—Te estás enamorando de él, ¿verdad? No, no me mientas. También sé reconocer cuando se empieza a caer en esa trampa mortal. Si no lo quisieras, no te importaría lo que pensase de ti.

Hablaba mucho, pero era muy perspicaz.

—Mi mejor consejo es que se lo digas. Si hiciste algo tonto, es probable que haya sido por culpa de esos sentimientos. Hablo con mucha gente, y la mayoría de las tonterías que cometen son por amor. Sé que puede resultar temible, pero no tiene sentido ocultarlo. Piensa, si ya las cosas están mal, ¿qué tanto podrían empeorar con la confesión? La ventaja de estar mal es que puedes arriesgarte a lo que sea, pues solo hay dos opciones: o se queda todo igual, o mejora. Es una apuesta con al menos la mitad de las probabilidades de ganar.

Henrietta tuvo que admitir que tenía razón. Lo peor que podía pasar era otro momento incómodo. Estaba acostumbrada a esos. Esbozó una sonrisa de agradecimiento que ella le devolvió.

—¿Sabes qué me anima cuando me pongo melancólica? Ir de compras —dijo en tono casual, como si la conversación no hubiera tenido lugar—. No te lo tomes a mal, pero tu vestuario está algo pasado de moda, y eso es inadmisible para una marquesa. Si quieres, te puedo llevar con mi modista. Te dejará irreconocible.

—No tengo dinero.

—Tu esposo todavía tiene mucho, mejor aprovecharlo. Dejaremos dicho en la tienda que le mande las facturas.

Henrietta no estaba segura de que eso fuera buena idea.

—¿Se molestará más de lo que está ahora? —preguntó Charlotte.

—No lo creo.

—Entonces no hay nada que perder —dijo con voz cantarina y se levantó con decisión. Henrietta también se levantó, aunque con más recelo—. Cualquier cosa, asumo toda la responsabilidad. Dirás que fui una mala influencia y no me volverás a ver. Entonces, se convertirá en una amistad secreta, que es igual de emocionante.

—¿Con qué frecuencias aplicas esta filosofía?

—Menos de la que me gustaría —dijo con pesar—. Roger pocas veces se molesta, pero cuando me casé con él, acordamos que los vestidos no estaban en discusión. Vamos, tenemos un largo día por delante.

Y vaya que fue largo. Madame Leroy era una mujer regordeta y bajita, cuyo acento francés parecía original. Casi se desmaya cuando vio a Henrietta vestida con su sencillo traje de muselina azul que, para colmo, estaba sucio.

—*Ce n'est pa posible* —dijo con horror—. ¿Todo su guardarropa es así?

Henrietta no estuvo segura si el «así» se refería a lo pasado de moda, o a lo sucio. Asintió con cautela.

—Tenemos mucho que hacer.

Al final terminó encargando cinco vestidos de noche, diez de día y dos trajes de montar, aunque Henrietta apenas sabía cabalgar. Cuando por fin terminaron de decidir telas, modelos y de tomarle las medidas, la modista se negó a dejarla salir de su local con el mismo vestido con el que había entrado.

—¿Qué va a decir la gente?

Y le ofreció un vestido color lila que le quedaba muy bien. Tenía los bordes blancos y florecitas bordadas en el corpiño.

—Nunca lo vinieron a buscar —explicó madame Leroy—, y a usted le queda mejor.

Hicieron los ajustes correspondientes y salieron de la tienda. Henrietta creyó que todo había acabado, pero en realidad terminaron en una sombrerería, zapatería y perfumería, donde adquirió una deuda que la hizo cuestionarse si Raymond no la mataría.

—Apenas se dará cuenta —aseguró Charlotte. Ella se compadeció de su esposo.

Era casi la hora de la cena cuando regresó a la casa. Raymond aún no había regresado, y empezaba a preocuparse. ¿La estaría evitando?

Durante la comida, su madre se percató del vestido nuevo y murmuró que cómo no pudo habérsele ocurrido antes que necesitaban ropa. También dijo algo de aprovechar mientras se podía. Por su parte, sus cuñadas se mostraron extrañadas por la ausencia de Raymond.

—Desde que llegaste nunca falta a cenar —dijo Rosemary.

—¿Se pelearon? —preguntó Alison.

Las gemelas la regañaron. Su madre la miró acusadoramente y ella bajó la vista.

—Todo está bien —musitó con tan poco convencimiento que nadie le hubiera creído.

Henrietta esperó a Raymond esa noche en su habitación. Estaba tan nerviosa que ni siquiera se había quitado el vestido, y paseaba de un lado a otro diciéndose que aún era tiempo de huir. ¿En serio le confesaría todo? Ya no le parecía tan buena idea como antes, y la filosofía de Charlotte empezaba a perder la solidez. Por supuesto que todo podía quedar peor que antes. Quizás, con el tiempo, la situación volvería a la normalidad, pero si le confesaba que lo amaba, todo sería incómodo entre ellos.

No, ¿cómo se le ocurría que podía decirle todo?

Se dirigió a la puerta que comunicaba a los dos dormitorios diciéndose que sería mejor ver cómo evolucionaba todo. Estaba por llegar cuando la puerta se abrió. Raymond entró y se sobresaltó al verla allí. Estaba más despeinado que de costumbre y parecía muy cansado.

—¿Sucede algo? —le preguntó.

La examinó de arriba abajo y su mirada cobró intensidad. No creyó que se percatara de su vestido nuevo.

—Hoy fui de compras con lady Leinster —musitó nerviosa—. Espero que no te moleste. Me di cuenta de que mi vestuario no era muy apropiado para una marquesa.

—No me molesta —respondió adentrándose en la habitación. Su tono era distante—. Lamento no haber pensado en eso antes.

Él comenzó a encender las velas en la habitación y Henrietta dudó sobre qué hacer. ¡Qué cobarde era! Dio un paso a la salida, pero se detuvo. No, no huiría como hacía siempre.

—Te amo —dijo con brusquedad. Ni siquiera vio su reacción antes de continuar hablando—: Y lamento haberte mentido. Sucede que, cuando me enteré de que no estaba embarazada, me asusté mucho. Sí, yo sabía que tú nunca nos dejarías desamparadas, pero mi madre me convenció de que eso no significaba que no te fueras a decepcionar y, ante esa

posibilidad, entré en pánico. Podías ocuparte nosotras, pero nunca me querrías, y yo quería que me quisieras.

Empezó a pasear de un lado a otro sin atreverse a mirarlo.

—Sé que no podía mantener la mentira por mucho tiempo, y que fue ridículo haberlo hecho, pero a veces actúo así, ¿sabes? Miento para posponer lo inevitable, para tener tiempo de pensar cómo solucionar el problema que seguramente se me vendrá encima. Nunca lo hago con malas intenciones, pero sé que no es correcto, y puedo intentar mejorarlo, lo prometo.

Él se paró frente a ella, interrumpiéndole el paso.

—¡Qué tonta eres! —masculló—. ¿Sabes siquiera por qué estaba molesto?

—¿Por la mentira?

—Porque llevo todos estos días intentando hacer que confíes en mí, que sepas que no me importa si quedas o no embarazada, si tenemos un niño o una niña, lo único que quiero es que tengas la certeza de que yo siempre voy a estar ahí, de que me puedes decir lo que quieras, porque yo también te amo y lo único que quiero es que seas feliz.

Ella se quedó estática por la sorpresa y él se pasó una mano por los cabellos. Era la primera vez que lo veía tan frustrado.

—No creí que fuera posible, ¿sabes? Volver a sentir en tan poco tiempo esa sensación de felicidad y paz al lado de alguien, sobre todo de una persona capaz de voltear completamente mi mundo por tener una personalidad tan arrolladora. Desde el día en que nos casamos, esa noche que me hablaste borracha, creo que supe que eras para mí, y que yo debía hacer todo lo que estuviera a mi alcance para que estuvieras bien. Y lo he intentado. Recibí a ese animal en mi casa solo para que estuvieras feliz.

—Se llama Robbie —musitó con los ojos aguados porque fue lo único que pudo decir.

—Como sea. —Se acercó a ella y le colocó las manos sobre los hombros—. Te amo, y también tengo la certeza de que podemos hacer funcionar esto, pero no me mientas más, Henrietta, no me hagas pensar que me tienes miedo o poca confianza. ¿Me lo prometes?

Ella asintió.

Él le dio un beso corto en los labios.

—¿A tu madre no le gustarían unas vacaciones en el campo?

Henrietta se rio.

—Ray…

—Estoy hablando en serio. Si va a estar amargándote todos los días no la quiero aquí.

—Hablaré con ella. Quizás acceda.

Él asintió. Iba a besarla de nuevo cuando tocaron la puerta.

—¿Quién?

—Ray, soy yo. Alison se puso mala. Quiere veros a ti y a Henrietta.

Raymond se apresuró a abrir la puerta. Lo recibió una aterrada Rosemary.

—No sabes, estábamos… Oh, Henrietta está aquí.

Raymond salió de la habitación seguido por Henrietta.

—¿Qué le pasó? —preguntó a la niña.

El semblante de ella cambió totalmente, todavía parecía preocupada, pero por una causa distinta.

—Oh, bueno, en realidad no creo que sea nada grave —dijo con cautela—. En realidad, no sé si sea necesario ir a verla...

—Hay que llamar al doctor —dijo sin escucharla.

—Puedo ir a avisar que manden a traerlo.

—¡No! —gritó Rosemary—. Ya sabéis que odia los doctores. Mejor véanla ustedes primero —dijo dubitativa.

Llegaron a la habitación de Alison y abrieron la puerta. En cuanto los vio, la niña empezó a respirar con dificultad.

—Oh, qué bueno que estáis aquí. Yo… —calló cuando se percató de algo. Henrietta siguió su mirada, pero solo vio la mirada nerviosa de Rosemary—. ¿Os habéis reconciliado? —preguntó.

Henrietta no entendió la pregunta, pero Raymond sí. Miró a su hermana furioso.

—Pero ¿cómo se os ocurre jugar con algo así?

—Rebecca dijo que una situación difícil unía a las parejas —protestó Alison—. Solo queríamos ayudar.

—Lo leí en un libro —añadió Rebecca sin remordimiento.

Y entonces, Henrietta también lo comprendió.

Uy.

—Me habéis dado un susto de muerte —las regañó Raymond.

—No creí que te preocuparas tanto —musitó Alison—. Solo quería hacerlos creer que estaba enferma el tiempo suficiente para conseguir que hablaran y se reconciliaran.

—Cómo creías que no me iba a preocupar.

—Casi nunca nos prestas atención —se quejó Alison—, de verdad no creí que te afectara tanto.

El silencio llenó la estancia.

Henrietta le dio un codazo a Raymond para que reaccionara.

—Lo lamento —dijo con sinceridad. Estaba muy incómodo—. No es que no les preste atención, solo que… no sé cómo convivir con vosotras.

—Pero si es muy fácil —dijo Alison—, solo tienes que jugar de vez en cuando con nosotras, como cuando hicimos la obra de teatro.

—Eso fue muy divertido —apoyó Rosemary.

Rebecca asintió en conformidad.

—Me comprometo a hacerlo más seguido.

—¿También te comprometes a aprender diferenciarnos? —preguntó Rebecca con malicia.

—Yo os diferencio —gruñó. Ante la mirada escéptica de la gemela, suspiró—. Sí, me comprometo a aprender a diferenciarlas, Rebecca.

Ella asintió, conforme.

—Comenzamos bien —dijo y todos rieron.

—Bueno. Creo que Raymond necesita escuchar que todas aprendisteis que las mentiras son malas —dijo Henrietta, lo que le ganó una mirada irónica de Raymond que decidió ignorar.

—Sí —dijeron al unísono.

Alison brincó de la cama y se puso en medio de la habitación.

—Entonces, ¿os habéis reconciliado?

—Sí —confirmó Henrietta.

—¡Qué alegría! Me gustaba la familia que estábamos formando.

Henrietta sintió que se le aguaron los ojos nuevamente. Raymond le pasó una mano por los hombros y la abrazó.

—A mí también —respondió—. A mí también.

Y entre chillidos de alegría, le robó un beso.

Epílogo

Raymond se paseaba de un lado a otro mientras los gritos seguían llegando desde la planta de arriba. Robbie de vez en cuando se le cruzaba entre las piernas y casi lo hacía tropezar, pero él estaba demasiado nervioso para prestarle atención.

—No se va a morir como mamá, ¿verdad? —preguntó Alison.

La pregunta fue inocente, pero a Raymond se le cortó la respiración por un segundo. En la preocupación, no había recordado que su madre murió en un parto.

—¡Maldita sea! —murmuró.

Había damas en la habitación, pero ninguna de ellas pareció tomarse a pecho sus malas palabras. Intentó controlarse.

—Mi hija es una mujer fuerte, milord, por supuesto que estará bien y le dará muchos más hijos —dijo la señora Callen.

Durante los últimos meses del embarazo, Henrietta había pedido que esta regresara a la casa, porque, a fin y al cabo, era lo más cercano que tenía a alguien que podía enseñarle sobre el cuidado de un niño. Raymond aún dudaba de que fuera necesario, pero no había querido contradecir a su esposa y por eso estaba dispuesta a tolerarla.

—Estoy segura de que Henrietta estará bien —dijo Alice con más amabilidad.

Ella y su familia acababan de regresar a Londres para su segunda temporada. Para sorpresa de todos, no se había comprometido, pero ni ella, ni lord Latimer, que estaba sentado a su lado, parecían preocupados por ello. Aunque dudaba que este se hubiera preocupado varadamente por alguna vez. Raymond no conocía a nadie más pacífico y optimista. Lady Latimer, en cambio, llevaba rato con el ceño fruncido y dudaba que fuera su forma de mostrar preocupación hacia Henrietta. Sospechaba que era porque la señora Callen se vanaglorió frente a ella de que su hija estaba a punto de darle al marquesado un heredero, y justo antes de que se venciera el plazo.

Y en realidad, había sido muy justo, porque el plazo se vencía ese mismo día.

—¿Y si nace niña? —preguntó Rebecca.

Ya habían considerado esa posibilidad y Raymond estaba preparado para ello. Si al final no podían cumplir con la cláusula del testamento, pues habría que restringir los gastos durante un tiempo.

—Tendréis alguien más con quien jugar —respondió con calma.

—Será niño —aseguró la señora Callen.

Raymond no la aguantaba. Si nacía una niña, se encargaría de regresarla al campo ese mismo día, pero no permitiría que hiciera sentir mal a Henrietta por ello. Lamentablemente, si

había una niña, ellos también tendrían que irse al campo pronto. Por fortuna, la propiedad contaba con una residencia especial para la viuda, en donde estaba seguro de que la señora Callen se sentiría cómoda. Y él también lo estaría, lejos de ella.

Una criada entró y anunció:

—Milord, el doctor pide que suba. ¡Es niño!

La sala se llenó de gritos de júbilo y suspiros de alivio. Raymond se dirigió con rapidez a la habitación. La escena que encontró dentro lo conmovió como nada en el mundo. Henrietta estaba recostada en la cama y tenía en brazos a un niño que lloraba con mucha fuerza. Aun así, ella lo mecía con cariño.

—Ray, acércate, es precioso, mira.

Raymond se acercó. Siendo objetivos, el no catalogaría a una criatura tan pequeñita y roja como «preciosa», pero tampoco tenía ganas de ser objetivo. Se dejó guiar por el sentimiento de alegría.

—Lo es —confirmó.

Ella se lo ofreció.

—Cógelo.

Él lo hizo. No era ni siquiera del largo de su antebrazo. La diferencia de tamaños le causó risa a Henrietta.

—Por suerte no ha salido tan gigante como tú, o me hubiera costado más traerlo al mundo.

—Tengo fe de que crezca con el tiempo, aunque me preocupa su estatura, dado sus antecedentes maternos.

Estuvo seguro de que la única razón por la que ella no le lanzó la almohada que tenía en su cadera fue porque estaba cargando al bebé.

—Aunque podría soportar que fuera enano si con ello no saca tu carácter.

—Al menos podrías darme las gracias —farfulló ella—. No sabes por lo que pasé.

Raymond sonrió con ternura. Se sentó en una esquina de la cama y le devolvió al niño. Después, se inclinó para darle un beso en la frente.

—Gracias.

—Te dije que podía ser una buena esposa. Al final, sí te he salvado.

—Más de lo que crees, querida —dijo rodeándole los hombros con un brazo—. Más de lo que crees.

---

[1] Creo que no hay traducción del título de este libro